
3 1761 06780482 3

AL LARGO

MIGUEL SARMIENTO

AL LARGO

CUENTOS

Prólogo de Gabriel Alomar

CUBIERTA DE OLEGARIO JUNYENT

Ilustraciones del autor



UNION EDITORIAL HISPANO-AMERICANA

Buenos Aires: DUPONT, ROS Y C.ª - Bernardo de Irigoyen, 913

Barcelona: AUBER Y PLA - Bilbao, 207 y Pelayo, 18



Establecimiento tipolitográfico AUBER Y PLA - Barcelona

PRÓLOGO

MIGUEL SARMIENTO

¿Cuándo conocí a Miguel Sarmiento? He aquí una amistad de tal naturaleza, que no sabría deciros como empezó, porque parece haber formado siempre parte de mi mismo. Recuerdo, sí, la primera revelación literaria que tuve de él. Fué en una tertulia artística, allá en un rincón de Palma. Sarmiento nos leyó, una noche, su hermoso cuento Pino. *Me asombró la fuerza evocativa de aquellas descripciones, sentí el paisaje canario como nunca había alcanzado a sentirlo; vibraron en mí, como lejano tecleo de melodías conocidas, familiares un tiempo, no sé que reminiscencias de simplicidad infantil, asombros de Sigfrido ante la selva, ante el gorjear humano de los pájaros; y, sobre todo, me penetró un cierto aroma de bondad idílica que no procedía del asunto, sino del autor; un*

sentido genesiaco, refrigerante, como frescura de cisterna en un oasis, bajo la palmera a cuya sombra las mozas ponentinas repetían la eterna respuesta: «Soy hija de Bethuel hijo de Milca el cual parió ella a Nachôr»... Había, en fin, poder de lágrimas, comunicativa emoción, en aquella prosa alada, leve, ingrávida, fugaz.

Pero mi amistad con Sarmiento tuvo otro lazo superior a la confraternidad de los hombres de letras. Yo ví en él un espíritu liberto, desembarazado de la tiranía de los tópicos, poseedor del sentido de lo ridículo, capaz de reir sanamente, bravamente, lanzando su risa, robusta y abierta, sobre todo panglosismo...

Y desde entonces la compañía de Miguel Sarmiento fué inseparable de los mejores momentos de mi vida. Excursiones a través de Mallorca, comidas campestres en masías de la montaña, entre cascadas musicales e inspiradoras; regresos crepusculares, con la alegría del buen vino payés, entre aldeas que escandalizábamos al pasar, como bohemios irreverentes y ruidosos; veladas de provincia, en que las ex-

pansiones burguesas abrían para nosotros el inexhausto manantial de lo cómico, consolándonos de vivir; confidencias fraternales en la noche veraniega, allá junto al mar de la bahía serena, bajo las constelaciones rítmicas. Sarmiento me contaba episodios de su vida, sus pirateos en el mar canario, el encanto de las islas sedientas, ardorosas, el bramar de los camellos en celo, los amores rústicos de aquellos lejanos descendientes del ciclo bretón, excursiones hasta la costa africana, desde donde le atraía el misterio de las tribus pintorescas...

Otras veces, en su cuarto de estudio, yo iba siguiendo el movimiento de su pluma sobre las cuartillas; una escritura recta, pictórica, de trazos elegantes; y sentía, materialmente, brotar su estilo, comunicarse a la expresión las honduras del alma. — Tienes una exquisita feminidad, — le decía a veces. Porque la facultad principal de su temperamento era sobre todo maternal; había delicadezas de mano femenina en el suscitar vaporoso de las imágenes, elegancias sedosas o aterciopeladas

en la cadencia de los párrafos; tendía más a la factura realista de los cuadros, adornándolos suavemente, que a la improvisación idealista, fantaseadora, creadora.

¿Cuál ha sido siempre la posición de su espíritu como ciudadano? ¿Cuál su fisonomía religiosa, política, social? No le he visto nunca caer en una de esas debilidades idolátricas, plebeyas, ante los azares de nuestra pobre vida nacional. Ni la raza, ni la educación ambiente, ni la nube de lugares comunes que ofusca tantas inteligencias, han ejercido acción sobre la clarividencia de Miguel Sarmiento. Se ha mantenido siempre puro y digno, y la santa ironía le ha salvado.



Pero la cualidad superior de Sarmiento es su bondad. En este punto, todos sus amigos nos complacemos en reconocernos inferiores. Miguel Sarmiento no tiene defectos. Es imposible tratar con él sin sentirse abrumado por su propia exquisitez. Su alma vibra, dócil y franca, a todas

las compasiones. Y recuerdo haber tenido que vencer enérgicamente sus escrúpulos, reprimir sus lágrimas nobles y viriles, para obligarle a una de esas concesiones que nuestra vergonzosa vida social exige a los que necesitan ganar honradamente su pan. Lo mejor de mi amigo es el jardín secreto, *como llamó Prevost a esa región del alma donde guardamos las fulguradoras sinceridades...*



Lector: en estos cuentos hallarás una doble delicia, porque tienen el encanto de su valor literario, como églogas en prosa dictadas a la contemplación de un poeta que posee profundamente el sentido del ritmo, a falta del de la versificación; y tienen además, el encanto que irradia, como un reflejo, la escogida sentimentalidad del autor: uno de los pocos ejemplares moralmente perfectos de la planta humana.

GABRIEL ALOMAR

PINO

A Gabriel Alomar



Cómo quería Juan aquel rincón de la costa azotado por las rachas del brizote! Allí, en aquellos cuatro surcos, se encerraban los afanes de su vida entera; allí, derribado por la muerte, cayó su padre un día, besando el terruño que fué sus amores y su cruz; por allí, a cada cosecha, pasaba, con la alegría de un bando de pájaros, Pino, la muchachita de ojos verdes, llenos de lumbre, como soles caídos en las charcas del arrecife. Pino cantaba sin parar. ¡Oh, sus cantares alegres! El

viento los arrastraba tierra adentro, a frases perdidas, hasta la ladera donde Juan trabajaba oculto en la mies. Al escucharlos, incorporábase Juan, bebía largamente el aire y con él los trinos dispersos, y tornaba a la siega hundiendo la cabezota en el trigo rumoroso como si busease en la fatiga la tralla de castigo para sus estremecimientos de macho excitado.

Cada tarde tomaba Juan la misma resolución:

— ¡Hoy ha de ser! ¡Se lo digo aunque me rompa la cara!

Y venía la noche y con ella el regreso al pueblo. Juan dejaba siempre entre la carga de *Jaruco*, su camello, un lugar a Pino. El iba delante, guiando. ¡Horas divinas las de aquel viaje a lo largo de las playas, por los atajos medio perdidos en la arena! Desde el desierto, desde más allá del horizonte, subía la niebla roja, fundíase en un verde transparente de cristal, y se borraba en lo alto, en lo más obscuro y hondo del cielo desde donde las primeras estrellas lloraban su luz.

Al lento caminar de *Jaruco*, Pino seguía su gorjeo, a voz queda, entre dormida, como se duermen al columpio de las hojas las cigarras cantando. También cantaba el mar en los «mariscos»; y a las dos cadencias contestaba el ¡tan, tan! de las esquilas de otros camellos, lejano y dulce, camino del pueblo. Poco a poco sentíase Juan dominado por el encanto inefable de la noche; acortaba el paso; dejaba avanzar a *Jaruco*, y, ya junto a Pino, se abrazaba a los pies de ésta, besándolos con la misma veneración con que besaría los pies a una santa. Y reclinado en el camello y abrazado a los pies ungidos con el aroma de los trigos y la tierra, Juan seguía su marcha, completamente feliz, olvidado de todo.

Repicaba el esquilón del pueblo.

— Es tarde—pensaba Juan. — ¡Otro día! Mañana se lo diré.



Y ese mañana no llegó nunca. Lo que vino, sí, fué una sequía que dejó los campos he-

chos pavesa; después, el hambre. Desde el desierto soplaron grandes remolinos; llamaradas sin fin que en columnas de polvo pasaban por la isla, rodando silenciosamente, de horizonte a horizonte. Juan vendió su tierra; después de sus tierras, a *Jaruco*. Su madre también se fué, la muerte se la llevó. Y como si esto no bastase, el indianete que le había comprado a *Jaruco* y las tierras dió en requebrar a Pino. Quería resarcirse de sus trabajos en América: formaba el nidal. Y para sus amores, ¿qué mujer más a propósito que aquella muchachita alegre como las campanas en día de Gloria?

— Todo, Señor, todo está bien — decía Juan sentado a la puerta de su covacha mirando al campo que era su altar. — Madre murió; ¡era muy vieja! Perdí mis tierras y *Jaruco;* el indiano hizo bien en comprarme lo que le vendí; pero que ahora pretenda robarme a Pino, no es justo, Señor, no es justo. ¡Te lo digo yo!

A Juan no se le vió más en los corrillos de la plaza. Sólo bajaba al pueblo a mendigar,

a cambio del sudor de sus brazos, un puñado de «gofio» con que matar el hambre. Después con la azada al hombro, se volvía a las Breñas. ¡Pino!

Juan tenía su covacha en el cauce de un río de lava petrificada; una madriguera de lagartos, tres míseros «teniques» resquebrajados por las sequías eternas. Frente a la casa, el patio, circuído de «tuneras», entre cuyas espinas y en hilos invisibles se columpiaban las arañas. A un lado de la puerta, la destiladora, coronada de culantrillo, y debajo de ella, el bernegal ventrudo donde el agua cae gota a gota, con el gluc... gloc... monótono, que allá, en el país canario, substituye, en la casa del pobre, el tic-tac del reloj. Adosado a la pared, el poyo cubierto de cal, donde las abuelas se escarmenan las greñas y rezan, al anochecer, el rosario de Animas; donde los lebrillos escurren y brillan al sol; donde cuchichean los novios en tanto que sobre de ellos, en las canales de la azotea, cantan los grillos sus amores de estío, en la paz de la noche profundamente azul. Abajo, el llano,

las eras, los tomatales; más allá, el terreno desolado, tierra de maldición; y lejos, como fondo de dos palmas que, apoyadas una en otra, se morían besándose, el mar lleno de luz, borroso en el horizonte y festoneado en la costa por una línea blanca: la espuma sin matices, quejido ni movimiento...

La muerte visitaba todas las noches la covacha; se había llevado a la madre, pero no se daba por satisfecha ¡la maldita! Juan la sentía rezongar a obscuras, dentro, en la casa. Pasaba horas y horas sentado al aire libre, con los ojos clavados en el hueco negro de la puerta. Parecía un animal receloso olfateando el peligro. La muerte se iba; la muerte volvía, estaba allí, en la sombra, espiándole. Y la quietud del campo, la idea de la soledad en aquellas alturas le cortaban el aliento y le encandilaban los ojos. A veces el aletear de un insecto o el crujir de una hierba al nacer, trocaban el espanto en alucinación horrible; botaba Juan por encima de las «tuneras» y corría, corría loco, cuesta abajo, hacia el pueblo. Y ya en el pueblo, en

las calles solitarias, pegaba el oído a la puerta de los establos donde los camellos rumiaban tranquilamente. El rumor de vida le serenaba. Lejos cantaba un gallo; más cerca sonaba una esquila. Amanecía. ¡El alba! ¡El sol!



Ya llega la novia. Acá y allá, en el campo desierto y en el aire resplandeciente, las palmeras dejan caer sus grandes abanicos. Uno a uno desfilan los camellos, paseando de horizonte a horizonte su mirada desdeñosa. Delante, en la cruz de *Jaruco*, avanza Pino envuelta en su mantilla blanca; detrás, las familias de los novios, los padrinos, soñolientos a la sombra de los parasoles que oscilan al paso. La comitiva cruza lentamente con el silencio triste de las horas supremas que no han de volver. Al llegar al llano arrean los camellos y comienza un trote horrible; se bambolean los parasoles; las mujeres ríen despechugadas, con la cabeza inclinada hacia atrás y la mantilla caída sobre los hombros.

A lo último, en un camello despeluzado, un borracho abre los brazos y deja caer, sobre la pechera de la camisa, el belfo, babeante. La caravana se oculta en un recodo del camino; reaparece por sobre la tapia de una huerta y se pierde al fin. Sólo queda en el espacio el tin-tan de las esquilas de los camellos, único eco de tanta dicha.

Y ahora, después de la boda y ya de noche, el velón derrama su luz en el mantel de la mesa lleno de dulces y en la falda de las mujeres sentadas en torno. Desvanecidos en la penumbra de la pantalla, los semblantes sonríen tranquilamente. En el marco de la puerta, los hombres alargan el cuello para ver a Pino; y entre risas de sátiros y pateos de mulos sin ronzal comentan la suerte del novio. ¡Qué mujer! ¡La gloria! Fuera de la casa, tendido en un muro y lejos de todos, el borracho llora amargamente, a la luz de la luna. Es un gemir monótono de una tristeza que enloquece. En los momentos de sosiego, llega el rumor del llanto hasta la sala. Al oirlo, las mujeres se arrebujan medrosas. El

llanto les recuerda el aullido de los perros al ventear la muerte. En un corro, una vieja cuenta sucedidos profetizados por llantos sin causa. Desde el otro extremo de la habitación, los convidados atienden a los cuentos, adivinándolos por los ademanes misteriosos de la mujer. De súbito, como si obedecieran a una consigna, gritan todos:

—¡Que se calle!

Algunos convidados se ponen en pie. El indiano sale hecho un reniego.

—¡O te callas o te vas!

El borracho no se va ni se calla. Continúa llorando con hipo de moribundo y la baba reluciente en la boca. El indiano pierde la paciencia, y, en un impulso de ira, lo arroja al suelo. En el suelo el borracho sigue llorando, llorando. El novio lo coge por un brazo y lo arrastra hasta el corral. Allí lo deja solo, tumbado patas arriba. La fiesta se reanuda. Pero las mujeres siguen medrosas. Otra vez se oyen los gemidos: el borracho ronda la casa. Después el sollozo se amortigua, se hace dolorosamente lúgubre a lo lejos...

Los novios se van. Unos convidados, algo bebidos, se empeñan en acompañarlos. El novio se opone. Que no. Es muy tarde. ¡Dos horas de camino! Quiere ir solo, llevarse a la mujer solo, como un gorila.

Pino y el indiano van por la vereda; Pino montada en *Jaruco,* y el novio detrás, a pie, llevando por el cabestro al *Negro,* el otro camello de la pareja. Anda el *Negro* caliente y no hay que quitarle la vista de encima. Al atravesar unos sembrados, el *Negro* se rebela; el indiano intenta dominarlo a varazos y patadas; el camello esquiva los golpes; y de súbito con un achuchón tremendo, arroja a su amo al suelo; y allí, en los sembrados, le tritura con las patas, con el pecho, furioso. El hombre lanza un alarido de muerte; su voz se apaga; crujen sus huesos. ¡Allí, en el camino de sus amores! Desde lo alto de *Jaruco,* Pino grita hasta perder el aliento. *Jaruco* avanza indiferente: no ha olvidado la vereda que ha de seguir. En las casas distantes ¡ni una luz! Nadie responde; ¡ni una voz! Pino, desvanecida, se apoya en la cruz

de la montura; entorna los párpados; por sus ojos cerrados vuelan mil chispas, todo un raudal de estrellas...



Juan permanece esta noche recostado en los muros de su covacha. La luna besa, en la soledad de los mares, la isla dormida. En un hilo de araña, desde la pared a la destiladora, brilla un rayo de luz. En torno de la covacha, la misma quietud de todas las noches en las cumbres, rota vagamente por los rumores del llano. Entre las piedras cantan los grillos, y a su cric-cric incansable, responde en el bernegal el gluc-gloc del agua. Juan no quiere llorar y llora.

Cruje la tierra tras de los nopales. ¿La muerte? Sí, vuelve la condenada. A ras de tierra, cuesta arriba, asoma la cabeza de *Jaruco*. Sobre el cielo azul se destaca la silueta del camello. Es como una visión. Caída en la cruz de la montura viene Pino. Juan no se mueve, no tiene ni un arranque ni una voz

de asombro ante este sueño suyo tan esperado. ¡Es tan natural! ¡Lo deseó tantas veces! Se incorpora y, como en los días dichosos, allá, en la orilla del mar sereno, se acerca a la mujer y le besa los pies dulcemente, acariciándolos.

— ¡Pino! ¡Pino!

Pino no contesta. Lleno de angustia, Juan corre aturdido. Viene y va del patio a la casa, como si buscase algo. Y mientras corre, grita y repite maquinalmente: «¡Tuche, *Jaruco*, tuche!» El camello obedece. Al doblar las patas delanteras para echarse, el cuerpo de Pino se desliza de la silla y cae en los guijarros del patio. De rodillas junto a la mujer desmayada, de cara al cielo, Juan la llama inútilmente: «¡Pino! ¡Pino!» No sabe qué decirle de tantas cosas como lleva en sí. Todo, al pasar por su garganta, se condensa en este nombre que él ha besado mil veces al pronunciarlo en sus soledades y en sus amarguras. Y así como a los niños se les cuenta un cuento para distraerles cuando lloran, Juan habla del tiempo pasado a la muchachita querida.

— ¿Te acuerdas? En ese muro nos hablamos y nos quisimos sin atrevernos a decírnoslo. Madre recordaba de sus tiempos de novia. ¿Te acuerdas de ella, Pino? ¡Se murió la pobre! ¡Me he quedado solo, sin ella y sin ti! Mira a la casa: ¡ni luz tengo en ella...!

Y Juan coge el rostro de la muchacha buscando en él un destello de vida. ¡Nada! Juan pierde el tino y corre hacia el pueblo en busca de socorro. A mitad de la cuesta se detiene. ¿Qué va a hacer? Vendrán, se llevarán a Pino; si cura, será para el indiano. ¡Ah, eso no! Juan vuelve a la casa. En el patio, bajo la luna, Pino permanece inmóvil. Juan se tiende a su lado, la estrecha en sus brazos, la besa en los ojos.

En la infinita soledad del campo, en la quietud de la noche serena, cantan los grillos...

≡ UNIÓN EDITORIAL ≡
HISPANO-AMERICANA

BUENOS AIRES
Bernardo de Irigoyen, 913



BARCELONA
Bilbao, 207 y Pelayo, 18

La Biblioteca EXCELSIOR publica
:: como cuarto volumen: ::

Bocetos ingleses por Ramón D. Perés



No he querido escribir un libro de viaje al uso, sino, ante todo una colección de esbozos, que se fijan en escenarios ingleses del propio modo que pudieran fijarse en españoles; y luego un puñado de observaciones que me ayudan a reflejar el alma y el cuerpo de la nación inglesa. Indirectamente resulta así el libro de viaje; pero me atrevo a creer que con alguna novedad en la forma, ya que otras cualidades no tenga. Hallo soberanamente pesadas muchas de esas obras en que el autor explica con toda ingenuidad a qué hora tomó el tren, en qué *hotel* se hospedó, cuáles fueron sus primeras diligencias, y casi si le robaron el reloj o el portamonedas, o le cargaron mucho la

mano en las cuentas que tuvo que pagar. La impersonalidad que la novela ha conquistado para sí hace ya tiempo, paréceme que se impone cada día más en obras como la presente.»

Esto escribía en la primera edición de sus *Bocetos ingleses* su autor D. Ramón D. Perés y para acabar de fijar el carácter de su obra, bien distinta de otras de asunto semejante, añadía también que quisiera haber combinado en sus páginas «el doble aspecto pintoresco y educativo que ofrece la vida inglesa al extranjero que ha procurado identificarse algo con ella; que quisiera presentar ya la fotografía instantánea, sacada sólo por motivos artísticos, ya la anotación de ideas surgidas sobre el terreno, no en rápidos viajes, sino en prolongadas residencias.»

De acuerdo con este propósito preconcebido, *Bocetos ingleses* resultó, pués, un libro en que se pintan animada y realísticamente no pocos cuadros de la vida inglesa, al par que se somete a ésta a una crítica imparcial y honda, unas veces severa y otras francamente entusiasta. De lo que ha huído principalmente el autor, y esto le hace doblemente recomendable para los fines de nuestra Biblioteca, es de darnos aquella Inglaterra convencional que en España, y generalmente en los países meridionales, cree todo èl mundo conocer por unas pocas ideas vagas y equivocadas que se van transmitiendo de unos a otros como si fueran verdades inconcusas. Pues bien: ese espíritu de reacción contra lo falso, y de crítica libre y veraz, acompañada de una forma esencialmente artística y amena, es lo que por su alcance educativo nos ha impulsado a publicar una segunda edición ilustrada de esta obra, edición que, por otra parte, responde a una necesidad, por haberse agotado ya los ejemplares de la primera.

Cada día nos acercamos más a la vida de esos países extranjeros que nos proporcionan su cultura, sus comodidades hijas de una refinada civilización, sus modas y hasta su lenguaje; y si años atrás nos bastaba con pedir todo esto a un centro como París, hoy deseamos ya acudir directamente a aquellas mismas fuentes a las cuales el propio París acude, y relacionarnos con todas las grandes capitales que excitan nuestra curiosidad y nos enseñan tanto como nos deleitan. Por eso en la nueva corriente emprendida ya desde algún tiempo, creemos que encaja perfectamente una obra que en cierto modo se adelantó a ella, y ha merecido siempre los aplausos de la crítica y de las personas entendidas.

Mejor que los elogios que pudiéramos dedicarle y que parecerían interesados, creemos que darán idea de sus méritos algunas de las opiniones que en la prensa fueron emitidas a raíz de su publicación. He aquí varias que hemos podido proporcionarnos y que escogemos al azar:

«Habla de lo que conoce, y de lo que conoce profundamente, y habla de ello con una imparcialidad que enamora, no exenta por completo de un cariño que se hace muy simpático. Describe con una sobriedad que bien podríamos llamar británica, con un estilo en el que van entreverados la descripción y el comentario, sin que éste se haga nunca fatigoso ni menos resulte sermoneo, ni siquiera en los casos en que más duramente fustiga ciertas costumbres inglesas... Cuadros verdaderos, trazados con vigor, con rasgos gráficos y con estilo y lenguaje correctísimos... cuadros muy hermosos, muy nobles y levantados que salen de las páginas luminosas del libro y de las que de buena gana copiaríamos trozos bellísimos a permitírnoslo el espacio...

F. Miquel y Badía. (DIARIO DE BARCELONA.)

«El autor es literato de nota, a quien varias veces hemos tenido la satisfacción de elogiar. Su última producción es un estudio curiosísimo y acabado de la complicada vida de la gran metrópoli inglesa... Ha escrito un libro que instruye a la vez que deleita.»

REVISTA CONTEMPORÁNEA. (Madrid)

»El Sr. Perés ha acertado en la forma que ha sabido dar a su libro, que no es meramente un libro de viaje, sinó de observación, meditación, estudio y enseñanza.

Es un libro de cuenta, por su forma y por su fondo... Ya el Sr. Perés tiene personalidad en nuestras letras. Era conocido y estimado por sus dos volúmenes de versos *Cantos modernos* y *Norte y Sur*... *Bocetos ingleses* pone marca de fábrica y sello de privilegio al nombre de este insigne autor.»

PRO PATRIA. (Revista de Madrid)

«Principalmente interesante por la descripción de nuestra vida ordinaria, que impresiona por su novedad a un extranjero de los países del sol... Brillante y agradablemente escrito en un castellano delicioso.»

THE LITERARY WORLD. (Revista de Londres)

«El Sr. Perés, conocido, y ventajosamente, por cierto, entre los literatos españoles, ha sabido hacer sus *Bocetos ingleses* amenos e interesantes... Están escritos con arte, con tonos y pinceladas de suave y honda poesía... Entrevera sus pinturas con reflexiones de alcance social, o mejor dicho las lleva siempre por tal camino que la lección se desprende de ellas con segura lógica... La lectura de los *Bocetos* conviene a todos y muy en especial a los que se preocupan de los defectos de nuestro carácter o de nuestro espíritu y costumbres presentes.»

Rafael Altamira. (REVISTA CRITICA DE HISTORIA Y LITERATURA ESPAÑOLA.) (Madrid)

«Ramón D. Perés es a la vez poeta, crítico literario y viajero. *Bocetos ingleses* encierran una serie de observaciones sobre Londres que han de ser leídas con gran interés... Sus instantáneas del país de las nieblas denotan cualidades de gran valor para un viajero.»

REVUE HISPANIQUE (París)



LEIT-MOTIV

A Juan Carlo



De bolina, tendido sobre una banda y con todo el trapo al aire cruzó el *Sakuntala* rozando la popa del torpedero. El gualdrapear de las grandes lonas interrumpió el diálogo en el grupo de muchachas y oficiales reunidos a la sombra de la bandera, que ondulaba ale-

gre a la brisa de aquella tarde de Junio, en el golfo.

— ¡El! — pensó Nuria.

Y sin mover la cabeza, inclinando los ojos, vió a Sergi echado en el balandro, a popa, junto al timón.

La mujer se mantuvo quieta; pero sus oídos siguieron atentos al murmullo del agua que el balandro abría al pasar...

— ¡Ella! — pensó Sergi.

Y miró a Nuria apoyada, de espalda, en la barandilla del torpedero. Los ojos se clavaron con hambre en la mujer codiciada; ¡un imposible ya para él!

Un imposible que era todavía su esperanza única, la razón de su vivir, y que había sido en otro tiempo, realidad, ventura, el amor de sus amores. Porque aquella mujer esquiva había pertenecido a Sergi: ¡suya, bien suya! Sobre aquellos ojos que se negaban a mirarle se habían posado, más de una vez, los labios de Sergi, en besos largos y silenciosos en los que el alma se iba toda. ¡Ojos transparentes, ojos a veces radiantes y a veces tristes como

aguas tranquilas bajo la sombra de nubes lentas!



—¿A qué he venido?

A bordo, en el teatro, en el club, de noche, errando solo por la gran ciudad desconocida, Sergi no se preguntaba otra cosa.

El deseo tenaz llegó de súbito. Fué allá, en la costa del Sur, hallándose el *Sakuntala* atracado al muelle de un puerto silencioso, blanco al reflejo de los caseríos de la orilla; un puerto abrigado y tibio como una concha llena de agua dormida al sol. Hacía tres semanas que Sergi permanecía allí, metido a bordo fumando cigarrillo tras cigarrillo, en plena inconsciencia, despertado al amanecer por los esquilones de la costa. Una tarde, ojeando un periódico, leyó Sergi el nombre de Nuria en la reseña de un baile. Aquel nombre evocó en Sergi la vida de otros tiempos: alegrías de ayer y angustias de hoy. Dos o tres años habían corrido ya desde que Nuria abandonó a Sergi. Un abandono incomprensible, en uno de esos cansancios repentinos que asal-

tan a las almas débiles; pobres almas vacilantes venidas a la tierra para rendirse a la mitad de todos los caminos, para sentarse al borde de todas las rutas que conducen al amor, al dolor y al sacrificio...

El luchó inútilmente. Dos brazos no bastan a salvar un amor. ¿Huir? ¡Qué remedio quedaba! Allí tenía al *Sakuntala;* allí, la mar. Y la mar le dió a Sergi el único consuelo entonces posible: la vaguedad que deja en el espíritu, la visión del agua inmensa, el pasar confuso de las horas perdidas hoy lo mismo que ayer, mañana lo mismo que hoy, la modorra en los días de bochorno en la soledad de las grandes ondas que cruzan calladas de confín a confín del horizonte...

A este anonadamiento puramente físico se unía la profunda laxitud que le produjera en el ánimo aquel abandono. Desde muy joven Sergi no creía en sí. Para vivir, para luchar, necesitaba que otra alma amiga, junto a la suya, esperase y creyese. El ponía el esfuerzo, y el alma compañera la fe y la esperanza. En aquel abatimiento el nombre de

Nuria fué para Sergi voz de la vida. El instinto de salvarse le arrastró hacia la mujer por imposible más codiciada.



Ya estaba allí; ya la había visto. En la calle, en las carreras, en el teatro se encontraban diariamente. Nuria pasaba serena, con los ojos fijos, tan fijos que muchas veces, al contacto del aire se le llenaban de lágrimas. Ante la mujer desdeñosa sentía Sergi que la ira burbujeaba en la sangre y que las manos se crispaban con el deseo horrible de matar. Eran los celos que volvían como en los primeros meses después de la separación, sin el alivio de poder aborrecer al enemigo ignorado aún, pero que llegaría y vencería, tarde o temprano; los celos malditos que a media noche rendían a Sergi sentado en el borde de la litera y le hacían llorar solo, en el silencio y en la sombra, con los codos clavados en las rodillas y la cara entre las manos, con sollozos profundos que le traían a la gargan-

ta toda la amargura y toda la tristeza de sus primeras desolaciones de niño.



Todos los días almorzaba Sergi en el *Club de Regatas*, en la terracilla, a la sombra del toldo. Pasaba allí horas y horas, en aquel rincón del puerto, en la quietud fascinadora de las aguas muertas, asoleadas. El martilleo de los calafates en la panza de un gran vapor, medio tumbado en la orilla, perdíase en la inmensidad azul y muda. De tarde en tarde un velero blanco asomaba lentamente, plegaba las velas, dejaba caer un ancla y se quedaba inmóvil. Por encima del malecón, allá, en alta mar surgía la humareda de un trasatlántico que pasaba lejos: el humo subía, se paraba en lo alto, mecíase un instante, y se borraba al cabo.

Una mañana, una mano sacudió a Sergi con violencia. Era un amigo, un compañero de aficiones, llegado días antes a disputar la «Copa» en unas regatas.

— ¿Qué haces?

— Ya ves: me aburro — contestó Sergi que tenía la rara virtud de no contar sus penas a nadie.

— ¿Por qué no te inscribes? Unas regatas siempre sientan bien. Si estás aburrido te sacuden los nervios; si estás nervioso te cansan, te rinden y concluyen por curarte. ¡Hala!

Era una buena idea. Sergi no vaciló. Una semana invirtió en alistar al *Sakuntala*. Varió el lastre y cambió el mastelero y la trapería. Las dos regatas parciales se habían verificado ya. En una venció Sergi, en la otra un inglés dueño del *Jorik*, otro balandro.



Y aquella tarde de Junio, los dos vencedores se disputaban la «Copa» en una regata definitiva.

En sábanas de espuma se arrullaban los dos balandros, tendidas al viento sus alas inmensas. Una escuadrilla de remolcadores los seguían a distancia. El *Jorik* marchaba

delante, detrás venía el *Sakuntala*, sin ganar ni perder un palmo de camino. En el silencio del puerto sólo se oía el hervir de las mares abiertes por la quilla de los balandros que avanzaban veloces. Al llegar junto al torpedero, Sergi, se jugó el todo por el todo: se metió en la estela del *Jorik* y le quitó el viento. La mayor del *Jorik* aleteó flácida. El *Sakuntala* dió una cabezada violenta, cortó de un hachazo el mar, y avanzó.

Y Sergi, mojado y trémulo con la alegría de la victoria sólo pudo ver, en la visión de un instante, las manos de Nuria que aplaudía frenética.

¡Al fin!



Sergi esquivó las parejas del rigodón y al cabo pudo dar con su antigua amante. Nuria había huído del calor y el estruendo de los salones del *Club* para refugiarse en un rincón de la terracilla, en el fresco y en la sombra de la noche apacible. En un alambre se columpiaba, con luz todavía, un farol de papel,

resto de la iluminación. Por encima del muelle el cielo clareaba anunciando la luna. Sergi tendió la mano a la muchacha y se sentó al lado de ésta.

— ¿Ves? — le dijo — Es inútil que nos empeñemos en lo que no puede ser. Al fin vienes tú a mí como yo he vuelto a ti. No seamos chiquillos. Cada instante que vivamos separados es algo de nuestra felicidad que pasa y no vuelve...

Nuria escuchó en silencio, jugueteó con sus sortijas, y dijo muy seria:

— Te equivocas. Soy la misma. No he cambiado ni pienso cambiar; te he aplaudido y has querido ver en eso algo más que un aplauso. Bien sabes como soy. Si yo hubiese nacido hombre me hubiera jugado hasta la vida. ¿Qué quieres? No puedo asistir a ninguna regata ni carrera si no pongo en ellas mi alma. Elijo mi caballo, mi yacht y los empujo con mi deseo de que venzan y sufro lo que no puedes imaginarte cuando se quedan atrás. Luego, concluída la regata ó la carrera olvido mis preferencias y mi entusiasmo.

Necesito, y no te burles, un *leit-motiv*, algo que me de pie para interesarme, y no aburrirme. Yo creo que en la vida todo se reduce a eso: a no aburrirse. Te quise por eso, y por eso me quieres. Entre un yacht desconocido y el barco tuyo, preferí el tuyo. Al fin y al cabo, la única persona a quien yo conocía en la regata eras tú.

Sergi estrechó con fuerza una mano de Nuria y trató de insistir; pero Nuria retiró la mano suavemente y dijo sonriendo:

— No seas loco: la regata ha concluído.

LOS TORPEDEROS

(IMPRESIÓN)



Han partido, en la mañana grís y tibia, hacia el horizonte cerrado, que en la quietud del mar sereno devuelve la tierra los ecos de las últimas salvas. El aviso se ha desatracado lentamente, ha virado en mitad de la dársena, ha cobrado el ancla, se ha vuelto de proa a fuera y ha salido hacia la mar, dejando en pos de sí largo reguero de vapor blanco en el agua blanca, llena del reflejo de las nubes inmóviles. Tras de él, casi por la misma estela, han marchado los torpederos grises, diminutos, trepidantes. Y sobre la espuma del agua batida por las hélices

las chimeneas han tendido, fugaz y derramando adioses, la sombra de su humo.

El rincón del puerto, donde cada mañana, al son de las cornetas, desplegaban los pabellones su alegría, ha quedado mudo y solitario. Ahora el agua contempla el cielo con el mirar desconsolado con que los ojos infantiles buscan un juguete perdido. ¿Dónde están? parece decir la vida que pregunta, eternamente despierta y eternamente ansiosa, desde el fondo del agua y de los ojos. ¿Dónde? Allá, en lo alto, las nubes se mecen indiferentes, indecisas, como espíritus perezosos a quienes el destino no ha marcado rumbo. Mientras haya transparencia donde mirarse ¿qué han de decir las nubes a las nostalgias del agua? Los ojos que suplican más fijos son los que reflejan mejor.

Yo no sé que tiene la soledad de estos rincones de puerto abandonados. ¡Pobres hombres que arrastráis inconscientemente la interrogación de vuestras almas por el borde de esa otra gran pregunta de la mar! vosotros conocéis estas inexplicables decepcio-

nes que nos dejan algo inquietos y algo tristes ante esos vacíos, ante el agua cansada de tantos adioses y de tantas esperas inútiles, donde un día reposó un barco que no volveremos a ver. ¡Jabeques levantinos, que purificáis las escalinatas de los grandes puertos con el aroma de las frutas de Mallorca y de Cerdeña! ¡Vapores panzudos, cargados de carne humana, llena de anhelos y de hambre! Barcos de guerra, que traéis a los hombres del Norte hasta las puertas de nuestras ciudades, a olfatear el botín de las razas vencidas, todos, al desaparecer, amargáis con vuestra ausencia y vuestra libertad la esclavitud de nosotros, los ignorados, sujetos siempre a la misma roca!

La noche nublada cerrará hoy más pronto sin estrellas ni luna, allá en levante. Entre las sombras correrán los torpederos, juntos y aislados a un tiempo, en esa marcha de las escuadras en plena mar, en la que los centenares de vidas de cada tripulación se funde en la vida única y en el nombre único de cada buque. De todos las armas terribles de

la guerra los torpederos son la que más sugestionan. Ocultos en la costa, o al amparo de los grandes navíos, esperan la noche, propicia a sus ataques y a sus huídas. Cerradas las lumbreras, apagadas las luces, lánzanse hacia lo desconocido y lo incierto; vuelan como la muerte misma; pasan a través de la sombra como una sombra. Los acorazados altos y oscuros, en línea, como una caravana de mónstruos, los buscan, los persiguen con sus grandes ojos inquietos, con la rabia y la angustia de los animales fuertes, que al verse atacados, no encuentran carne enemiga donde hacer presa. Y ellos van y vienen, huyen y avanzan. Su casco ligero vibra ansioso como los insectos, todo alas y aguijón, nacidos para morir en la primera lucha. Dentro, sobre las grandes parrillas de los hornos, bailotean, empujados por los ventiladores, los panes de carbón llameante. Y cada uno en su puesto, cada hombre espera el primero y único golpe que los ha de hundir; cada hombre sigue, sin ver, guiado por el instinto, los movimientos del barco,

sus huídas, sus ataques, en un vaivén horrible de la vida a la muerte.

. . . .

Un barco de guerra tendrá siempre esa doble poesía de la muerte y de la mar: dos horizontes desconocidos que fascinan y no responden nunca.

EL CHALET



Una mañana desapareció el cartel clavado hasta entonces en la barrera. Hubo en el caserío un movimiento de estupefacción, de curiosidad. Aquel *Se vende,* renovado cada año con pintura roja, había sido, durante mucho tiempo, algo así como un ornamento público. El cartel y un molino sistema persiana, eran las únicas distracciones que se ofrecían al transeunte en la carretera, deslumbradora, blanca de sol y de polvo, sin más sombra que la sombra de los postes del telégrafo.

Encerraba la empalizada el solar más codiciado de todo el caserío, un punto de vista admirable desde donde oteaba el llano, los bosques, la mar. Aquel pedazo de tierra y aquel horizonte habían sido la tentación constante de todos los americanos instalados en la costa. Pero aquel *Se vende* significaba un capital en pesos; una atrocidad de un propietario que sin haber abandonado nunca la isla ni haber estado en América, quería explotar al prójimo. Todos los americanos habían desfilado por allí, todos habían tenido un momento de vacilación, todos habían sentido el «arranque». Pero todos se habían rehecho y habían renunciado prudentemente. Habían concluído por resignarse. Se consolaban todos con la idea de que ninguno de ellos poseería el solar. Además de americanos eran hombres.

A los dos días de haber desaparecido el cartelón comenzaron las obras: los cimientos de un chalet. No hubo vecino de los contornos que no fuese a husmear por las rendijas de la empalizada. No eran las obras lo que

llamaba la curiosidad. Era el propietario, un americano viejo y envejecido, llegado hacía poco de Cuba; un americano auténtico, sin disfraces a la europea, con guayabera y jipijapa: terroso el rostro, blanco el traje, blanco el sombrero, blanco el bigote, dorado a trechos por el humo del tabaco.

Nadie le conocía en el caserío. Y, sin embargo, él los reconoció a todos. Porque nadie había pensado en él, al desaparecer él de su tierra, y él había pensado siempre en ellos, en el rincón de costa dorada, ungida con el aroma y la resina de los pinares.

Hacía sesenta y tres años que él había nacido en una casa próxima a aquel solar, muy cerca de aquella carretera blanca de luz y de polvo. Treinta años, media vida, había pasado en Cuba, luchando, amontonando dinero, pensando siempre en volver, siempre confiado en encontrar la isla y la ciudad tales como las dejó, con la misma aureola; campo sin límites de ilusiones vedadas un tiempo a su pobreza. Al fin había regresado. Estaba aquí ya. Y aquí sentía ahora la suprema e

irremediable desilusión de su vida: la inutilidad de todos sus esfuerzos, de todos sus sacrificios.

Se encontraba aislado aquí, donde soñara tantas veces vivir en completa dicha. Solo, muy solo. Ni su fama de rico había resucitado lejanos parentescos. Nadie. La tierra se había tragado todos sus amores. Al mes de encontrarse en la isla, no tuvo más remedio que buscar la conversación de los otros americanos, compañeros suyos «allá» en Cuba. No eran aquellas sus amistades predilectas; pero las únicas amistades. También sus compañeros se habían transformado. No eran ya lo que habían sido en Cuba. Iban mejor vestidos, pero trasplantados aquí, resultaban un poco más ridículos, más cómicos. De noche, en los tranvías, en la agradable familiaridad de los últimos viajes, oíales hablar, en voz alta, con gran suficiencia, de arte, de literatura, del porvenir probable de la América del Norte. Si alguien les contradecía, golpeaban el puño del bastón con las manos cargadas de anillos, solicitaban con la mirada

el asentimiento del conductor, y exclamaban irascibles:

— ¿Qué me va usted a decir? ¡Si yo he estado allá!...

Allá era Ponce o Buenos Aires, o cualquiera ciudad americana, a miles de kilómetros de los Estados Unidos, al otro cabo del continente. La cuestión se reducía a haber estado en América. Era el argumento.

Poco a poco, secretamente, sintió el americano nacer en su alma una profunda aversión hacia aquel grupo de advenedizos. Odió aquella sociedad que los escuchaba atenta y envidiosa. Lamentó la ceguedad de los que renuncian a todo, para aspirar a todo y no obtener al cabo nada. Vió la triste miseria de todos aquellos pobres hombres que, como él, habían sacrificado la juventud, lo mejor de la vida, a seis o diez años de vivir harto entre desazones del hígado y ahogos del asma. Un impulso de rebeldía inútil le agitó el cuerpo; una ráfaga de juvenil irreflexión le oreó la frente. Al volver a la realidad, a su vejez y a su aislamiento, vió cruzar ante él, fatal y consoladora una idea: el suicidio.

Pero antes de morir quiso dar una lección al mundo, dejar a las gentes algo que fuere como la moraleja de la equivocación de su vida. Compró el solar codiciado, edificó un chalet; el chalet, primera inspiración de cuantos vuelven de América engastados en oro.

Pronto descollaron los muros por sobre la empalizada. Era un chalet construído para excitar la envidia de los pobres tenderos, aguijoneados y entristecidos por la ambición. Construyó un gran mirador de vidrios de colores para transformar a gusto el aspecto del paisaje; fabricó una pajarera enorme y compró un Neptuno de yeso para el surtidor; peinó y recortó los árboles; pintó dos selvas germánicas en las paredes del chalet; edificó una gruta artificial, un laberinto minúsculo; plateó con purpurina la verja de hierro; adquirió cuatro mecedoras; domesticó un mico, compró un fonógrafo.

De tarde, cuando se poblaba la bahía de blancas velas diminutas, cuando allá, en el horizonte, las islas del archipiélago se incendiaban frente al ocaso como nieblas lejanas,

el americano iba y venía lentamente por un terradillo abalaustrado, que daba al mar. Desde la carretera, a través de la verja, los vecinos envidiosos le miraban ir y venir, en mangas de camisa, saboreando un habano, con la tripa redonda, recortada en el cielo transparente, desbordada por encima del cinturón. De noche, las muchachitas de la vecindad, en espera de novio, canturreaban fragmentos de zarzuela, acompañadas con el fonógrafo agrio, incansable.

Un día no se abrieron las puertas del chalet. El americano se había ahorcado.



Llegó a las puertas del paraíso un poco fatigado, un poco inquieto.

— ¿Quién va? — preguntó Pedro.

— Soy yo; un suicida.

— ¡Un suicida! ¿Y tienes el cinismo de venir á molestarme?

— Un suicida, señor, que se ha matado para dar a la Humanidad una lección de desinterés.

Y el americano refirió su vida, sus desengaños; trazó una pintura, muy aproximada, del egoismo de los hombres.

Cuchicheó Pedro con alguien detrás de la puerta, y abrió al fin.

— La buena intención te salva — le dijo — pero tienes que lavar tu culpa.

Arrastró al suicida por un brazo, y volaron largo tiempo a través de las estrellas. Allá abajo, en un mar azul, surgió una isla rosada, llena de sol.

— Mira y escucha — exclamó Pedro.

En las terrazas de los caseríos, en los grupos de gentes sentadas a la sombra se comentaba la muerte del americano. Unos le tenían por loco; otros le consideraban víctima de alguna enfermedad incurable. El suicida se aferró al brazo de Pedro, y cerró los ojos colmados de lágrimas. Bien castigado estaba. No le habían comprendido.

EL PASADO

(DEL DIARIO DE UN EMIGRANTE)



NOVIEMBRE, 4. He roto la última cuartilla; mis ensayos, mis cuentos, mis versos, todas mis ilusiones yacen a mis pies en un montón de papel inútil. Y rajada la última cuartilla, mi alma se queda quebrantada, algo desdeñosa, algo triste. En otro tiempo, en la época de mis fervores idealistas, habría dicho que se me habían roto las alas. Hoy no puedo, no debo escribir ya eso. He de

ser fuerte, he de matar en mí la emoción, cosa estúpida en quien no ha sabido triunfar de la vida. Acojámonos al manual del emigrante perfecto. Avante siempre, caiga el que caiga.

Y, sin embargo, la emoción me rinde al verme solo en este cuartito de la azotea, refugio de mis juegos de muchacho, de mis fatigas de estudiante, de mis ilusiones de joven. ¡Estas paredes, abrigo de tantas horas felices, esta ventana en cuyos cristales brilló el sol de tantos días dichosos, donde escribí el nombre de la primera mujer que amé y donde reposó mi frente al peso de la primera melancolía sin causa! ¡Y fuera del cuarto el horizonte familiar de tantos años, las azoteas blancas, bajo el vuelo de las palomas, entre el verde de los grandes árboles que suben a la luz desde el fondo de los jardines; las azoteas que en estas ciudades son el lugar preferido de todos: la libertad gozada de puertas adentro, el primer paseo de los pobres convalecientes, el sol de los viejos, el cantar de los niños a la luna nacida en

el mar lejano, las primeras estrellas que hablan de la muerte, la primera novia contemplada de un confín a otro del caserío, en la paz del crepúsculo! ¡No, antes de echarme la conciencia a la espalda, antes de volverme malo, quiero abrir mi corazón y llevarme en él estas visiones queridas; mi único consuelo en las horas amargas que me esperan!

No seré yo sólo el que las recuerde. Alguien ha sentido ya por todo esto igual dolor que el mío. También la pobre Eulalia se despidió de estos rincones amados. Y quién sabe si hoy, al lado de Calixto, venerable y gordo, allá, en Andalucía, soñará también estas palomas que describieron sobre nuestras cabezas juntas la corona invisible de los idilios, y con esta paz de la tarde en que nuestras almas a través de los labios mudos, se dijeron todo! Esa fué su azotea y ésta es la mía. En la pared que las divide nos dió Amor sus lecciones. Ahí supimos de dolor y de ventura. Ahí nos dijo una estrella como se puede amar un imposible; ahí nos enseñó un viejo piano de la vecindad la *Pastoral* de

Beethoven, la Tormenta y la calma *leit-motiv* de nuestras riñas de novios; ahí, en fin aprendimos lo bello que puede ser el mundo reflejado en unos ojos que se quieren. Esos fueron los versos de Eulalia, los que rasgó ella el día que se casó con su Calixto porque la desgracia que se le llevó a sus padres y la mala suerte que no me hizo rico al nacer, lo quisieron así.

Desde la galería del patio me llaman a cenar. ¡Oh, las cenas, las últimas cenas en mi casa, las frases triviales tras de las que se esconde el pesar anticipado del adiós; los largos silencios «que hablan», el golpe del cubierto abandonado en el borde del plato por la mano trémula que se lleva el pañuelo a los ojos! ¡Amargura, amargura, sé lo que eres.

NOVIEMBRE, 8. Hace cuarenta horas que navegamos. Lejos de mi familia y fuera de mi ciudad, me veo frente a frente a la vida despiadada. Un viaje así, entre centenares,

de personas a las que no conozco, es la preparación mejor para la lucha que he de acometer. En estos buques abarrotados de emigrantes se siente una tristeza que no hay en los demás. En los otros barcos, nos asalta el miedo a morir; en éstos asistimos al espectáculo de la vida trocada en drama, ante el cual esa misma frase ¡morir! nos parece menos lúgubre.

Avanzamos a lo largo de la costa. Desde a bordo se columbran las poblaciones del litoral y más distantes, apenas visibles, los caseríos escalonados monte adentro. En uno de esos rincones, a orilla de un río o en la linde de un bosque, habita Eulalia con su Calixto gordo y pelón. ¡Tal vez el humo de nuestro barco, divisado a lo lejos, despierte su nostalgia. ¡No se imaginará que en el buque de su ensueño, cruza, camino del Brasil, con algunos cabellos blancos y algunas ironías crueles, su ilusión primera!

NOVIEMBRE, 10. Hemos llegado hoy y partimos a media noche. Una escala de horas,

en el bullicio de un puerto cosmopolita, última etapa del viejo mundo. Viejo, sí, y despreciado también, pero nuestro, después de todo. Ni yo, ni cuantos emigran conmigo, hemos revelado nuestra emoción en una frase. Y, sin embargo, en nuestro silencio, al desatracar del muelle, en la canoa que nos ha devuelto a bordo, en la obscuridad y el aroma de unas flores compradas en tierra, había angustia y había lágrimas. ¿Dolor por lo que nos espera? ¿Pesar por lo que abandonamos? ¡Qué me importa saberlo! ¡Adiós!

Un renglón en blanco. Y en el renglón mi porvenir tal vez. ¿Pero será cierto? ¿Será verdad lo que hasta en las novelas se nos antoja burdo y casi imposible? Eulalia está a bordo, Eulalia va a América con su marido. Al regresar aquí, al bajar a la cámara, al avanzar por los pasillos de segunda he oído su voz. Es ella, la reconozco, no la he olvidado. Eran dos voces: la suya y otra voz desconocida que contestaba soñolienta, entre

largos bostezos. No he podido resistir la duda; he corrido a la cubierta; he buscado al sobrecargo; he interrogado disimuladamente a los camareros, y no me equivoco, no: es Eulalia. ¿Burla, sarcasmo de la suerte?

Dos horas más tarde, luego de respirar el aire libre en la toldilla. Serenémonos. No seamos pretenciosos. No creamos que existe un señor llamado Destino que se entretiene en urdir estas combinaciones de mal gusto. Todo se reduce «sencillamente» a una casualidad a una coincidencia que ni siquiera podrá serme útil como libreto después de haber renunciado a mis ilusiones de compositor.

Y ahora ¿qué va a ocurrir?

Noviembre, 11. Nos hemos encontrado. Al vernos, Eulalia no ha podido reprimir su asombro. He intentado hablarla y ha esquivado la conversación. ¿Por qué? Su Calixto no me conoce; ignora, de seguro, hasta mi nombre. ¿A qué, pues, esa reserva? ¿Por

qué no hablar como dos buenos camaradas? ¿No nos separamos amigablemente?

Noviembre 12. Su desdén me irrita y a veces me halaga. En ocasiones pienso que Eulalia huye de mí por temor a reavivar el rescoldo del cariño que un tiempo nos profesamos; y en ocasiones me enoja al creer que me desprecia por no haber defendido yo el amor que nos unía. Y he aquí otra charada y otra inquietud contra las que nada valen mis canas prematuras ni mis ironías crueles.

Noviembre, 14. Mis esfuerzos son inútiles. Sea por lo que sea, Eulalia no quiere hablarme. He trabado amistad con su Calixto por ver si de ese modo logro terciar en la conversación de ambos. Pierdo el tiempo. Eulalia no interviene en nuestros diálogos, ni se acerca cuando nos ve juntos. Su marido me dice:

— Desde que se embarcó está muy cambiada. No habla, no come ni duerme.

Y yo le tranquilizo lo mejor que sé.

— A veces el temor del mar, o del mareo encalabrinan los nervios y transforman el carácter.

— ¡Tal vez sí, tal vez sí! — exclama Calixto — pero...

Se aproxima y me hace al oído una confidencia que es para mí una crueldad. Y al ver que yo le contemplo de soslayo, añade:

— ¡Caray, ni ella ni yo somos viejos! Yo tengo aún mis esperanzas.

Noviembre, 16. ¡Sea! ¿Lo quiere Eulalia así? ¡Pues así! ¡Desdén por desdén! He pasado la tarde adornando las toldillas con flores y banderas. Los pilotos nos han invitado a ayudarles. Habrá concierto a beneficio de la «Sociedad Salvamento de Náufragos» y baile, si el tiempo lo permite. Soy un «número» del programa. Tengo una idea. Me vengaré.

Las diez de la noche. El salón de música, el *fumoir*, los comedores, las toldillas rebosan de gente. El pasaje de primera y segunda se ha reunido. Se charla, se ríe. El capitán nos obsequia con champagne. A proa la charanga toca una jota que los emigrantes corean. El mar está sereno, el cielo diáfano, poblado de luces innumerables. El humo del trasatlántico flota en borbotones a ras de las ondas; se agrupa, se deshace, se aleja como un tropel de fantasmas. Toda esta alegría lanzada a diez y ocho nudos por hora en plena mar, tiene algo del aturdimiento de la gente bisoña que parte a la guerra, cantando. Por un instante perdemos la conciencia de lo que nos aguarda; por un instante aspiramos la flor del olvido. Me llaman. El concierto empieza.

La una de la madrugada. Parado a la puerta del salón aguardé mi turno; fumé febrilmente; luché conmigo mismo, en la duda de vengarme o de respetar el silencio de Eulalia. Allí estaba ella y allí estaba Calixto,

con la cabeza monda y brillante al reflejo de las bombillas. Cuando llegó mi vez, me sobrepuse y avancé tranquilo, en apariencia. El público zanjaría aquella duda que yo era incapaz de decidir. Si me aplaudía, si reclamaba de mí otras audiciones, cumpliría mi propósito.

Empecé por Chopín; bajo mis manos temblorosas revivieron las melodías tristes, las escalas dulces como el manar de una fuente, los acordes bruscos como sollozos. Al concluir, me aplaudieron con entusiasmo; algunos pasajeros me felicitaron; los aplausos se repitieron, oyéronse voces que me invitaban a continuar. Me senté y preludié la *Pastoral* de Beethoven. A las cuatro o cinco notas me había olvidado de mis propósitos de vengarme. ¡Oh, no! La música que nos ha emocionado alguna vez, la que ha despertado la bondad y la nobleza de nuestros sentimientos, no puede interpretar, en el mismo espíritu, una pasión mala. Me asaltaron los recuerdos y las visiones de otros días: ví mi casa, mi gente, las azoteas de mi ciudad; re-

cordé mi noviazgo, mis ilusiones imposibles. Y algo se me desgarró en el alma; algo que infundió a mis manos hiperestesía aguda merced a la cual a despecho de las incorrecciones de mi técnica, el piano parecía sufrir como mi propio sufrir. Pasada la borrasca, al acometer las notas admirables en que Beethoven puso la alegría del trinar de un pájaro, al lucir el sol, después de la lluvia, estalló en la sala, entre el silencio de tanta gente, un sollozo mal reprimido. El público se distrajo; cuchicheó un instante y varios siseos restablecieron la calma. Al abandonar yo el piano, entre aplausos y parabienes, Eulalia y Calixto no estaban allí.

....

Al amanecer se paran de súbito las máquinas. El pasaje se despierta. Tintinean los timbres; van y vienen los camareros; suena en los pasillos el caminar precipitado de alguien que huye. Me arrojo de la litera, me visto al vuelo, y salgo a la toldilla. Y en la toldilla sorprendo un espectáculo lamentable: dos pasajeros pugnan por incorporar

al pobre Calixto que se ha desvanecido. Acudo y al ponerle en pie, al entreabrir los ojos me mira y se arroja en mis brazos. Su gesto, su semblante me lo dicen todo... ¡Qué cosa tan horrible! Eulalia ha desaparecido.

Desde el tope del trinquete un marinero indica que no se ve nada; desde el puente los oficiales exploran la mar; un bote parte de a bordo, a la vela; el trasatlántico retrocede. Al cabo de una hora, perdida toda esperanza, izan el bote y el vapor continúa su ruta. En la consternación del pasaje no se oye más voz que la de Calixto, del pobre Calixto que, sujetado por nosotros, manotea y grita que le abandonemos, que lo arrojemos al agua, que quiere morir.

¿Qué he hecho, Dios, que he hecho? Me he encerrado en el camarote y, tumbado en la litera, repito mentalmente, mordiendo la almohada: ¡asesino! ¡asesino! ¡asesino! ¡Sí, yo la he matado, yo que azucé su desesperación; yo que, herido en mi vanidad estúpida, no adiviné lo que podía sufrir. ¡Yo que soy el único que la puedo llorar ahora, por-

que soy también el único que sé su calvario! ¡Asesino, asesino, asesino! Siento tal odio, tal repugnancia contra mí que me parece oler el hedor de mi propia carne llena de vileza. ¡Asesino!

NOVIEMBRE, 22. He pasado la mañana tocando el piano. Hay que disimular. Es preciso hacer frente a los que buscan una explicación a mi retraimiento. La sala se llena de gente y de humo. A los primeros acordes de la *Pastoral*, entra Calixto agobiado y macilento. Yo interrumpo la música; y al advertir él esta «delicadeza mía» se acerca, me apoya una mano afablemente en mi espalda y me dice algo que es inocente y podría ser sarcástico:

—¡No, no! ¡Gracias! Continúe usted.

Le ofrecen una silla, se sienta y añade:

—¿La *Pastoral*, eh? «También» a mi me gusta. Era la música favorita de Eulalia. ¡Lo que me ha hecho llorar!...

EN EL TREN



Dejé mi saco de viaje en la malla; arrojé un libro a una de las butacas del departamento, en señal de ocupación. Después, bien arrebujado en mi abrigo, corrí hacia el restaurant. Pasaba por medio de los coches, abriendo y cerrando puertas, sacudido, de vagón a vagón, por el traqueteo de los fuelles de empalme. Los pasajeros dormitaban con las piernas enguruñadas sobre el calorífero, apelotonados en sus mantas, bajo la claridad de las luces del techo, cernida a través de las cortinas verdes.

En el restaurant había dos personas: un

inglés pálido, ventrudo, impasible como un ídolo; y uno de esos hombres de catadura vaga que se hallan en todos los viajes, un poco aburridos del camino, y que os saludan y sonrien como antiguos compañeros y concluyen por hablaros de mil cosas fútiles: de las comodidades y molestias de los hoteles, de los teatros, de la última ciudad vista. Hombres cuya simpatía súbita hacia vosotros va disminuyendo a medida que el tren se acerca a la estación a donde se dirigen, y que, una vez pasado el rato, se marchan casi sin saludaros, desdeñosos, sin haber dicho de donde vienen ni quienes son.

Rehuí el saludo. Me senté. Llamé. La luz débil de las lámparas caía sobre el mantel de las mesitas no ocupadas aún; y sobre las servilletas blancas abiertas en abanico como grandes mariposas detenidas a beber en el borde de los vasos. La vajilla estremecida por la marcha del expreso, producía en el coche un rumor cristalino, casi imperceptible. Tras de los grandes cristales empañados extendíase el campo y el cielo negros, sin una luz, sin una estrella.

Lentamente el restaurant se fué llenando. Los pasajeros aparecían en la puertecilla del fondo. Llegaban con las gorras de viaje encasquetadas hasta las orejas, envueltos en sus amplios chaquetones, con los bolsillos abarrotados de libros y diarios. Unos se sentaban y orros seguían leyendo, entre bocado y bocado. Otros, reunidos alrededor de una mesa, charlaban alegremente. En la mía quedaba un sillón vacío, cuando la puerta se abrió y entró una mujer. Era muy joven, alta. Vestía un traje de paño negro, un *trotteur* muy sencillo. La desconocida vaciló un momento; recorrió con la vista el coche y vino a sentarse a mi mesa, de cara a mí. Los pasajeros curiosos la siguieron con la mirada. Después unos reanudaron la lectura; otros la conversación. La mujer me saludó inclinando la cabeza ligeramente. Leyó la carta. Pidió algunos platos. Mientras aguardaba, levantó y plegó el velito que obscurecía el rostro sobre el ala del sombrero. Era blanca, con el blanco mate de mármol de las mujeres levantinas. Era

una belleza extraña. Tenía los ojos azules, luminosamente azules, bajo la gran mata del cabello negro y espeso.

Por más que hice, no logré que sus ojos se encontraran con los míos. Manteníase recatadamente con los párpados bajos. Pero cuando me distraía sentía sobre mí el calor de su mirar medroso. Cansada de esperar, limpió el vaho que empañaba los cristales y miró largo tiempo hacia fuera, hacia la noche. Una higuera sin hojas, iluminada por las luces del tren, surgió y desapareció en lo alto de un talud, con los troncos retorcidos, tendidos hacia el coche como las patas de una araña hambrienta. La mujer asustada retiró el rostro del cristal y se apoyó en el respaldo del asiento.

Cenamos casi sin mirarnos. Un traqueteo súbito y corto nos indicaba en ocasiones que el tren pasaba por algún puente ignorado. Al entrar en las curvas de la vía, el coche se inclinaba como un buque sobre las olas. Corríamos, corríamos por las tinieblas de los campos mudos, por una tierra desconocida,

azotada por las rachas del temporal deshecho.

Un camarero recorría el restaurant dejando sobre la mesa, a cada pasajero, la nota de gastos. Cuando entregó la cuenta a la desconocida, la mujer se quedó confusa, buscó en el fondo del portamonedas, sacó algunas monedas de plata; buscó más. No había más. Yo asistí disimuladamente a aquella escena muda. Al principio creí que se trataba de alguna artimaña de *demi-mondaine*, acostumbrada a explotar la galantería de los viajeros candorosos. Pero, no. Su semblante revelaba claramente una angustia sincera.

Cogí las dos cuentas y las pagué sin decir palabra. Los pasajeros no se enteraron de lo ocurrido. La mujer me miró fijamente. «Gracias», me dijo con voz en que parecían temblar las lágiimas retenidas en el fondo de su alma.

Poco a poco los pasajeros desfilaban. Los camareros empezaban a levantar los manteles. El inglés dormía con la cabeza arrellanada en la gran papada, estremecida por

el traqueteo del coche. Miré a la desconocida. Ella me miró también; sus ojos se llenaron de lágrimas; volvió el rostro hacia los cristales; se echó a llorar.

La mujer hablaba con la voz entrecortada por los sollozos, retenidos a duras penas. Había sido una equivocación del camarero. El camarero había equivocado dos platos de precios diferentes. Ella no llevaba más dinero que aquél. Venía de una estación distante, de un balneario donde había muerto su padre después de haber perdido en el juego la última peseta. No le quedaba familia en el mundo. No tenía amistades en España. Viéndose sola y sin amparo, había escrito a una amiga suya que vivía en París alegremente. Aquella amiga sería lo que las gentes quisieran; pero era buena, muy buena, un corazón de oro. Había puesto en juego la influencia de un secretario de la Embajada española y había conseguido para la huérfana un pasaje en el exprés. También le había enviado dinero; pero, salvo una mínima cantidad, todo el dinero remitido

había quedado en manos del dueño del balneario. Su amiga le había escrito: «Ven y ya veremos». Iba a París.

Aquella mujer volvió conmigo a España. Yo, que había llegado a los cuarenta años, sin casarme, por parecerme muy difícil la elección de matrimonio, me casé con aquella desconocida que el destino cruzó en mi camino en uno de mis viajes de solterón alegre. Las niñas de mi pueblo no olvidaron nunca mi «traición», no perdonaron jamás mi casamiento con aquella desconocida que iba a París a entregarse al diablo.

¡Pobres muchachas! Yo leo en sus ojos su desprecio hacia mí. Pero ¿qué hacer? Yo no poseía entonces, ni tengo ahora, la noción cou que ellas juzgan lo que hay que perdonar o castigar en este mundo, esa clarividencia envidiable con que han catalogado de un modo exacto, las quiebras de la conducta. ¡Lo único que nos falta a mi mujer y a mí para ser dichosos!

LA MAQUINA



Señor Juan Antonio, esa casa suya es una jaula. ¡Qué cantares y qué risas!

Después de los tres movimientos indispensables — de corvas, cintura y cuello — el señor Juan Antonio se irguió trabajosamente. Estábamos en las viñas. Era en abril, al acabar de un gran chubasco. Envuelto en el aroma de la tierra mojada y perdido en aquel mar de hojas, el cuerpo del viejo se mantenía vacilante y retorcido, como tronco de cepa centenaria, al sol de la última primavera. Miróme el viejo, apoyó las manos en el brazo del azadón, y me dijo son-

riendo con su boca sumida, donde brillaba blanco y aislado, un diente:

— Vaya usted cuando quiera. Verá la jaula y verá el reclamo.

— ¿El reclamo?

— Sí señor, el reclamo.

Y tras de los tres movimientos indispensables — cuello, cintura y corvas— el abuelo se sumió otra vez en el mar de viñas rumoroso.

Cinco días hacía que estaba yo en la aldea. Cada tarde había pasado al pie de aquella casa minúscula y blanca, llena de cantares, y de risas. Y cada vez había oído risas y cantares diferentes. Aquellas voces innumerables aguijonearon mi curiosidad. No cabía duda: eran demasiadas voces para tan poca casa.

Sucedía esto a fines de abril. Y era en medio de un paisaje bíblico, sembrado de olivares y de aldeas diminutas, hasta la mar. En el fondo de los barrancos, en las grandes charcas dormidas reflejábanse las nubes — esas nubes de abril, blancas y ligeras, arras-

tradas por soplos de viento frío todavía, pero pintadas ya de los colores del verano; nubes cuya visión despierta en el espíritu deseos y alas.

No falté a la cita. La «jaula» estaba en un montículo, en un descampado del pinar donde se dominan las masías y las aldeas. La vereda que lleva a la costa cruza por frente a la casa. Aquella tarde entré al pasar. Una sola habitación componía el edificio. Encontré al viejo y a su mujer durmiendo en dos antiguas poltronas, forradas de percal rameado. En medio de la habitación, sentadas alrededor de una máquina de coser, cinco muchachas, la mayor, de unos diez y ocho años, trabajaban charlando. Dos poltronas, la máquina, media docena de sillas, y por cuadros, los tres huecos de las ventanas abiertos al paisaje. No había allí otros muebles.

Al entrar yo, las muchachas interrumpieron el palique. El silencio instantáneo despertó a los viejos.

— Estas — me dijo el abuelo — son mis

nietas. Y éste — señalando la máquina — el reclamo. Acérquese. Venga acá.

Me llevó junto a una ventana, y añadió, indicándome las aldeas que desde allí se veían:

— Allí, en aquel pueblo, tengo una hija casada. Allá, en aquel otro, dos más con una docena de chiquillos cada una. Y en aquél, allí, más lejos, otra, casada también. Cuando se casó la mayor quiso llevarse la máquina. Pero para mí el cariño no tiene edades. Todas son mis hijas. Yo no podía comprar una máquina para cada una. Y además, tenía yo mi idea. ¡Ay, los hijos, cuando se casan, se olvidan de nosotros! «La máquina — les dije — será de todas y de ninguna. Cuando queráis coser venid a verme». Y traje la máquina aquí y levanté esta casa bien blanca, para que se viese desde los pueblos donde viven ellas. Al principio vinieron mis hijas. Después, las pobres, se cargaron de familia. Dos viejos son muy poca cosa para atraer a las muchachas. Pero dos viejos y una máquina de coser, es muy distinto.

El viejo cogió la cara a una de las chicas y le mordisqueó cariñosamente la nariz con el diente aislado y blanco. Además de abuelo era filósofo.



ARBOLES CAÍDOS



Se moría. Hacía una semana que el abuelo se moría. Se acababa lentamente, como una candela, consumido y blanco, después de larga parálisis, a la sombra del viejo solar. Aquel morir sereno, inacabable, le había dejado transparente como un alabastro.

Sus manos, tendidas sobre el cobertor se se crispaban poco a poco, día tras día, como

hojas al secarse. En la almohada, vestida aun con la funda rica puesta para la ceremonia del Viático, la cabeza enjuta del viejo labrador se hundía definitivamente. Clavados en la ventana, los ojos se empeñaban en seguir contemplando el bosque, que había sido para ellos el único horizonte de toda la vida.

No le faltaba al viejo más que morirse.

Había vivido muchos años; había tenido sus alegrías y sus penas, sus amores y sus odios; ya había hecho testamento; le habían administrado el Viático y la Extremaunción; lo habían encomendado a Dios, a la Virgen y a San Benito; se había despedido de su mujer y de su nieto, su único nieto, llegado precipitadamente de la ciudad.

Tres días hacía que el nieto estaba allí. En la capital, su viaje repentino había dejado en suspenso negocios y tráfico. Esperaba los huesos del abuelo para marcharse. ¡Manía de viejos! Al transmitirle en vida sus bienes, los abuelos exigieron de él, como condición primera, que les enterrase en la

ciudad, en la misma fosa de una hija suya, muerta hacía muchos años. Era preciso cumplir la promesa ¡y el abuelo no acababa!

El primer día, menos mal. El nieto había encontrado la casa llena de labradores, amigos del moribundo. Habló con ellos de negocios; se distrajo mientras que allí, en la alcoba del viejo, dos o tres vecinas, viejas también, lagrimeaban junto a la abuela, muda y llorosa. Pero cuando los amigos comprendieron que el abuelo tardaba en morirse más de lo que se acostumbra en casos semejantes, la casa se quedó vacía. Ahora se limitaban a preguntar por el enfermo, al paso, desde la puerta: «¿Qué hay?» Y continuaban su camino. En la soledad de la casa, medio a obscuras, el nieto iba y venía, fumando y paseando horas y horas. A cada vuelta, un hilo de sol le iluminaba los zapatos.

Un amanecer el hipo del viejo cesó de pronto. La abuela, amodorrada, despertó súbitamente, con el sobresalto con que se despiertan los viejos al sentir que, en la quietud de la casa y en el silencio de la

noche, se interrumpe el tic-tac del reloj. El abuelo se había muerto. ¡Al fin!



En tanto que llega el instante de ponerse la comitiva en marcha hacia la ciudad, el nieto rumía un propósito clavado entre ceja y ceja. Llama a la abuela a un rincón de la cocina, y allí le dice:

— Mire, madre abuela, usted tiene que venir a vivir conmigo, a mi casa.

¡Ella! La vieja abre los ojos tamaños. ¡A la ciudad, ella, que en las raras ocasiones que estuvo allí creyó morirse, aturdida por la batahola de aquellas multitudes en río suelto y el ahogo de aquellas casas de techos bajos!

— Así, — continúa aconsejando el nieto — viviremos juntos, serán menos los gastos, arrendaremos el huerto y la viña. Donde comen dos comerán tres...

El nieto vacila, y añade decidido, brutalmente:

— Además, usted está delicada... Lo que

le ha ocurrido al abuelo puede ocurrirle a usted, cuando menos se piense. Yo no puedo abandonar la tienda.

La vieja cierra los ojos. Una lágrima oscila transparente en su barbilla, que tiembla a cada trago de saliva amarga. El nieto concluye, en voz lo más cariñosa posible:

— Y los transportes como el de hoy cuestan mucho. Vamos, abuela, decídase. De todos modos, tarde o temprano, tiene usted que ir allá.

....

La carretera ondula en lo alto de las lomas, barridas por el viento del mar lejano. Delante, en un carromato, va la caja del muerto. Detrás, en una tartana, siguen el nieto y la abuela. El sol cae a plomo en el camino. El viento agita las cortinillas del coche. La abuela permanece muda. Lentamente se le saltan las lágrimas y ruedan, silenciosas, rostro abajo. No llora al muerto; no llora la casa y la viña que se quedan atrás para siempre. Llora por ella. Crée asistir a su propio entierro.

TARDE



Recogida la falda, plegado el velillo de la toca sobre las cejas, la desconocida corrió siguiendo el tren, inútilmente. Fatigada se detuvo al fin; dejó caer los brazos, desfalle-

cida y con los ojos llenos de lágrimas nos vió marchar.

— ¡Tarde! — dijo mi compañero de viaje, un señor de tripa voluminosa, otro desconocido que debía de venir de una estación lejana a juzgar por las mantas, libros y periódicos abiertos y olvidados junto a él.

— ¡Tarde! — repetí yo.

Y ambos sonreímos asomados en las ventanillas del coche. En una curva de la vía desaparecieron la mujer y la estación; después la ciudad. Ibamos por entre las huertas, por el borde de las grandes charcas donde los cipreses solitarios se miraban «pensativos».

Era en mayo y anochecía. En un campanil blanco medio oculto entre higueras un esquilón cantaba gravemente. Me senté. El desconocido se encasquetó la gorra de viaje, hasta las orejas y, exhalando un bostezo, se desplomó en los cojines. Miróme luego y, al hallarse mis ojos con los suyos, exclamó:

— ¡Esas tardanzas deciden a veces el destino de una persona!

Y aquella noche, en el tren, mientras que por el cielo navegaban lentamente grandes nubes blancas a la luz de la luna, aquel desconocido, que de seguro no volveré a hallar en mi vida, me contó su historia, uno de esos dramas sin gritos, que todos, quien más quien menos, llevamos olvidados dentro del alma.

—«Verá usted—me dijo.—Yo no he tenido juventud, lo que se llama juventud, alegría, inconsciencia, amores. A los quince años comencé a trabajar; a los treinta perdí a mis padres. Me vi sin afectos y me encontré rico. Por afán y por tristeza de verme solo en mi propia casa, abandoné los negocios y emprendí un viaje. Dos años estuve en una de las ciudades del sur, una ciudad blanca y silenciosa, dormida en el fondo de una bahía desierta. Aquel viaje fué para mí como un renacer.

»Sentí entonces que muchas cosas, muchos sueños no gustados aún se despedían de mí para siempre.

»Quise salvar las ilusiones que se morían.

Me transformé; y una tarde el amor se despertó en mi alma. Un amor violento, de novela, que me hizo comprender en pocas horas la juventud no vivida; un amor que más tarde, calmadas las primeras ansias, me hizo soñar mi casa, un rincón quieto, junto a la compañera que no he tenido, en viaje dulce y feliz hacia la muerte.

»Aquellos dos años fueron los más dichosos de mi vida. Caminaba toda la mañana a la ventura, por las calles sin gente, a la sombra de los anchos aleros de los tejados, bebiendo la brisa del mar en largas aspiraciones. De tarde me iba en un vaporcito a bañarme a un extremo de la bahía, en la Colonia. ¡La costa aquella!

»En el borde de las grandes rocas, a plomo sobre el mar, florecen los jardines y abren las casas sus ventanas. Hay allí ensenadas maravillosas entre pinares donde el sol no entra nunca; remansos de agua muerta bajo la cual, los brazos de las mujeres relucen al anochecer. Se vive allí en un encanto perenne, en un eterno suspirar de las aguas y de los bosques.»

El desconocido se adelantó hacia mí y se quedó sentado en la misma orilla de los cojines. Sus ojos brillaban al calor de antiguo fuego agitado de pronto.

—«Una tarde, en la Colonia, bebía yo un *bock* en la terraza de un restaurant, al aire libre. Á nuestros pies un yate a la vela se había quedado sin viento, idealmente blanco en la sombra azul de las montañas. Dos mujeres vinieron a sentarse frente a mí: una, ya vieja; otra, muy joven...»

Pasábamos sobre un río, por un puente, y el traqueteo del tren ahogó la voz del desconocido. Volvió el tren al llano.

—«Quizá usted se burle; pero se lo juro; risa como la de aquella mujer no hay otra. Yo no sé dónde leí que el timbre de la risa da la clave de las almas. Para mí la clave está en la expresión que la risa imprime en el rostro. Hay gestos en los que el alma parece decirnos: Así soy. Yo no he sido nunca lo que el vulgo llama un romántico; pero he creído siempre en esos amores que nacen y brotan en una sonrisa, en una mi-

rada. Para mí todo se reduce a una cuestión de instinto.

»Las mujeres se levantaron y yo las seguí hacia el embarcadero. Quise disimular y tomé otro camino.

»Ellas iban por la carretera; yo por los atajos. Me extravié. Al llegar al malecón, el vaporcito, ya desatracado, emprendía la marcha. A popa, la desconocida miraba buscándome. Al distinguirme sonrió levemente: «¡Lástima! Has llegado tarde», parecía decirme. Y yo no he podido ni podré olvidar nunca la expresión de su rostro, que en aquella hora triste y en aquel despertar de mi alma fué para mí una invitación y una despedida.

»La busqué en los hoteles, en los teatros, en las iglesias. Inútil todo. No la encontré. Volví a los negocios; quise olvidar. Varias veces, yendo yo de viaje, creí reconocerla asomada en las ventanillas de un vagón, en un cruce de trenes. ¡Imaginaciones mías! Corrió el tiempo, perdí las ilusiones, me quedé calvo. Hace dos años la hallé en un

pueblo de los Pirineos. Veraneaba allí con su marido y sus hijos ya grandes. Hice que me presentaran a ella, y hoy somos amigos, buenos amigos. Ahora que la conozco a fondo estoy seguro de que no me equivoqué en mis presentimientos. Algunas veces hemos hablado de aquella tarde inolvidable. También ella me presintió; también algo misterioso le dijo a ella: «Ese es». Y he aquí como el retraso de un minuto, de un segundo puede cambiar el destino de una persona. ¿He sido más desgraciado? ¿Más dichoso? No lo sé. Soy viejo y eso de la felicidad me importa ya poco.»

El desconocido apoyó la frente en el cristal de la ventanilla y se quedó mirando el campo. Soplaba el viento con violencia y las grandes nubes rodaban veloces, blancas a la luz de la luna, hacia la mar...

Y ASÍ MURIÓ

A Juan Alcover



Pasaban siempre al anochecer. A larga distancia Rosa y su abuelo, tío Longinos, sentados a la puerta del corral, oían el rumor de las esquilas innumerables... Era un tintineo dulce como el gotear de una fuente, nostálgico en aquella hora beatífica y en aquel paisaje inmóvil, sumido en un profundo silencio de adoración. Por las lomas y sobre el crepúsculo verde aparecía el ganado, la gran masa ondulante, los machos con los cuernos partidos en las luchas por la hembra, los cabritos patizambos, las cabras madres que al avanzar mecían, de pata a pata, las ubres hinchadas, cubiertas de

polvo. Y a lo último Pablo, seco y tostado como un beduino.

Frente al corral deteníase el ganado a beber. En tanto que las cabras se enracimaban en torno de la pileta del abrevadero, Pablo liaba un cigarro a tío Longinos y trababa palique con Rosa.

El viejo recibía al pastor con las zumbas de costumbre, con cada ajo y cada chiste capaces de poner al rojo vivo la cal de las paredes.

—Vamos, vamos—decía el abuelo.—Rosa te gusta. ¡Si yo no estuviera aquí!... Te la comías a besos.

Y Longinos guiñaba los ojos.

Hecho una ruina, le bailaba el alma. Llovían atrocidades. Los muchachos soltaban el trapo a reir. ¡Era más bueno el viejecito! Quería al pastor como si fuera sangre de su propia casta. Ginés, padre de Pablo, y el abuelo de Rosa habían sido y eran compinches inseparables, carne y uña. Longinos había visto nacer al muchacho; lo arrulló, lo sacó de la pila, y, hora tras hora,

atendió a su crecimiento con la misma solicitud, con el mismo gusto con que, en años de agua, veía esponjarse los sembrados en la vega. Diariamente Longinos, señalando el *Dorado*, su camello, le decía al pastor, entre veras y bromas:

—Mira, cuando yo me vaya a los «plátanos» (morirse) será tuyo. Dejas las cabras. Te haces arriero. Es otra cosa.

Pablo acogía la promesa alzando los hombros. Vamos, no se entusiasmaba. La satisfacción era para su padre que, con los ojillos chispeando de codicia, miraba ya el camello como herencia indiscutible. ¿Ambicionar Pablo? No lo conocían. Que le dejaran tranquilo con sus cabras en el monte. Y de allí a la Gloria.

Bueno. Ya estaba liado el cigarro. Al despedirse Pablo, Rosa se plantaba en mitad de la vereda. Llegaba para la chica el momento de un placer renovado cada tarde: contemplar el desfile, verse perdida, arrastrada por el gran remolino; sentir en las piernas el roce del vientre de las cabras;

y oler el acre olor de los machos que la envolvía oleada turbadora!

— ¡Adiós!... ¡Adiós!

Detrás de todos seguía *Lucero*, el mastín, cojeando dolorosamente, alzando de cuando en cuando la pata inútil. Lejos, por la vereda blanca, entre la broza, se perdía el ganado. Marchaba lentamente, bajo el misterio de la noche, mientras que allá, en el aire y al són de las esquilas, encendíanse las estrellas una a una...



Un día, al amanecer, llegó el *Dorado* a la puerta del corral. Medio dormida, oyó Rosa, desde el catre, el resuello de la bestia que hocicaba en las rendijas del portalón. Displicente y perezosa, la muchacha se mantuvo quieta dando tiempo a que su abuelo bajara a abrirse paso por sí mismo. Dos, tres minutos corrieron. ¡Nada! ni voces en las viñas, ni chirrido en el cerrojo, ni el lamento de los goznes, largo y doliente como

el berrear de las becerras. La luz del alba se metía por el resquicio del postigo y, debajo la cama de la moza, en un nidal de piel de cordero, la cría de la clueca se despertaba piando alborozada. El viejo no se movía. Era inútil dejar el portalón entornado. Con los pies desnudos y mal ceñido el zagalejo, Rosa corrió a abrir. Lo de costumbre: el abuelo llegaba dormido.

Confiado al instinto del animal, el hombre, en sus largos viajes del Puerto a su casa, se dormía recostado en la cruz de la silla, al rítmico paso de la cabalgadura. Eso cuando no llegaba hecho un pellejo, babeando aguardiente y sin blanca en el bolsillo. Entonces era cosa de transportarle en una espuerta a dormir la mona al aire libre.

Frente a Rosa, el *Dorado* permanecía erguido. La chica se aproximó: ¡Cristo! ¡Y cómo llegaba el viejo! Blancos los ojos, torcida la boca, las piernas velludas y quemadas, abiertas como un horcón. Atemorizada, Rosa le llamaba inútilmente:

—¡Abuelo! ¡Abuelo!

Le tiró de una pierna: la pierna no «jugaba». A Rosa se le quedaron las venas sin sangre. Despavorida, se metió en el corral, gritando:

—¡Madre, madre! ¡Muerto! ¡El abuelo muerto!

Muerto, bien muerto, engarabitado. La muerte lo había sorprendido en las veredas extraviadas, en la quietud de los campos solitarios, bajo el cielo inmenso, testigo mudo de sus interminables soliloquios de beodo. Una mueca, un temblor de mandíbulas: el alma se quedó atrás. Y el *Dorado* siguió su camino columpiando al muerto entre las palmeras invisibles que poblaban la sombra de suspiros y murmullos.



En un rincón, en lo más obscuro del cuarto, Rosa y su madre, Dolores, hija de Longinos, lloraban silenciosamente. Pablo, Ginés y Antonio Barreto, primo de Rosa, llegado al enterarse de la desgracia, aguarda-

ban sin chistar, perdida la conciencia y los ojos errabundos. El cura se había dormido, con la cabezota caída sobre el pecho y los pies al sol que se colaba por la puerta abierta de par en par. Un diluvio de luz rodeaba la casa, inundaba los campos. Los pollos entraban uno a uno, cautelosos, a beber en el acetre de agua bendita. Por el borde del ataud asomaban las rodillas y la nariz del muerto. El silencio era profundo, triste como es el silencio en lo alto de los montes. Cortábalo a veces, fuera, el resoplar del *Dorado*, dentro, el hipo estertoroso de las mujeres inconsolables.

Llegó el momento de partir, y no pudieron cerrar el ataud. Las mujeres, locas de dolor, chillaban restregándose las manos. Había que concluir pronto, de cualquier manera. Barreto se dejó caer sobre la tapa de la caja, y los huesos del viejo crujieron como manojo de arbustos aplastados. Todo acabó. En marcha. El viaje no sería corto, tres horas de caminar sin descanso.

Pablo se negó en redondo a exigir el cumplimiento de la voluntad del difunto. Ni le preguntó nunca en serio por la promesa del camello, ni aun cuando se lo hubiese prometido existían «papeles» que acreditaran la promesa. Bien lo sabía Ginés: al viejo le repugnó siempre tratar de aquellas cosas tan intimamente relacionadas con el morir. Convencido el padre de que Pablo no cejaría, le dijo resuelto:

—Si no vas tú, iré yo.

Y una tarde, a tiempo que allá, en el monte, el pastor dormía tendido en las grandes peñas pobladas de lagartos, Ginés se puso la cachorra y se fué en busca de Dolores.

A la primera insinuación, la mujer saltó hecha una pólvora. ¡Sin vergüenza! Que se limpiara el hocico. Y vació sobre Ginés todo el odio, toda la rabia acumulada desde mucho tiempo atrás. Dolores no había olvidado, no olvidaría nunca que aquel hombre había sido autor de las francachelas que tan hondos desgastes habían causado

en la hacienda y en la salud de Longinos. Ginés se cegó. ¡Hi de tal! ¡Roñosa! Dolores se puso lívida. Agarró un «gánigo» y se lo tiró al viejo, a la cabeza. Si lo coge se la deshace. Las relaciones entre ambas familias quedaron rotas. Tres días después Dolores vendió el camello.

Cuando Pablo se enteró de lo ocurrido estuvo una semana sin hablar a su padre. Ahora el cabrero hallaba el corral cerrado a cal y piedra. Dentro cantaba Rosa. Algunas veces le oía reir con Barreto que la visitaba a diario. El pastor sentía ímpetus de locura que le hacían temblar las piernas. Una tarde arrancó un geranio y lo tiró por sobre las tapias. Desde el corral se lo rechazaron. El cabrero pateó la flor, y siguió su camino. No pasó más por allí. Buscó otro abrevadero, otras veredas.

Quiso olvidar a Rosa. Los domingos se emborrachaba. Iba a las taifas y a las velaciones. No perdía una en tres leguas a la redonda. De tales holgorios salía a la una, a las dos de la madrugada, muerto de sueño,

erutando aguardiente. Se perdía en los atajos. Horas y horas caminaba sin rumbo. Concluía por sentarse a esperar el sol.

Pero la angustia de ser sorprendido y destripado por los camellos que en los meses de brama huyen de los corrales y vagan fieros y libres por los campos le obligaba a levantarse y andar, andar sin reposo, con el oído alerta.

Tal era su vida. Pero ¡ay! no lograba, no podía acostumbrarse. Cuando de noche, después de la cena, se tendía en los poyos del patio el alma se le escapaba y se iba volando a discurrir tristemente alrededor de la casa de su padrino, en torno de la luz del hogar vedado, lejana y sola como una estrella caída en un surco de la llanura. Y Pablo se dormía pensando en Rosa, en el diablillo querido, alegre como un álamo en días de viento, airosa, ondulante como el humo de las hogueras en tardes de calma...

❧

Solo, en mangas de camisa, con la chaqueta al hombro y de regreso de un baile, volvía Pablo a su casa. Era en el plenilunio de Abril. La luna besaba los sembrados, el camino, las veredas, las montañas casi invisibles, adivinadas en el horizonte. En un cercado ladraba un mastín. Lejos se oía la voz de un grupo de gente que iba, cantando, por los trigos, hacia la mar. Se columbraba la casa de Rosa cuando, de pronto, sintió Pablo que a su espalda se abrían los sembrados. Volvióse a ver, y la piel se le erizó: ¡era el *Dorado* en brama, suelto! Pablo se arrojó de golpe a la cuneta; y enguruñado, sin respirar, huyó sintiendo la muerte próxima, inevitable. El *Dorado* enfurecido le perseguía por lo alto del camino arrastrando la cadena, galopando a veces y a veces deteniéndose para alargar el cuello y olfatearlo en la sombra. La casa de Rosa blanqueaba aislada, en medio del campo. Instintivamente Pablo se lanzó a ella. El camello se arrojó a los trigos. Entonces comenzó una fuga terrible. En la huída

se le cayó a Pablo la chaqueta. El *Dorado* se detuvo, la olió un instante y siguió el galope. Pablo perdía el aliento. Tropezó dos veces. Las piernas le flaqueaban. ¡Iba a morir, iba a morir! ¡Señor! Estuvo a punto de entregarse, de arrojarse a tierra para que el camello le escachara de una vez. Pero el miedo lo azuzaba. De un brinco salvó los muros del corral. Al caer, Pablo sorprendió a Rosa cuchicheando con un hombre, su primo. La muchacha se desprendió de los brazos de Barreto y huyó. Este se puso de pie, hizo cara al importuno.

— ¿Qué? ¿A qué vienes? ¡Largo!

A Pablo le faltó voz para contestar. La ira, el cansancio horribles le ahogaban. Sintió que en su corazón se moría la alegría de vivir, la vida misma. Se apoyó en la tapia. Al cabo pudo hablar:

— No, no vengo por ti ¡ni por ella! El *Dorado* anda suelto. Me perseguía; no me podía salvar. Salté. ¡Así me hubiera reventado antes! ¡Pero ahora, ahora me voy!... ¡Adiós, adiós, Rosa!...

Abrió el portalón, echóse al campo y cerró por fuera. En el sosiego de la noche oyéronse sus pasos claros y firmes. Se iba. Un insecto se posó zumbando sobre la tapia. De súbito sonó a lo lejos un alarido espantoso que excitó el ladrar de los perros, despertó los ecos del campo y fué a perderse en el silencio de las montañas del horizonte...



LA CANCION DE "MENDRUGO"

A Félix Escalas



A la derecha está la viña; en la viña, la casa, ¡tu casa, Mari-Marta! Desde lejos mis ojos la buscan, y en ella reposan como labios sedientos en el borde de la fuente. ¡Mis ojos, Mari-Marta, mis pobres ojos quemados con el sol de los caminos!

— Por aquí, *Mendrugo* — me gritan los que como yo viven a la ventura. Ellos saben a donde van. Van por la carretera que es el camino de los ricos. Buscan los jardines, el amparo de las verjas tupidas de rosales, entre cuyos troncos, al anochecer, manos blan-

cas tienden a los pobres las sobras de las meriendas. *Mendrugo* también sabe adonde va. Prefiero el atajo abandonado, solo, abierto a los cuatro vientos, sin palacios ni jardines; la cuesta que me ahoga, y donde mi pata de palo canta alegremente en el silencio de los trigos. Quiero el atajo, porque desde él se ve tu casa. Ya no vives en ella, Mari-Marta, pero ahí está el parral que te abrigó con su sombra, ahí está la fuente que cantó con tus cantares, y los almendros que en invierno deshojaban sus flores al pasar tú.

¿Dónde estarás? Casada, tal vez, paseas tu vientre hinchado, bajo otras ramas y entre otras viñas. De mí ¡qué has de acordarte! Nunca se fijaron tus ojos en el pobre diablo que todos los días cruzaba frente a tu puerta. ¡En mí, que al bajar del pueblo a los Hornos, caminaba doble camino para verte, Mari Marta!

Aquellos días ¿cómo olvidarlos? No eran días de sufrimiento, y el tiempo en que no se sufre se recuerda siempre. Es el mejor. Te peinabas a la puerta, cuando la luz del

alba teñía los estanques. El agua de las acequias era tu espejo. Alrededor de las uvas cantaban los pájaros. Me detenía en el camino y desde el camino te miraba.

¡Si tú supieras! No se vive en la vida sino momentos muy cortos, y yo los viví entonces. ¡Pobre vida! A un lado me esperaba la fábrica, las horas terribles, la lucha; al otro el pueblo que, para los que ganábamos el pan fuera de él, no tenía más sol que el sol de los domingos. Y en el pueblo, mi casa; y en mi casa, mis padres ¡mis padres inútiles que se comían el pan que yo ganaba, que me ataban a la tierra sin dejarme el consuelo de huir! ¡Y en medio del camino, tú, un imposible! ¡Lo que yo te quería Mari-Marta! ¡Y llegué a aborrecerte! Pensaba en mis padres, y renegaba de ti que me hacías mirarlos como una carga odiosa. Soñaba con tu cariño y renegaba de ellos que me quitaban la esperanza de conseguirte. Nadie sufrió lo que yo sufrí.

Ya ves, no fué locura lo que hice. Una

noche, un sábado, me dijeron en los Hornos: «Mañana se casa ése». «¡Ese!», el hijo del amo, un inútil, un perdido.

Aquella noche, al volver muy tarde al pueblo, me senté en el campo, frente a tu casa. Sobre tu huerta rodaban las estrellas; lejos oíanse las esquilas de un ganado; en la sombra, bajo los árboles, lloraba la fuente. Yo hasta entonces, Mari-Marta, había sido bueno. No quería mal a nadie. ¡Había perdonado a Chin, el de las *Cruces*, que un día a traición me abrió la frente! Hasta algunas noches, tendido en la era, miraba el cielo, pensaba en Dios, y se me llenaban de lágrimas los ojos. Pero aquella noche, solo, delante de tu casa, pensando en ti, queriéndote como nunca, me volví malo, y malo para siempre. Ya no soy el que antes era. Yo, Mari-Marta, había trabajado toda la vida. Diez años mantuve a mis padres. ¿Qué ambicionaba? Tu cariño y un rincón donde quererte; para mí, un imposible. Y se casaba aquél inútil, aquél perdido que allá abajo, en la ciudad, derro-

chaba a manos llenas en caballos y mujeres lo que su padre exprimía de nosotros, ¡La vida nuestra, mis sueños, Mari-Marta!

Me levanté temprano, bajé a la ciudad, esperé y lancé la piedra. No fué locura. Herí a la novia. Los periódicos inventaron un cuento ridículo. ¡Yo enamorado de aquella mujer que no conocía! ¡Nadie pensó en ti, Mari-Marta! De la cárcel a ferrocarriles, donde perdí la pierna, y de allí al hospital, y del hospital al mundo, a rodar a la ventura; hasta que un día de hambre me encontré en la cuneta de un camino, tendida la mano, pidiendo limosna.

Ya no pienso en ti, como antes pensaba. Te recuerdo como se recuerda la sombra de los árboles en los días de sol, como algo que consuela, que refresca y a cuyo amparo se duerme. Clara y sola veo hasta el fin la vida. Hay que resignarse. Ya no me queda sino mi pata de palo que me acompaña en el silencio de los caminos ¡los caminos sin fin que, al anochecer, se vuelven azules como sendas de un cuento! En ellos, por mucho que camine. no he de encontrarte.

En estos días, al cruzar por los caseríos donde los ricos veranean, me detengo a veces. Las familias sentadas en corros me arrojan ochavos, y si me ven inmóvil, con la vista clavada en ellas me despiden. «Vete. ¿Qué quieres más?» me dicen. Para los ricos el dinero es la única limosna. ¿Qué hacer? Me voy. Pero los niños son mi tristeza. Cuando de noche, en el fondo de los jardines, los veo rodar, cogidos de la mano cantando a la luna, pienso en mis hijos ¡en nuestros hijos, Mari-Marta!

Hay que resignarse; hay que vivir alegres. Yo lo procuro. Aun me queda algo. Ahí están la viña y en la viña tu casa. Ya no vives en ella, Mari-Marta; pero ahí está el parral que te abrigó con su sombra; ahí está la fuente que cantó con tus cantares, y los almendros que en invierno deshojaban sus flores al pasar tú.

EL HIJO

A Angel Guerra



Abrazados se durmieron. Rendidos por la fatiga de aquella primera noche de sus amores, ninguno de los dos quiso deshacer el abrazo para incorporarse a soplar la luz. La vela ardía en una silla próxima a la cama. Ardía a ratos serenamente, a ratos con prolongado tembleteo. En las vacilaciones de la luz parecían oscilar las paredes, los refajos de Rosa colgados del postigo, y las vigas del

techo donde las moscas susurraban inquietas con el calor de aquellos cuatro muros tostados por el sol desde el amanecer.

Aquellos refajos rojos colgados sobre la blancura de las paredes causábanle a Salvador impresiones dulces, inexplicables. Era verdad. Sus deseos se habían cumplido. Allí estaba Rosa, allí la tenía para siempre. Contemplaba el cuerpo adorado; aspiraba el aroma de aquella carne joven, confundido con el olor de las sábanas limpias; se asomaba a aquellos ojos que se cerraban perezosos, y le atraían, con el misterio del mar profundo. Una mano golpeó súbitamente la puerta. La voz de un muchacho gritó por el agujero de la cerradura:

— ¡Salvador!

Corrió el timonel a abrir, y en el hueco de la puerta, asomó la nariz husmeadora del pinche del «Angustias».

— Salvador, que sopla noroeste. Vamos al Puerto. El nostramo aguarda.

Salvador dudó un instante. Sintió impulsos de cerrar, de volver a la cama, de no

aparecer más a bordo del «Angustias». Se contuvo, se resignó una vez más en la vida. Ya se lo habían anunciado. La culpa era suya. El no podía faltarle a la Casa. La Casa le había hecho algunos anticipos para atender a los gastos de la boda. No pensó más. Debía ir. Iría.

Aparentaba estar sereno; quería tranquilizar a Rosa. El bric en el viaje desde la Palma a Cuba tocaría en el Puerto. Se volverían a ver. Sería cuestión de semanas. Rosa se empeñó en acompañar a Salvador hasta el Puerto. Salvador se opuso. En la puerta se despidieron. Casi no se besaron.

Los dos hombres bajaban por la falda de la montaña, por el callejón lleno de silencio y de luna. Bajo sus pies desnudos rodaban a veces las piedras del camino. Las piedras bajaban rebotando aquí, rebotando allá, en las puertas cerradas tras de cuyos maderos estallaba furioso el ladrido de los perros. De cuando en cuando, Salvador se detenía y miraba hacia lo alto. Allá arriba, en el vano de la puerta iluminado ahora

interiormente, adivinábase, diminuto e inmóvil, el cuerpo de Rosa.



El bric «Angustias» partió para Cuba sin hacer escala en el Puerto. Una tarde, en la línea azul de la mar picada, en el cielo claro barrido por las rachas del oeste, se borraron las islas como nieblas deshechas en el aire. Vinieron entonces los días sin fecha; los calmazos blancos en el cuneo de las grandes mares silenciosas; las noches claras, bajo el dulce mirar de los astros que iluminan la ruta del Golfo.

En la Habana, en las zahurdas caldeadas por el alcohol y el humo del tabaco, la visión de la mujer ausente revivió en el marinero con una persistencia dolorosa. En los días de asueto, Salvador buscaba febril la impresión del cuerpo querido en los brazos de aquellas mujeres lánguidas que le hablaban con diminutivos obscenos en una jerga dulzona.

En Junio llegó la noticia: Rosa esperaba un hijo. Salvador estuvo a punto de abandonar el «Angustias» y de embarcarse para Canarias. Pero, como de costumbre, se resignó otra vez, una más. En Diciembre, cuando Salvador aguardaba el nacimiento de su hijo, Rosa dejó de escribir. El «Angustias» salió para Veracruz. Desde Méjico fueron a Nueva York a cargar petróleo. Completo el cargamento, tomaron la vuelta de Canarias. El día de Reyes, al año justo de haber salido de las islas, fondearon en el Puerto. Dos días antes de llegar, había nacido el hijo de Rosa.

Cuando Salvador vió al chiquillo entre sus brazos olvidó sus dudas, sus rencores. Los chismes, los comentarios injuriosos siguieron rodando de puerta en puerta. Aquel nacimiento tardío andaba en lengua de todas las comadres. Por egoísmo, por miedo a ver deshecha aquella felicidad apenas gustada; cerró los ojos a la evidencia, encogió los hombros indiferente.

Una tarde, en los poyos de San Telmo,

Juan Tenique, uno de los mozos del «Angustias», le llamó a capítulo. Que no fuera bobo, que abriese los ojos, que escuchase lo que todos comentaban. Aquel hijo no era suyo. Salvador, acorralado por las preguntas y los cálculos de Juan Tenique, soltó una de las suyas.

—¡Consio, que digan lo que quieran! Vamos a ver: si tú tienes una vaca y te pare un becerro ¿de quién será el becerro?

—Del buey —contestó Tenique, hurgándose con las uñas los dedos de un pie, tranquilamente.

Salvador sintió que la ira le hervía en el alma. Se reprimió y se fué sin replicar.

Poco a poco aquellas burlas trocáronse para él en motivo de recelo, de irascibilidad constantes. Ahora pasaba a través de las gentes como un pobre animal huído. Veía de soslayo la sonrisa piadosa de las vecinas, que le miraban pasar, sentadas en el escalón de las puertas. Un día cogió a Rosa por los brazos y quiso obligarla a declarar la verdad. Ella le juraba que todas aquellas

hablillas de las comadres eran calumnias. El hijo era de Salvador. Ella no sabía explicar, no podía decir otra cosa.

Entonces empezó para el pobre hombre todo un martirio. Quería saber quién era el causante de aquel escarnio. Por las murmuraciones no averiguó cosa alguna. Rosa, al engañarlo, había sido cauta. Y, sin embargo, aquel misterio fué para él la última esperanza. La duda suele ser también un consuelo. No preguntó más. Pero siguió viviendo su drama, interiormente. Ahora buscaba en las facciones de los hombres que vivían en torno suyo el parecido con aquel chiquillo rosado, gordo, de pupilas verdes como las de su madre. ¡Aquel chiquillo que él no había logrado odiar! ¡Aquel chiquillo que él quería más cada día; que era su único refugio en medio de aquella hostilidad sorda de todos.

Y ese cariño llegó a ser para Salvador otra amargura. A medida que el muchacho crecía llenábasele el alma de la tristeza de verse ajeno a aquella vida, ajeno al cariño

de aquellos dos seres en los que él pusiera todos sus amores.



El *Dos Hermanas* volvía de la Costa; iba de recalada, con rumbo a Lanzarote. Hacía dos años que Salvador, después de abandonar la carrera de Cuba navegaba en el pailebot. Su «hijo» iba también con él. A los cinco años había empezado el chiquillo el aprendizaje. Gordo, tostado, riendo, con los ojos verdes y alegres, rodaba por cubierta en compañía del gallo y de «Cachimba», el perro de a bordo.

La noche estaba despejada. Había luna. En el horizonte divisábanse las luces de un vapor que cruzaba hacia el sur.

Saltó el viento al este y fué preciso orientar el velamen. Al cruzar de una banda a otra la mayor, el aparejo de la botavara enganchó al chiquillo, lo arrastró y lo echó a fuera, al mar. Salvador corrió hacia popa, soltó el chaquetón, se lanzó al agua. Los dos

cuerpos desaparecieron en la espuma de la estela. El pailebot orzó rápidamente y se mantuvo a la capa. Cuando la lancha del *Dos Hermanas* los recogió, el marinero hacía el último, supremo esfuerzo. Sentado en cubierta, sin soltar al chiquillo de entre sus brazos, se repuso poco a poco. Sin escuchar los consejos de nadie le estrechaba tiernamente, silenciosamente.

Le había salvado la vida. Ahora era suyo, bien suyo. ¡Su hijo!



EL MONSTRUO

A Santiago Rusiñol



En el callejón desierto, entre los «chalets» que la gentes de la ciudad llenaban todos los veranos con su bullicio, y oculta tras las paredes de los jardines, la casa abandonada se deshacía poco a poco, agrietados sus muros, llorando resina los maderos de sus persianas y de su puerta.

Al abrir chirriaba la cerradura en el sosiego del callejón. La hoja del portillo temblona y desvencijada caía a un lado, y en el fondo

del jardín salvaje, en una terracilla de dos escalones de altura, y por entre las copas de los naranjos y de los nísperos, la casa aparecía. Sobre la puerta, en los maderos de un parral muerto, llamando en vano cada primavera a las persianas cerradas y mudas siempre, un rosal trepador abandonaba sus brazos cargados de flores.

En el interior, la tristeza, la sombra, la quietud de veinte años de ausencia; tufo de colchones sin orear, de otomanas sin sacudir; agonía de un pobre menaje de deshecho, traído de la ciudad y abandonado en aquel rincón por la muerte. En la cocina, sobre el poyo, la vajilla de una merienda improvisada. Arriba, en el piso alto, una ventana abierta, y junto a la ventana un sillón acolchonado, donde quizá el último dueño pasó la vejez frente a los pinos del bosque próximo.

Se llegaba a sentir allí el roce de seres invisibles: los muertos desconocidos, las pobres almas que volvían ¡qué sé yo de dónde ni para qué!

Abiertos los vidrios, me echaba fuera. En el jardín vivía. Un jardín del tamaño de una mano, cubierto con las hojas de veinte otoños, lugar de cita de todas las abejas del caserío. De las flores débiles cuidadas un día por dedos mimosos ¡ni señas! En la maraña de hojas y espinas, los rosales bravíos se perpetuaban en lucha sin fin por el espacio y por la luz. Los tiestos se abrían al empuje de la savia. Aburrida de tanta soledad, una higuera, con las ramas tendidas a la calle, parecía decir al transeunte: «Coge mis frutos y ten mi sombra.» En un rincón del jardín, en el pozo abierto, como lacrimatorio de las nubes vagabundas, temblaba el agua inútil, donde todas las noches venían a mirarse las estrellas...

Sacaba yo una mecedora y un libro. Leía muy poco. De par en par las puertas, crujía la casa al contacto del sol y del aire. A mi lado se agrietaba la cal del muro y a su estallido contestaba en las habitaciones del fondo el gemir de una viga. De cuando en cuando pasaba por el jardín un soplo de viento: co-

lumpiábanse las flores; se deshojaban las que tenían que morir y las vivas tornaban a su quietud. Olvidados del libro y a través de las ramas seguían mis ojos la vela de un pailebot que volaba lentamente allá abajo, lejos, muy lejos, sobre el mar inmóvil. Aparecía por el perfil de un tronco y se ocultaba detrás de una flor...

Por la mañana, a la misma hora todos los días, abríase el portillo del jardín y una voz me gritaba desde la calle:

—¡Señorito, aquí lo dejo!

Era la voz de una vieja, y lo que dejaba era su hijo, su único hijo, un pobre monstruo de treinta años; un pedazo de carne con dos ojos paralizados, ojos de pólipo que no alegraban el alma con la visión del campo, ni dejaban ver lo que en el alma había. El monstruo paseaba por el mundo dos brazos de más. Ocurrencias del destino que no pueden ser de Dios. O tal vez sí. Con las dos extremidades obtenidas de plus, nacidas como aletas junto al pescuezo, el pobre monstruo sentado al borde de los caminos o en el atrio

de la parroquia, llamaba al corazón de los indiferentes.

—«Aquí lo dejo». Y la vieja se iba trotando al mercado a comprar ó a implorar cuatro miserias que poner en la olla. Lo dejaba allí porque el desdichado no quería verse solo, ni se atrevía la madre a dejarle abandonado en mitad del camino, a merced de los granujas

Sentado en un escalón, a la sombra de los naranjos, el monstruo parecía revivir. Su carne se esponjaba; se le humedecían los ojos; de las entrañas dejaba escapar un mugido, lamento de buey que bajo el yugo sueña la libertad como un imposible.

Aquel mugido era su mayor desdicha. Restábale un cincuenta por ciento de la piedad ajena. Mugido triste en el que lloraban todas las nostalgias de una vida a solas; y que de noche, al romper el silencio de las tinieblas, obligaba á los pequeños a buscar, debajo de la manta, el calor de sus madres. La vieja lo comprendía y, para evitar disgustos, se llevaba su monstruo a

más distancia cada vez; allá donde por lo menos el mugido despertase la atención sin provocar rencòres.

Y, sin embargo, el monstruo no abusaba. En ciertas épocas, en verano casi siempre, desaparecía. Las puertas que, al mugir del monstruo se cerraban de golpe en un ímpetu de ira, giraban ahora, en ausencia del infeliz, lenta y dulcemente. ¡Qué respiro! Una compañía de saltimbanquis, aclimatada por falta de recursos en la isla, alquilaba el monstruo para *enseñarlo* de pueblo en pueblo. La compañía empezaba en Junio; y en Junio, para evitar la exhibición gratuita a las multitudes curiosas, arropaban al desgraciado con una bufanda de siete vueltas.

Y el monstruo partía a la ventura montado en un burro, otro *número* del programa, también resignado y humilde. Indiferente a la chacota de aquellos idealistas del garbanzo, marchaba sereno como un ídolo informe, como un dios lar transportado en medio de su tribu al través de los rastrojos que el sol encendía.

En aquel tiempo, cuando lo conocí, el negocio andaba mal. El monstruo se había vulgarizado. Le dieron betún con el propósito de presentarlo como un hijo de Guinea. Nada: ¡ni un céntimo! Era necesario esperar otra generación y aquella humanidad se cansaba de vivir. ¿Esperaría?

No esperó.

El día de la muerte del monstruo encontré a la vieja llorando a mares en el camino. En torno de ella un grupo de vecinas trataba inútilmente de consolarla. «Que se resignase, que Dios había hecho una obra de caridad al llevárselo. Para vivir como vivía...»

Y la vieja, con el egoismo del hambre, clamaba sin alzar los ojos, llorando su abandono y su angustia:

— Bien está él. Pero yo, yo... ¿Quién se fijará en mí, que por no tener, no tengo ni su desgracia?

Tenía razón, digo, la tuvo más adelante, corriendo el tiempo. Aquel día los vecinos le llenaron la falda de *perras* y de mendrugos. ¡El monstruo muerto! ¡Qué descanso!

LA SIRENA

A Arturo Sarmiento



I

No era rubia, no tenía manos liliales, no suspiraba por ningún príncipe Abril. Era una pobre princesa, casi niña, sitiada con su padre, el rey, por la plebe rebelde. Hacía muchos días que se prolongaba la lucha en torno del castillo, entre las tropas leales y

las turbas ganadas por el oro del príncipe desterrado. ¡El príncipe traidor a su padre y a su hermana, el aventurero que por impaciencia de ascender al trono se había alzado con las islas más grandes de la corona! Ciego de ira al verse maldecido y descartado de la sucesión del monarca, quería vengarse de lo que su orgullo juzgaba agravio y no castigo. Y para atraerse al pueblo le había prodigado mercedes y le había dado a elegir entre el trabajo penoso de la gleba y las dos seducciones de la vida de pillaje: el botín y la inquietud.

Cada tarde, cuando las islas se disipaban en las primeras sombras de la noche, el rey y la princesa veían pasar las naves traidoras. Retornaban a sus puertos como los halcones al volver a sus nidos; regresaban abarrotadas de oro y esclavos atraillados al pie de los mástiles; cruzaban próximas como una amenaza, como un escarnio, como una tentación para la multitud excitada por la codicia.

La plebe se decidió al fin: saqueó la ciu-

dad, incendió los arsenales y cercó al rey. La vida en la corte se convirtió en tormento. A través de las terrazas y de las cámaras el gotear de la sangre señalaba el paso de los heridos. En los fosos anegados, rojos al resplandor del crepúsculo, flotaban los muertos en el combate. Las estrellas se apagaban a la luz de las hogueras. Y hasta al fondo del alcázar llegaba el olor de la pez vertida en los asaltos y el perfume de las rosas muertas de nostalgia por la princesa y los ruiseñores.

Aquella tarde el enemigo estrechaba el cerco con más empuje que nunca. Atacaba por varios puntos a la vez, y las tropas adictas corrían por los jardines, saltando las albercas, hollando los macizos de flores, entre el clamor de la lucha y el ladrar de las jaurías. Desde lo alto del palacio la princesa miraba con angustia horrible los episodios del asalto. Iba, venía; cruzaba por las estancias, recogido el brial, deshechas las trenzas, sin otro anhelo que no perder de vista a su padre en peligro de morir.

Salía a los jardines cuando se encontró

frente a frente con un hombre mozo, uno de los pastores venidos de la sierra a defender al rey. El enemigo había interrumpido el asalto, y el pastor se retiraba cubierto de sangre, manchado de lodo, con los labios trémulos por la ira y la desesperación. Parado ante la princesa, cortábale el paso sin atreverse a hablar.

— ¿Qué quieres? — le preguntó la hija del rey.

— ¡Salvarte!

— ¿Tú?

— Yo. El enemigo no ceja y nosotros somos pocos ya. Si vuelven no podremos resistir. ¡Huyamos! Al rey le respetarán, acaso, la vida, pero quedará prisionero. Tú debes ser libre. ¡Ven!

— ¿Y mi padre?

La princesa recordaba ahora la fisonomía del desconocido. Más de una vez le había visto correr tras de la carroza real, en los días de júbilo; más de una vez sus ojos se habían encontrado con su mirada de adoración, perdida en medio de la multitud.

— ¿Sabes quién soy? — añadió el pastor. — Pobre, no me acerqué jamás a ti. No tengo tesoros ni gloria que darte. Pero ahora puedo ofrecerte algo que vale más que el oro y mi cariño: ¡tu vida, princesa! El rey no quiere huir; pero tú puedes escapar por los fosos abandonados. Yo te ocultaré allá, en las cumbres de la sierra, adonde no pueden llegar ni las reses heridas. Yo te defenderé con mi honda y mis mastines. Y si no me crees digno de ti, yo te conservaré pura como el agua del cielo en la flor de la retama.

Gritos desaforados interrumpieron la súplica. El rey y sus huestes retrocedían hacia el alcázar, acorralados por los sitiadores. La princesa corrió al encuentro de su padre. Intentó el pastor obligarle a huir y ella lo rechazó valerosa. Abrazada al rey, resuelta a perecer, detuvo con su abnegacion la saña de los combatientes, y renovó el milagro de las viejas edades en que el amor, la belleza o la santidad redimían del degüello a los pueblos vencidos.

II

El capitán de la horda fué más piadoso que el príncipe pirata. No cumplió el deseo del hijo desalmado. En vez de matar al rey y a la princesa, los dió por muertos y los abandonó sigilosamente en una isla salvaje. Era una isla maldita socavada de grutas, combatida de tormentas y rodeada de arrecifes. En ella habían concluido sus días otros desterrados, y en ella vivieron mucho tiempo la princesa y su padre. De mano de su hija y por el borde de los cantiles paseó el rey su vejez y su desventura. Nadie se aproximaba a las costas. Los barcos rehuían los arrecifes y el encuentro con los bandidos. En las noches de temporal, padre e hija refugiados al calor de una hoguera, en el fondo de las grutas, oían el bramar de las mares que asaltaban la isla. Fuera, en la obscuridad, relucían las rompientes. En ocasiones, oíase lejos, más allá del tumulto de las olas, gritos de angustia, y con el sol aparecían los cadáve-

res de náufragos destrozados contra las peñas, escupidos a las playas por la marejada.

Un día la princesa se lanzó al mar. Entristecida de ver a su padre rendido a los años y al dolor, quiso salir en busca de los barcos que se aventuraban a veces en los canales del archipiélago. El rey la dejó partir movido, antes que por sus súplicas, por el espanto que le causaba la soledad en que su hija se vería al cerrar él los ojos. Y desde entonces la aventura se renovó diariamente. La joven nadaba mar afuera, en la calma de la tarde. Esquivaba los barcos piratas; se aproximaba a las naves desconocidas; llamábalas con la voz, con los brazos. Pero huían todas. Su aparición en alta mar, su belleza columbrada entre las sombras del crepúsculo, confirmaban la fábula de las sirenas que atraen a los marinos a sucumbir en los arrecifes. Desalentada, sentía la princesa impulsos de abandonarse al mar y morir. Y, sin embargo, no se rendía. Tornaba a la isla siempre. Atraíale el recuerdo del pobre viejo que allá en la costa, la esperaba anhelante, avanzando

hacia la mar con los brazos tendidos, casi sin ver.

Sucumbió el rey y a la princesa le faltó ánimo para acabar con su vida. La había contenido hasta entonces el amor a su padre, y la detuvo después la esperanza de escapar del destierro y ser feliz en algún rincón del mundo.

Una tarde la joven nadaba lentamente, cuando sintió a su espalda rumor de espumas. Era una nave enemiga. La parasema, un dragón dorado, lucía al sol como una antorcha. Cruzó rápidamente; mas la princesa pudo distinguir a su hermano, el rey maldito, que la miraba.

III

Y desde aquella tarde perdió el rey pirata su alegría. Enamorado de la sirena, renunció a las aventuras de la mar y a los placeres de la corte. Para disipar su melancolía, los bufones organizaron farsas grotescas y los capi-

tanes más valientes torneos heróicos. El intento fué vano. Ante los juglares y los paladines bostezó el rey su fastidio. Hasta que un día se supo que una expedicion pirata había aprisionado a la sirena. Celebráronse entonces festejos maravillosos; y desde los jardines del alcázar contempló el rey a la multitud que subía a ofrecerle el amor deseado. En la brisa de la mar resonaba el vocerío y flameaban las banderas. La plebe se detuvo ante los pórticos, y la mujer, quemada con el sol, desconocida para la muchedumbre, avanzó segura de que iba a morir. El rey la miró desconcertado, y ella, anticipándose a sus dudas, le dijo serenamente:

— ¡Soy yo!

Al reconocerla, el pirata se cubrió el semblante y retrocedió confuso. El amor vengaba al padre y a la hermana sacrificados; le ofrecía, con la felicidad imposible, el remordimiento. A tientas buscó el rey el puñal que llevaba al cinto, y sin apartar la mano con que se cubría los ojos, se atravesó el corazón.

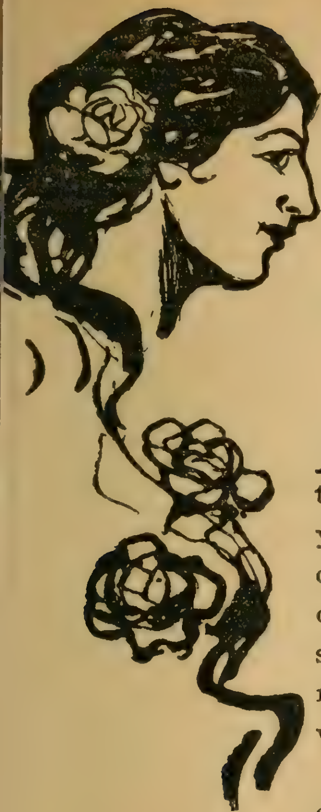
Por la noche entre el tumulto y la lucha de los bandos que se disputaban el trono, logró la princesa ganar las puertas de la ciudad. La sombra y el silencio de los campos la acogieron propicios; y entre las sombras, una voz y unas manos amigas la guiaron hacia las cumbres de las montañas. Era el pastor que había reconocido y seguido a la princesa, resuelto a morir por ella. La voz, temblando de emoción, murmuraba:

—¡Ven, princesa, princesa mía! ¡Tú reinarás en la paz de mis ganados! ¡Yo te llevaré sobre el vellón de mis corderos como una estrella sobre las nubes!



EL AMOR Y LAS ROSAS

A Demófilo de Buen



Aquel callejón entre muros de jardines y caserones de patios desiertos, fué para mí, durante muchos meses, el único sitio familiar en la ciudad vieja y desconocida.

Era el camino más corto de la escuela.

Chiquillo y recién llegado a la isla, no me arriesgaba a salir de entre aquellos muros, por miedo de perderme. Mis mayores aventuras se limitaban a pararme en las bocacalles a contemplar los rincones de la población

vistos a distancia, la multitud que, bajo el viento y la lluvia cruzaba lejos, de lo desconocido a lo desconocido...

Lugares y personas eran para mí lo ignorado, algo que me atemorizaba y hacía que me sintiera completamente solo; desamparo inmenso de mi alma de niño que me obligaba a correr, a huir de las calles mojadas, del frío terrible, a refugiarme junto a mi familia, al calor de la chimenea, a la luz moribunda que desde el cielo plomizo bajaba hasta el fondo de los patios, como reflejo de un crepúsculo sin fin. Nunca como en aquellos días, hoy ya distantes, he sentido más profundamente el amparo del hogar. Y era que entonces, en mi aislamiento, sumaba yo al cariño de mi «gente» el apego a la «tierra» abandonada y perdida lejos, en la soledad de otros mares.

De noche el callejón permanecía solitario. Acá y allá, oscilando bajo el alero de los tejados, brillaban las luces de los faroles. En la obscuridad de los zaguanes centelleaban las pupilas verdes de los gatos vagabun-

dos. Mis pasos despertaban mil ecos en las tapias. El callejón se poblaba de duendes. Algunas noches el viento aullaba sobre las tejas. ¡La voz de las brujas! ¡Lo que yo corría!

Vino la primavera y alegró la calle. El sol secó la humedad. Las tapias recobraron su blancura. Abriéronse las ventanas cerradas largo tiempo. En los muros de los jardines florecieron los rosales. Y una mañana pasaron susurrando cerca de mis oídos las primeras golondrinas.

Ahora el callejón no estaba solitario; con los primeros brotes apareció en él una pareja de novios. La novia se asomaba a las tapias, fresca y alegre como una rosa más. Desde la calle el novio la contemplaba y sonreía, hurgando con el bastón las grietas del muro. ¿Cómo era la novia? No lo sé; no recuerdo sus ojos, tampoco su voz. De aquella mujer sólo guardo una impresión plácida, como la de un libro cuyo argumento se olvida dejando únicamente en el espíritu la emoción de una poesía consoladora y perdurable.

— ¿Qué se dirán?— pensábamos nosotros. Ya entonces el gran misterio del amor nos atraía con el encanto de sus revelaciones primeras. Reíase el novio de nuestra curiosidad, nos pasaba la mano por el cabello y algunas tardes nos regalaba cigarros. Fumando tosíamos y se nos llenaban de lágrimas los ojos.

Desde el muro la muchacha nos ofrecía rosas. Se las agradecíamos, pero su molestia era bien inútil. No solicitábamos el permiso de nadie para coger las flores. Por la mañana, en ausencia de los novios, entrábamos a saco el rosal. Nos gustaba deshacer las grandes rosas en el fondo de nuestros bolsillos para arrojárnoslas a la cara en la escuela. El maestro no nos riñó nunca: era del campo y el olor de las flores estrujadas le ponía alegre.

Aquellos amores duraron sólo un verano. El novio se murió — no siempre han de ser las novias las que se mueren. — Los rosales volvieron a florecer; pero la novia no se asomó más en las tapias. Ahora se nos anto-

jaban inútiles, bien inútiles aquellas rosas. Nos equivocamos. Antes que nosotros una mano invisible cortaba, cada mañana, las flores. Eran para el muerto. Y por cariño al muerto o por piedad a la novia, desde el día que lo supimos, no tocamos más el rosal. Si alguna rosa quedaba en él, en él se deshojaba.

Y vinieron otras primaveras; y los rosales rebrotaron; y nadie cogió ya las flores. Un día nos contaron que la novia se casaba —no siempre las novias han de ser fieles.— ¡Qué impresión causó en nosotros la noticia! ¿Fué instinto de venganza o impulso de satisfacer un deseo reprimido por simpatía al muerto olvidado? ¡Qué sé yo! Aquel día— el día de la boda — arrancamos todas las rosas y con ellas las ramas. Fué una orgía en que nuestros corazones de niños revelaron sus primeras crueldades de hombre. Desde aquel verano declaramos guerra al rosal. Todos los años lo apaleábamos; cada vez creíamos dejarlo muerto; y a cada primavera florecía más pujante.

La lucha entre el rosal que renacía y nuestras almas que no perdonaban llegó a fatigarme. Entonces fué cuando adivinamos, quizá, lo irremediable de la versatilidad de la mujer y lo imposible del amor infinito.

Si el rosal no se cansa de dar rosas ¿por qué el alma se ha de cansar de dar amores?



UN VIDRIO

A Simón Brusotto



Ahora ya no se sienta en la acera, delante de casa. Va a situarse más abajo, en la esquina. El sitio es mejor. Con su figurilla endeble; su rostro de muñeca y su actitud reposada, ha conquistado en la calle próxima amistades nuevas. Las criadas de mi calle, y las de la calle vecina, le ceden la basura. Así lo han acordado sus señoras, apiadadas.

de la pobre muchacha que todas las noches, a la misma hora, llega de algún caserío distante a recoger el regalo.

Viene sola o la dejan sus padres al pasar. Y se queda ahí, en la esquina, más abajo de casa. Hay que mover los corazones con la pobre chiquilla, y hay que defender la basura contra la ambición de los competidores en el oficio y el hambre de los perros vagabundos.

No cuenta más de seis años, y tiene ya en su rostro la grave tristeza de las niñas de Steinlen. Un retazo de pañoleta abriga su busto. Bajo la faldilla, salpicada de remiendos, se esconden los pies calzados con unas alpargatas que ella, la pobre, no estrenó seguramente.

Y, sin embargo, a pesar de su aspecto serio y de su vestido miserable, no creo yo que este sér diminuto sea desdichado. No tiene aún conciencia de la vida; no sabe nada de las amarguras del mundo, de las penas que han de venir.

Está seria porque se encuentra sola. La

seriedad es signo de la contemplación. Y la contemplación, en esos primeros años, es siempre una visión alegre abierta a los ojos puros del alma; desfile de diosas amigas, lluvia de dulces. Sin el miedo y sin el frío de las noches de Diciembre, el pobre sér viviría feliz.

La basura guarda para ella sorpresas inestimables. Entre esos desperdicios, que suelen ser el «documento» más elocuente de la vida oculta de las familias, la muchacha ha encontrado la cinta con que se recoge el cabello y la muñeca rota que sus brazos mecen, en el reposo de las tardes de los domingos, en un rincón del huerto, bajo los árboles.

Buscando esos tesoros transcurren las horas, absorta, en la calle sin gente y casi a obscuras. El miedo llega a veces a turbar su calma. Sale por detrás de la esquina, en forma de vieja horrible. Avanza lentamente golpeando con un palitroque el bordillo de la acera, palpando con la otra mano el muro de las casas. La niña cierra los ojos y oculta el rostro entre las manos. Contiene la respira-

ción, y, como una cochinilla, se enguruña, se repliega sobre sí. Y ese es el instante en que los perros vagabundos, que vigilan desde lejos, asaltan la basura. La muchacha, medrosa, los ve llegar como amigos. Ellos se acercan confiados. Saben muy bien cuanto vale, en esos minutos de terror, la compañía suya.

Y mientras los perros husmean los desperdicios, el miedo va acercándose lentamente, vacilando. Sus pies tropiezan al fin con la niña. La pobre criatura se estremece. La vieja se para entonces y suplica en voz angustiosa.

— Hermanito, ¿dónde me hallo?

El miedo se aleja. Los perros huyen. La muchacha vuelve a su tranquilidad. Es feliz otra vez. La gran pesadumbre llegará para ella de aquí a algunos años, cuando la razón — dádiva que los dioses inmortales concedieron al hombre para hacerlo superior a los brutos — le haga comprender las diferencias crueles de la vida.

Todos esos destinos insignificantes son

como pedazos de vidrio arrojados en un estercolero. El sol, al pasar, deja en el vidrio un chispazo que impide ver las miserias que debajo del vidrio se ocultan. Para la muchacha de mi calle el sol pasa ahora.



EL SENTIDO DE LA VIDA

A Luis y Agustin Millares





Nos fué antipático desde el primer instante. Sus gestos displicentes y sus medias palabras desalentadoras cayeron como un jarro de agua fría sobre nuestros entusiasmos. Eramos tres mozos que nos íbamos a la Argentina con el bolsillo ligero y la cabeza atibarrada de ilusiones. Salíamos, por primera vez, de nuestra ciudad y, al encontrarnos a bordo, habíamos formado una peña inseparable. Reunidos a todas horas acabamos por imaginarnos que

habíamos vivido juntos siempre. Acercábanos el recuerdo de nuestro país, la alegría del instante actual, y la esperanza en el mañana que nos seducía como un juguete desconocido. Con nosotros navegaban millonarios americanos, jóvenes ahitos de los placeres de Europa, damiselas que sonreían aún al encanto de París; mas ninguno, con ser tan ricos y volver tan satisfechos, era tan feliz como los tres pobres diablos, que nos asomábamos llenos de curiosidad al mundo. Nuestras risotadas, nuestras bromas, nuestra inconciencia acabaron por atraernos la atención y ¡quién sabe! si la envidia de todos.

Acaso por eso mismo buscó el misántropo nuestra conversación. Era un hombre envejecido más bien que viejo, con caudal y sin familia. Había visitado todas las tierras del globo, y continuaba sus viajes por no haber tropezado, en sus andanzas, con gentes y países que le hubiesen llegado al corazón. Al principio achacamos su amistad al influjo que nuestro contento ejercía probablemente

en su acritud incurable. Luego advertimos el móvil que le traía a nosotros. No era el deseo del pobre desgraciado que busca participar de la alegría ajena: era el afán de destruir nuestro optimismo. Nunca atacaba de frente nuestras ilusiones. A nuestra fe en lo porvenir respondía con reticencias, con movimientos de hombros, con sonrisas piadosas y lances de la vida de muchos colonizadores infelices. A las primeras conversaciones nos habría sido fácil prescindir de su amistad. Transcurridos unos días, ni siquiera lo intentamos. Aquel hombre que conocía a la Argentina camino por camino y ciudad por ciudad sembró en nosotros el temor y la duda; nos faltó valor para renunciar a su experiencia y consejo. No dejamos de reir, pero desde entonces nos reimos de otro modo.



Pasábamos grandes ratos en las cubiertas de tercera. Ibamos allá arrastrados por impulsos diversos y egoístas: el misántropo,

para confirmar con el ejemplo de tantos sin ventura sus axiomas crueles; y nosotros para consolarnos ante la miseria que nos reconciliaba con nuestro destino. Los emigrantes rebullían con la algazara, el color y la inquietud de un zoco árabe. Oíanse palabras de lenguas distintas, voces dulces, y voces broncas, injurias y cantares, risotadas y llantos. Veíase trajes de países diferentes, actitudes de tedio, ademanes de protesta, miradas de rencor y ojos tranquilos, ojos serenos abiertos a la calma del aire azul. Respirábase allí algo que nos conmovía profundamente. Era el campamento de los desheredados; la gran leva del hambre que, al salir del calvario sufrido y al acometer el asalto de la fortuna anhelada, confortábase unos días al sol de plena mar, en el trópico.

Una tarde, después de comer, nos detuvimos frente a un grupo de emigrantes, una familia, a juzgar por la apariencia. Eran cuatro: una mujer casi anciana, dos mozas casi niñas y un muchacho granado y risueño. Había en la expresión de éste, tal cordialidad

y tal aplomo que instintivamente nos paramos delante de él.

— ¿Adónde vas? — le preguntó el misántropo.

— A Buenos Aires — respondió, sin dejar de sonreir.

— ¿A la capital o a la campaña?

— Adonde Dios nos lleve.

— Pero... ¡cómo! ¿no sabes aún lo que vas a hacer?

— Saberlo, sí: a trabajar voy.

— Digo si llevas recomendaciones; si conoces a alguien en América, si sabes donde falta gente.

— No conozco a nadie ni llevo más recomendación que estos... — dijo jovialmente golpeándose los dos brazos cruzados.

— Pues mal lo vais a pasar. Este año ha caido la plaga. No ha llovido. Las cosechas están perdidas.

El muchacho dejó de sonreir. Avanzó y nos indicó con un gesto que le siguiéramos. Apartados ya de su familia, nos dijo:

— Que mi madre ni mis hermanas lo oigan.

Son mujeres ¡las pobres! y no están hechas a pasar hambre. ¡Al menos que vivan tranquilas estos días a bordo! Por mí nada. Ya sé lo que me espera. Pero el trabajo no me asusta. Lo que hagan otros haré yo.

Recobró su apacibilidad y nos refirió que eran zamoranos y que su padre, muerto hacía pocos meses, no les había dejado más fortuna que un huertecillo mísero cuyo precio casi no les bastaba para llegar a América. Su padre había pensado en emigrar, y él, su hijo, seguía su consejo. Allá, en el pueblo, con las contribuciones, la usura y los años malos habrían concluído por pedir limosna. Mal podría irles en las tierras que les esperaba, pero siempre les alentaría lo que en el pueblo no habían de tener: la esperanza de mejorar.

—¿Y no sientes miedo de meterte sin dinero y sin amigos en un país que no conoces?

—No, señor —dijo resueltamente. —El que quiere trabajar, trabaja en todas partes. Sé mi oficio y me sobran fuerzas. El que se

porta bien halla, tarde o temprano, quien le ayude.

El valor de aquel muchacho nos desconcertaba. En su mirar y en su decir revelábase su espíritu noble y resuelto. El misántropo le agobió a preguntas y le abrumó con sus augurios tristes. Le pintó la vida de los conventillos; la maldad de los capataces; la existencia en los ranchos y en las chacras; la lucha con la tierra, entre los remolinos de polvo caliente y rojo levantado por el pampero; la lluvia de langostas; la dispersión de los ganados hambrientos; y la alegría embrutecedora de los domingos pasados en el *boliche*, en la soledad de las llanadas inmensas como la mar. El muchacho zamorano se defendía como Dios le daba a entender. Contestaba en ocasiones con lógica campesina, aplastante; otras, alzaba los hombros, resignado; a veces sonreía y exclamaba: «¡Allá veremos!» Tanto insistió el misántropo, que nosotros intervenimos para cortar la conversación. El huérfano nos tendió las manos y al despedirse nos dijo:

— De todo esto ni una palabra a mi madre.

En cuanto salimos de tercera no pude contenerme y arremetí contra el misántropo:

— ¡Ha hecho usted una mala obra!

— Pues ¿qué? ¿Quería usted que le engañara?

— Engañarlo, no, pero pudo usted aconsejarle y darle ánimos en vez de quitárselos.

— ¡Cada uno entiende la caridad a su manera!

— ¡Eso parece!

Y no hablamos más.



Desde aquel entonces, el misántropo frecuentó poco nuestra compañía. Con los calores se le recrudeció una enfermedad gástrica que le aquejaba, y dejó de asistir a la mesa. Vivía recluído en su camarote, sometido a un régimen especial de alimentación, sin leer ni hablar con nadie. Una tarde mis compañeros y yo tomábamos el café cuando sonó una detonación en el entrepuente y

estalló una gritería a proa. Salimos a cubierta y, al asomarnos a la baranda, vimos al misántropo braceando en el agua y al muchacho zamorano que se lanzaba tras él. El vapor detuvo sus hélices y con la fuerza de la arrancada describió una curva en torno de los náufragos.Paradas las máquinas, mudos e inmóviles todos, no se oía más rumor que el de los marineros que arriaban una falúa. Agrupados a la borda, mirábamos angustiados las dos cabezas que ya se ocultaban, ya reaparecían entre las mares. De pronto ocurrió algo que nos arrancó aplausos y vivas; el muchacho zamorano se había hundido en el agua y el misántropo nadaba violentamente en su socorro; llegó adonde había desaparecido, se zambulló tras de él y juntos volvieron a la superficie. El suicida frustrado devolvía la vida al pobre niño que por salvarlo estaba a punto de morir.

Tendido en cubierta, el muchacho se recobró sonriendo, sin hablar. De pie y a su vera, chorreando agua, el misántropo lo miraba con los ojos velados por la emoción. Me acerqué a él y le murmuré al oído:

— Le debe usted la vida.

El misántropo no se volvió a mirarme, buscó a tientas mi mano, me la estrujó fuertemente, y, sin desviar del pobre niño la mirada, exclamó con voz temblorosa:

— No, la vida no. Algo que vale más, mucho más que ella. ¡Ya sé para qué vivo!



HAZAÑA

A Pedro Blanes



I

El marqués se retiró de la corte al cumplir los cuarenta años. Hastiado de la política y del gran mundo, renunció a sus cargos parlamentarios, cerró su palacio de Madrid, y se marchó a sus cotos de Asturias. Su desencanto fué rápido y total. Estimulado por

el ejemplo de sus antecesores quiso proseguir la historia gloriosa de su familia; mas las condiciones de la época y sus propias facultades personales no le permitieron conseguir su propósito. El, que se consideraba capaz de obtener las victorias que sus abuelos habían alcanzado en los campos de batalla, se declaraba vencido en las escaramuzas miserables de la política, de las que había sacado incólume su reputación a costa de mil disgustos. Al fin se había cansado de aquella lucha rastrera y se había resignado a ser «un vacío» en la galería de retratos y en los anales de su estirpe. En el naufragio de todas sus ilusiones sólo flotaba una esperanza: su hijo único, al porvenir del cual consagraría sus esfuerzos y su fortuna. La gloria alcanzada por el hijo redimiría del olvido el nombre de sus padres.

Con este anhelo, que su mujer, la marquesa, compartía, llegó el marqués a las montañas de Asturias. En el castillo, que había de ser desde entonces su refugio, se reservó las habitaciones mejores, las más

soleadas, al marquesito. Desde el primer día de vivir allí tuvo éste su preceptor, su maestro de cetrería, sus jaurías y potros. Aquel mozo, casi niño, de inteligencia despejada y cuerpo endeble, debía fortalecerse en el corazón de la montaña para conquistar, andando los años, con su energía y su cultura, el porvenir soñado por sus padres.

Mas los sueños son sueños, y los marqueses no vieron realizados los suyos. Una tarde, al regresar de una partida de caza, llegó el marquesito pálido y tembloroso al castillo. Pasó la noche delirando, atormentado por la fiebre, y asistido de sus padres que no se atrevían a hablarse ni a mirarse para no descubrise mutuamente el horror de sus presentimientos. Aquella misma noche marcharon varios propios, a uña de caballo, en busca de los médicos de las poblaciones cercanas. Por la cabecera del enfermo desfilaron las eminencias médicas venidas de la corte. Sobre el lecho del moribundo reposaron las viejas reli-

quias de los templos y monasterios de cien leguas a la redonda; sobre su cuerpo extenuado murmuraron los saludadores sus ensalmos más ocultos. En su desesperación, aceptaba el marqués todos los medios de arrancar a la muerte aquella vida preciosa que era también su vida, porque era su única esperanza. Todo fué inútil. Una noche la luz de la Luna resbaló por sobre los bosques y fué a iluminar al marquesito rígido como los pájaros que las heladas derriban allá, en el monte, al pie de los árboles.

II

Muerto el marquesito, el palacio perdió su alegría; mudos en su dolor, los marqueses pasearon, como sombras, por la soledad de los grandes salones; temerosa ante el infortunio de los amos, la servidumbre reprimió sus algazaras. A la hora de las comidas se respetó en la mesa el asiento y el plato del muerto. Allí estaba su cubierto, allí su silla

aguardando un regreso imposible. Y abajo, en los patios y las cuadras, las jaurías y los potros impacientes en ociosidad. El marquesito tardaba en volver. Carreras por los bosques oliendo a tomillo y resina, loco saltar por sobre las matas salvajes, mañanas de niebla, horas de atisbo al borde de las lagunas dormidas al reflejo azul de los cielos ¡no tornaríais!

Cada mañana bajaban los marqueses a la aldea a oir misa y a visitar en el cementerio la tumba de su hijo. Después volvían al castillo, y, al encontrarse solos en él, se abrazaban llorando. Las tardes de los domingos derramaba en torno de las murallas una quietud dulce y triste. Los campos y los bosques les envolvían en su silencio profundo. En el llano los estanques inmóviles brillaban al sol. En las terrazas dormían los lebreles. Y en aquella soledad y en aquel silencio, el aura de las alturas les hablaba de cosas distantes: de la muerte, de la dicha de ayer. En el crepúsculo, a la sombra de los montes, los caminos del valle

irradiaban claridad blanca, como si los ángeles del Señor hubiesen dejado en ellos un rastro de su luz.

La tristeza de los marqueses se acentuaba. Cada día se motraba el marqués más ensimismado, más rendido a la pesadumbre que le embargaba el alma.

Una tarde acudió la marquesa a purificar su conciencia, de rodillas, a los pies de su marido. Hacía quince años que sufría aquel torcedor que le amargaba todas sus satisfacciones; quince años de duda entre ocultar o confesar su delito al único hombre que podía condenarla o absolverla. No podía ya más: el silencio se le hacía intolerable. Ante aquella pobre alma enferma de sufrir por un hijo que no era suyo, la mujer se rebelaba piadosa y contrita. Su traición escondida y no perdonada separábala del hombre ultrajado, querido ahora fervientemente.

La confesión fué larga, dolorosa. El marqués la escuchó en silencio. La voz de la mujer se percibía apenas:

— No nos conocíamos entonces — decía —

Ignoraba cuánto valías tú. Acababa yo de salir del colegio, y mis padres me dijeron: «Este será tu marido». Te acepté y me aceptaste. Tampoco tú estabas enamorado de mí. Nuestra boda fué una boda de familias. Los primeros tiempos me trataste cortésmente, con galantería, pero sin cariño. Luego nos separamos. Te fuiste para una corta ausencia y yo, delicada de salud, no pude seguirte. Y entonces... El, tu mejor amigo, se había enamorado de mí. Suplicó, juró... A los pocos días de haber regresado tú se mataba... Lo demás lo sabes tú ya. El y yo únicamente guardamos el secreto de nuestra culpa. Yo la he ocultado hasta hoy. Pero no quiero, no puedo más. Te veo sufrir, te veo llorar por un hijo que no fué tuyo y he querido confesarme, consolarte con este otro dolor que tal vez para ti no sea tan amargo. Me he quedado sin mi hijo y ahora, al revelarte mi falta, me quedo sin ti. No importa: tú eres el inocente, el noble, el bueno ¡No debes llorar! Haz de mí lo que quieras: mátame, arrójame de aquí, lo que quieras tú. Después

de todo sin ti y sin mi hijo mi vida se acabó...

Y la última frase fué un sollozo más que una palabra.

III

Aquella noche las ventanas de las habitaciones del marqués permanecieron iluminadas. A la mañana siguiente, a la hora de ir a la aldea, el marqués llamó a la puerta del cuarto de su mujer.

— Vamos — le dijo — las campanas nos llaman.

Y aquel sacrificio y aquel perdón del marqués permanecieron también ignorados. Fué la única hazaña de aquel hombre vulgar, su único heroismo que nadie estampó en los anales gloriosos de su familia, historia de santos y de reyes.

EL REFUGIO

A Rafael Ballester



Por dónde?

En la soledad de las viñas, en la profunda noche estrellada, el convoy se ha extraviado. Sin guía ni luz — para no despertar sospechas — los fugitivos permanecen mudos y quietos, como sombras en la sombra. Olvidan por un instante el riesgo que corren, y

reparan sus bríos en esta indecisión, primer descanso en su marcha loca hacia la frontera. Allí, en los montes próximos, debe de estar el Refugio donde esta noche se acogerán el rey destronado y unos cuantos súbditos fieles y, además de fieles, condenados a morir como el rey también.

Al fin se deciden. Una sombra se acerca al Rey que permanece solo, fuera del grupo.

— ¿Vamos, señor?

— ¡Vamos! — repite el Rey con la obediencia automática de un ceremonial de la corte.

Y reanuda su camino. Cruzan las viñas; se internan en los pinares; andan y desandan, sin rumbo, los senderos entre los matojos. Cansados, se paran a veces a buscar las estrellas columbradas a través de la espesura. Hasta que, de súbito, al salir del bosque, una montaña — alta y dentellada en la cumbre como ciudad de cruzados — los recibe en su sombra. Al pie de la montaña blanquean vagamente los muros de un caserón. En el fondo de unos jardines, en la paz de la noche, canta una fuente.

— ¡Casa Serena! — murmura el Rey conmovido.

Y se detiene. Ahí, en la quietud de ese palacio, tuvo el Rey su primer amor de Príncipe. Ahí, junto a esa fuente que canta hace siglos, vive todavía una princesa cuyo amor, rechazado por razones diplomáticas, sacrificó el Rey a su ambición por la corona. Al olvidarlo juró el monarca no pisar más este retiro. Y, sin embargo, perdida la corona, el Rey vuelve a él. Lo traen la casualidad, el infortunio, y quien sabe si el vago deseo de mezclar a su despecho de rey destronado un poco de su dolor de pobre hombre que un día, al pasar, dejó aquí olvidada su ventura.

Sentado debajo de los pórticos, en un banco de piedra, el Rey clava en la noche sus ojos de alucinado, poblados de visiones espantables. Los mastines inquietos lo olfatean. Y el farol que el mayordomo columpia a ras del suelo tiende y agiganta en los muros la sombra del Rey vencido. La Princesa y su madre esperan que el señor

diga su voluntad. Mas el señor no quiere nada. Tal vez desea quedarse solo. La servidumbre se ha retirado. Las cercanías están vigiladas. Tras del Palacio, en las veredas que conducen al monte, piafan los caballos en que el Rey huirá al primer recelo. Al amanecer, el convoy garará la frontera, transmontará las cumbres donde concluyen la patria y el trono.

El Rey se pasea ahora por la terraza del palacio, seguido de un viejo lebrel que un tiempo le acompañó por el laberinto de los jardines. Vienen y van lentamente, en la noche de junio, calurosa, bajo los luceros más blancos, más pálidos, más solos a la claridad de la luna que nace. Las puertas están abiertas a la terraza. En el interior del palacio no brilla ni una luz. Y en el fondo de una habitación a obscuras el Rey adivina, al pasar, a la Princesa y su madre que velan desde lejos y en silencio su dolor. La montaña derrama su paz sobre los jardines y los bosques; y allá, a cien leguas, en las ciudades traidoras, la Revolución canta su triunfo.

Al recuerdo de sus grandezas y de su amor perdidos, el Rey se inclina, se apoya en los balaustres y llora amargamente las mismas lágrimas que en más de una ocasión lloró el Príncipe allá, en la corte, al soñar con la Princesa que fué buena y amante para con él.

Una mano liviana se le apoya en un hombro; y una voz que aprendió la dulzura de la fuente, la amiga de tan largas soledades, le dice:

— No llores...

El Rey reconoce la voz y al sentirse por ella compadecido, después de tantas horas de sufrir, estalla en sollozos.

— ¿Por qué me fuí? ¿Por qué te dejé? ¿Por qué?...

Y la voz le repite y le dice, conmovida:

— No llores, y no pienses en el pasado. El Rey sin trono no puede mendigar un cariño que abandonó por la Majestad. Tú no olvidarás tu grandeza, tú volverás a tu pueblo, tú serás rey otra vez. ¿Para qué recordar que nos amamos un día? Mi cariño sería mañana, más que nunca, un obstáculo para

tu ambición. Sé fuerte en la desgracia. Y si no podemos pensar en nosotros, pensemos en los demás. Aquí, en mis soledades, he aprendido a querer a mi pueblo, mejor que tú. Bendice tu infortunio. Desterrado, comprenderás que tu pueblo vale lo que no merece toda tu corte de aduladores. Y si me quieres aún, comprenderás también el sacrificio de tanta gente humilde que, olvidadas por vosotros, los fuertes, no lograron conquistar la ilusión de su vida.

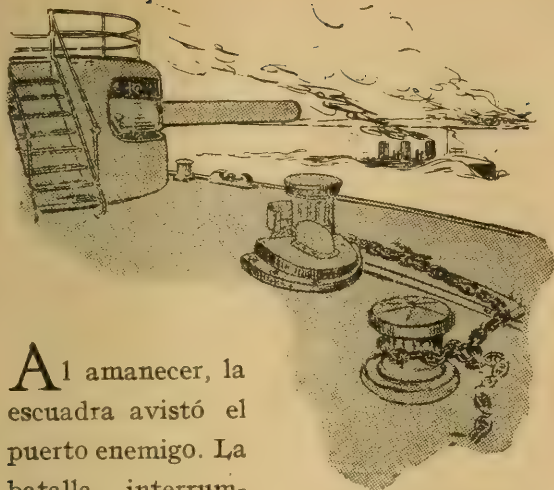
— ¿Y mi ilusión? ¿Y tú? ¿Dí?

— Señor, el amor sirve para algo más que para hacernos felices: cuando no nos puede dar la dicha nos hace piadosos. Te lo digo yo, que abandonada, aprendí a perdonarte.

Y ambos enmudecen mientras que allá arriba, en el borde de las cumbres, se asoma la luna.

UN BLANCO

A Miguel Utrillo



Al amanecer, la escuadra avistó el puerto enemigo. La batalla, interrumpida la noche antes, había recomenzado tenaz y horrible. Allá, en la costa, en la luz pura y en el aire suave del despertar del alba, la artillería dejaba oir, como el contínuo tronar de una tempestad distante, su voz siniestra. En la vertiente de una montaña, tras del caserío desde donde las baterías enemigas vomitaban fuego, ardía un pinar. Sobre el campo de la lucha una nube grande y lenta arrastraba hacia lo desconocido, recogidas en un solo abrazo, las almas de los muertos.

Cuando el día clareó del todo, el «Formidable» recibió orden de avanzar y hacer fuego a cinco kilómetros. En la torrecilla de proa, junto a la culata del gran cañón de a treinta, cargado ya, Elías Reina sintió que en el fondo de su corazón lloraba algo triste, nunca olvidado. No era de miedo, ni siquiera por piedad a los que iban a morir.

Al columbrar aquella noche, a la luz de la Luna, la costa enemiga, Reina había comprendido que el drama de sus amores resucitaba cruel como siempre. Allí en aquel caserío lejano, había encontrado el único amor serio de su vida; allí, en una mañana como aquella, alegre, fulgurante, se habían unido dos almas; allí había sido dichoso; allí el deber primero, y la desgracia después, cortaron su idilio; allí, al pie de aquellas baterías que sembraban en cada proyectil cien muertes, en un rincón de un cementerio de pueblo, lleno de rosas, dormían, hacía tres años, la extranjera amada y el fruto de aquellos amores, un hijo que él no conoció,

que no pudo besar nunca. En el acorazado nadie conocía aquella historia triste que guardaba en silencio por no publicar la deshonra de la que fué ocultamente su compañera.

Al salir de «cuarto» aquella noche, y al cruzar por frente de la cámara del comandante, donde las bombillas eléctricas brillaban aún, Reina había sentido impulsos de llamar, de entrar, de referir todas aquellas sus amarguras ignoradas.

Había vacilado un momento junto a la puerta. Después, resignado, se había alejado lentamente. El comandante habría quizá achacado aquella historia a cobardía, a miedo. ¡No!

Y ahora el timbre de la torre de combate avisaba ¡*atención*! No había más remedio. La mole de acero se movió poco a poco, la boca maldita, guiada por la mano de Reina, buscaba el blanco.

El estampido del disparo ahogó el tronar de la artillería de la costa. La sacudida de la detonación agitó violentamente el cuerpo

de Reina, agarrado a la baranda de la plataforma de mira. Hubo en la cubierta un largo silencio. Allá, en lo alto de los bosques, muy lejos del caserío, brilló una llama. El tiro había sido largo. Por la tarde, al reanudar el bombardeo, Reina fué relevado del cañón de a treinta. No había acertado en toda la mañana ni un solo blanco. Aquella noche Elías, tendido en la litera de su camarote, se disparó un tiro.

— Cobardía — dijeron unos.

— Amor propio — dijeron otros.

Y nada más. Arrasadas las baterías, vencido el enemigo, la escuadra se alejaba mar afuera. En los grandes meandros de espuma, los acorazados columpiaban su panza de acero gris y sin luces. El viento arrastraba sobre el mar los borbotones de humo de las chimeneas. Lejos, en la costa silenciosa, cada vez más distante, ardían los bosques. Y en los bosques, los nidos.

LAS DOS NOVIAS

(DIARIO DE UN PILOTO)

A Paco Berna



MAYO 15. — Navegamos con rumbo a la Palma, la isla de occidente que los pastores de los picos de Tenerife columbran, en los días puros, lejos, muy lejos, como niebla tendida en el mar sin límites y sin color. Frente a nosotros la tierra abre sus valles colmados de sombra, las calas desiertas donde viven los ecos, y donde los tiburones vagabundos, venidos de los mares del Senegal, burbujean a flor de agua, en plena luz.

Fondeamos en el reflejo inmenso y verde que un pinar deja caer en la dársena profun-

da y temblorosa. El color de los árboles inunda el barco; una racha de brisa impregnada de aromas llega al fondo de los hornos y arranca, junto al fuego, vivos cantares. Y como la mar, nuestros ojos se tiñen de verde. Maquinistas y pilotos se han marchado a tierra; la gente de proa, también. Cerrados los portalones, sin carga que recibir, permanece el vapor casi abandonado en la soledad del mar, como un silencio perdido en otro silencio. Esperamos la noche, la correspondencia y los ausentes para levar anclas con rumbo al sur. A veces el aleteo de una vela me obliga a volver los ojos: es un bergantín, o un pailebot que cruzan rozándonos el costado, con el botalón tendido hacia el horizonte inmenso y alegre. El murmullo del agua añade a mi pereza una delicia más. Silencio del domingo ¡qué tristeza la tuya!

He pasado la tarde fumando, echado en un coi, al fresco. A las seis un grupo de desconocidos han asaltado la cubierta, gente joven que vuelve de merendar en algún rin-

cón de la costa. Por sobre el borde del coi he creído reconocer a Santanita, un empleado de la casa consignataria. Para evitar cumplimientos, he cerrado los ojos y he simulado dormir. Riéndose y murmurando, los importunos se han parado a mirarme. Uno de ellos me ha tocado levemente el pie; luego han huído todos a la desbandada. Digo, todos no. Pensaba encontrarme a solas, cuando he oído a mi espalda, un taconeo nervioso, de impaciencia, y una voz de mujer, voz de despecho y de súplica:

— No te enfades — decía. — Lo creo. ¡Sí, lo sé! Pero no puedo reprimirme. Yo no te digo que dejes de hacer lo que haces; me quejo de que sientes demasiado lo que le dices.

Y otra vez el grupo invade la toldilla. Se han ido. El barco recobra su tranquilidad. Bajo el crepúsculo las montañas se quedan en sombra. Allá, en el muelle, a orilla del agua, se enciende una luz; luego otra; después cinco... ¡La noche!

Julio 2. — Día de sol. El aire del pinar me emborracha, me conmueve, me sacude el cuerpo, me llena el espíritu de luces locas. Me he bañado en el mar; he nadado placenteramente en torno del vapor inmóvil en el agua muerta. De pronto me sobrecoge un temor horrible: ¡los tiburones! Siempre lo mismo: nado quince minutos, una hora, y, de repente, la sensación de un coletazo, de una dentellada me turba. El misterio del agua, mi propia sombra me espantan; y avanzo violentamente, perdidamente, con el corazón angustiado y los pulmones sin aire. Ya a bordo, me visto de limpio. Al contacto del lienzo planchado y blanco recobro mi alegría. ¿Por qué una impresión física serena el ánimo? ¿Por qué?

He comido en casa de los consignatarios; un interior sereno, de muebles antiguos, de ventanas llenas de flores y jaulas, de gatos perezosos que os salen a recibir con el rabo al aire; uno de esos rincones tibios y sosegados que parecen decir a las almas quietas: «Siéntate, reposa, y si aún te quedan ilusio-

nes, ama». Cuatro personas constituyen la familia: la abuela, sus dos hijos, los consignatarios, y la hija de uno de ellos, una pobre tísica, enferma hace tiempo y que no acaba de morirse.

A poco de haber comido los dos hermanos han bajado al despacho, y la abuela, una vieja de ojos ratoniles, se ha ido a la cocina, donde, de sol a sol, se pasa las horas componiendo confituras. Me he quedado solo con la muchacha en la galería, cerrada con vidrieras, un cuartito transparente que cambia de color cuando muda de luz el cielo, y donde la joven transcurre lo que le resta de vida entre ilustraciones cien veces hojeadas y un piano siempre mudo. De tiempo en tiempo un bando de palomas, que cruza al vuelo, obscurece la habitación. La huerta trepa monte arriba y los pinos de las alturas bajan a asomarse por sobre la tapia. A través de los vidrios contemplo las rosas y los jazmines.

—¡Vea usted qué hermosura! —me ha dicho la tísica. — Dan tal aroma que muchas

tardes he de cerrar para que no me mareen. Antes cuidaba yo de las flores. Ahora...

Súbitamente ha cambiado de tema, y ha exclamado riendo:

—¡Qué bien dormía usted la otra tarde! Le quisieron despertar. Yo me opuse. Estábamos locos. Me había escapado de casa con unas amigas. ¡Qué quiere! ¡Aquí me aburro! Bostezo; no sé que hacer, sobre todo los días que me siento bien. Para mí la convalecencia es peor que la enfermedad.

¡Convalecencia! ¡Y con que fe lo dijo! Toda la tarde hablamos de mis viajes y de su vivir. De cuando en cuando, la abuelita aparecía frente a nosotros con una cuchara llena de confitura y una mano debajo de la cuchara por no manchar el suelo. Para la vieja el voto de la nieta es infalible.

El resplandor del crepúsculo se apagaba sin encontrar una nube en que reflejarse. La noche azul comenzaba a matizar los vidrios. Rendida de fatiga, la joven había reclinado la cabeza en la almohada y dormía en una postración que tenía mucho del su-

premo abandono de la muerte. Sin duda nadie en la casa se acordaba de mí. Me levantaba para marcharme cuando sonaron pasos en la habitación inmediata. Me quedé sentado sin moverme, retenido por el instinto de espionaje que la obscuridad despierta en nosotros. Un hombre apareció en la puerta, se acercó a la tísica y posó los labios en su frente, en un beso largo, callado...

¡Santanita! Al alzar los ojos ha reparado en mí, me ha tendido la mano, confuso, y ha salido tropezando consigo mismo.

Agosto 3. — Santanita almuerza conmigo. Almorzamos en cubierta, bajo el toldo, en el deslumbramiento de las aguas doradas. En el borde las copas y en el bisel de las botellas se deshace en reflejos la luz de la mar. Santanita come lentamente; y de pronto se queda mirándome muy fijo.

— ¿Qué hay? — le pregunto.

— ¡Lo que usted habrá imaginado desde ayer!

— ¿Yo?...

— ¡Usted, sí! No importa. Prefiero que me haya sorprendido. Anoche, cuando pasó usted por el despacho, sentí impulsos de llamarlo y de contárselo todo. Cuando se sufre se necesita hablar. ¡Y yo he sufrido mucho! ¡Créame!...

....

¿Que cómo y cuándo nació ese cariño? ¿Lo sé yo acaso? Un día su padre me mandó llamar. ¿El padre de quién? De ella. «Santana — me dijo — has de hacerme una limosna». ¿Una limosna? ¡Yo! ¡A él! «Dolores te quiere, continúa queriéndote». Sí; fuimos novios, de muchachos, ¡tonterías! ¡Figúrese! Yo no acertaba a contestarle; me estrujaba los dedos en el fondo de los bolsillos. El padre añadió: «No te exijo que la quieras; finge quererla. Pilar transigirá. Ella es su amiga. Díselo tú». Pilar es mi otra novia, la novia de ahora. El padre suplicaba. «Como una limosna te pido esa última alegría de mi hija. El sacrificio durará poco. Ya ves: la pobre se muere». A D. Ramón le temblaban los labios;

no se atrevía a mirarme y tartamudeando de pena, me dijo después: «Yo os prometo que el día que Dolores se vaya no os faltará nada para la vida». Se vaya. Lo dijo así. Aquella noche consulté el caso con Pilar. Al principio se negó a escucharme. ¡Qué no, y qué no! Porfié. Somos pobres. Hace años que queremos casarnos y no podemos. ¿Yo?... ¿Qué valgo yo? Al cabo la convencí. Al día siguiente me empleó D. Ramón en el escritorio. Lo hice por Pilar ¡lo juro! Los primeros tiempos todo fué bien. ¿Bien? No, no es posible vivir alegres cuando se espera el mal de alguien para ser dichosos. Yo quería a Pilar, sólo a Pilar. Y, sin embargo ¡qué angustia desde entonces! Cuando Pilar mira a Dolores que se muere sin remedio, noto yo en el fondo de los ojos de Pilar, tras de la pena que los enturbia, un no sé qué de alegría. Y esa alegría es una crueldad que le rebaja a mis ojos, y es, al mismo tiempo cariño a mí, algo que hace que yo la ame mucho más estimándola ya menos...

....

La piedad, el cariño, lo que sea, a Dolores ha nacido ¿cuándo? No lo sé. Los primeros días, al decirme ella iremos a tal sitio, haremos tal cosa, experimentaba yo una repugnancia que no podía disimular. Ahora no; ahora espero con dolor, con tristeza, resignado, como si hubiese de irme con ella, en la misma caja, a dormir dentro del mismo hoyo. Cariño, cariño... ¿Cómo llamarlo? Usted lo ha dicho. Cariño a lo que se va, a lo que no vuelve, a lo imposible.

SEPTIEMBRE 20. Encuentro el «interior» desolado. Dolores se muere. Como no es ocasión de hacer visitas, me refugio en un gabinete, lejos del ir y venir de los criados. Frente a mí, sentado en un canapé, Santanita permanece con los codos clavados en las rodillas, y el rostro oculto entre las manos exangües ¡sus pobres manos de vencido a lo largo de cuyos dedos rueda a veces una lágrima!

Y la puerta se abre y Pilar aparece. Vacilando, sin fijarse en mí, se acerca a Santa-

nita, le aparta las manos del rostro, y lo mira largo tiempo. Después, se deja caer a su lado y llora. Llora con un temblor de espalda que emociona más hondamente que sus gemidos.



Murió Dolores. Pilar y Santanita no se casaron. Santanita ha logrado ser hombre respetable: tiene algún dinero. Posee un almacén, una gran barriga, un poco de asma y una calva con cuatro o cinco cabellos tan independientes, tan largos y tan pulcros que parecen conservados para tejer cualquier cosa: un encaje de bolillos o la trenza de una leontina. Pilar, marchita, y más que marchita, acartonada, se ha plantado en los ventiocho abriles. Del antiguo cariño ¿quién se acuerda? Las ilusiones, el soñar despiertos, las locuras de otros días ¡todo murió! Sólo resta una amistad serena, sin peligros y sin hervores. Lo que del amor vino al amor no ha de volver.

Todos los años, el día que Pilar cumple

los «veintiocho», Santanita cierra la caja una hora antes que de costumbre; y deteniéndose de puerta en puerta, para tomar aliento, va a llamar a la cancela de la casa donde vive la mujer que un día fué su novia. Como en tal mes suele cambiar el tiempo en la isla, háblase en la tertulia del descenso del barómetro y de lo triste de la estación. Por lo regular, el tema se agota pronto y los contertulios enmudecen. Y entonces, a la luz del quinqué, del mismo quinqué junto al cual los novios cambiaron, una noche, los primeros deliciosos besos, Pilar cuenta con disimulo los cabellos de Santanita, y Santanita observa de soslayo las arrugas de Pilar...

Y así siempre. La vida pasa, el tiempo vuela.

A TIENTAS

A Juan Vernetta



Todos los días los encuentro al paso. Van por ahí, al azar, cogidos al barrigudo violón, como a un salvavidas, llevados por un lazarillo jiboso, de cara hocicuda. Les encuentro muy de mañana rascando incansables el violín, en línea, sobre el borde de la acera, rodeados de criadas y de chiquillos que ven en la pobre orquesta ambulante motivo suficiente para demorar la hora del colegio. Les encuentro de noche, tarde ya, frente a los cafés, ante las mesillas sin gente, luciendo su habilidad y su pobreza a la luz blanca de los arcos voltaicos.

Ejecuten lo que ejecuten, con público o sin público que los rodee, cada uno de ellos conserva su expresión inalterable. Diríase que sus pobres almas, desterradas de la santa alegría de la luz, no tienen más que una vibración y una fibra.

El gesto diferente en cada cual, y en cada cual la misma inmovilidad de la mirada, parecen decir los anhelos y las amarguras de esos pobres desgraciados. Unos, perdida la esperanza de tornar a la luz, se resignan y dejan caer la cabeza tristemente sobre la caja sonora, donde se apaga lánguido el suspirar de las cuerdas. Otros, contentos con su infortunio, sonríen con la sonrisa misteriosa que los sueños alegres dibujan en el semblante de los niños dormidos. Otros, los que no han renunciado al sol, enarcan las cejas y dilatan las pupilas en espera ansiosa de la luz que tarda en llegar...

La desgracia les vació a unos las cuencas de los ojos y les cerró los párpados; a otros les cruzó las niñas con nubes repug-

nantes; a otros se las dejó diáfanas y serenas sin transparentar el alma como las aguas limpias e inmóviles que, por muy profundas, no dejan ver el fondo donde reposan.

Algunas veces, en las interminables horas de aburrimiento pasadas en una mesa, en la acera de un café, en espera de un amigo, he intentado adivinar la vida y la historia de esos desventurados.

He pensado en el pobre clarinete, un viejo de barba venerable, que lleva siempre prisa y que guarda, solícito, los terrones de azúcar que le dan. Ese — he pensado — es un gandul y un goloso o un buen abuelo impaciente por volver a su casa con esas pobres golosinas, regalo para sus nietos. He pensado en el ciego indiferente que sonríe como los niños en sueños, y me he dicho: «Ese no tiene a nadie; ése vive contento y solo, sin esperar nada, en algún rincón alquilado por cuatro perras al mes. He pensado en el pobre violinista que enarca las cejas ansioso de luz. He ahí—

me he dicho—uno que no se conforma con su suerte. Ese espera el sol, y con el sol, el amor, la dicha, la gloria acaso.

Y ya metido en estas observaciones, he creido sorprender la impresión que deja en ellos la vida, nuestra vida, que les envuelve y les arrastra; la impresión que les deja todo este bullicio de nuestras calles, el paso de los coches, el rumor de los árboles, el moscardoneo de las multitudes, el aroma de las mujeres, de las mujeres que la primavera envuelve en su brisa tibia y en el perfume de sus rosas.

Una misma desdicha ha reunido y lleva a través de la ciudad a esos infelices. Durante la semana recorren la población. Cada día visitan un «distrito», un barrio o un pueblo cercano. Tienen sus «abonados», sus protectores y sus enemigos.

Enemigo el lazarillo que suele hacerles las cuentas a su modo y provecho; enemigos los gandules de los organillos, hez del hampa, encubridores de rateros, músicos «mecánicos», que sacan la música de las en-

trañas del organillo, como podrían sacar agua del fondo de una noria; haraganes incorregibles que vienen a disputar el pan a todos los desgraciados que se buscan la vida a tientas, de plaza en plaza y de calle en calle.

¡Pobres ciegos! Ellos son los vulgarizadores de la música; ellos dejan al pasar en nuestros balcones, como una ofrenda, algo de ese arte, que debería ser patrimonio de las multitudes y que continúa siendo hoy lujo de unos cuantos.

Existe una costumbre bárbara de arrancar los ojos a los pájaros para que canten. Tal vez Dios—o el destino, para no echarle la culpa a Dios—dejó ciegos a esos infelices para alegría y recreo de los que no pueden ir a la ópera.

UNA SILUETA

A Luis Bonafoux



Una sombra realmente. Vestida de negro, con el rostro encuadrado entre los pliegues de un pañuelo negro también, la vieja permanece horas enteras acurrucada, inmóvil, con los párpados entornados sobre los ojos. Frente de ella, en el suelo, un pañuelo, recibe las perras chicas que la caridad deja caer de tarde en tarde. En la falda se apoya un cartelillo y en el cartelillo se destaca

esta leyenda que atrae la mirada y provoca los comentarios del transeunte: «La madre de Pallás».

Así la ví ayer, en la Barceloneta, al regresar yo en medio del desfile de los últimos bañistas. Nacía la Luna roja en las nieblas del horizonte, sobre las aguas. En aquella hora triste, entre aquellas dos luces, la del día al morir y la de la Luna al llegar, la pobre silueta negra me dejó una impresión profunda de curiosidad y de misericordia.

Todos nos detuvimos un instante junto a la mujer inmóvil y muda. Los labios marchitos, invadidos por la palidez del rostro de cera, no imploran ni bendicen. Enguruñada, como un pájaro enfermo, junto a un manco que canta con un guitarrillo coplas de amores, la vieja, cerrados los ojos, siente el desfilar de la multitud. Siente el rumor de las faldas limpias, el olor de los cabellos mojados, de las carnes bañadas. Y el nombre del hijo muerto suena en labios desconocidos, en voces que

tiemblan al recuerdo de los días de expiación y de espanto.

Cuando los balnearios se cierren, cuando asome el Otoño, se irá a otra parte con su cartelillo y su luto. Irá de iglesia, en iglesia, de puerta en puerta a recordar al mundo que, en el litigio entre la utopía que costó la vida al hijo perdido y los muy sagrados de la sociedad de hoy, hay una víctima que todos han olvidado: ella

En la «golondrina», a través de las aguas muertas, agitadas por el paso de un gran vapor que iba lentamente hacia la mar, pensaba yo en esa triste sombra que por no perecer de hambre ha tenido que resucitar, a los ojos de la multitud indiferente, el nombre, algo olvidado, del hijo muerto.

El primer impulso es de repugnancia hacia la madre que explota así la desventura del hijo. Mas ese primer impulso se borra pronto. Tal vez la miseria y su amor de madre le enseñaron a ver en el hijo, castigado por la justicia de los hombres, un redentor de las humanas angustias. Tal

vez ese nombre clavado en la picota, a la vergüenza de las gentes, es para ella timbre de gloria. Su mano sarmentosa sigue pidiendo como una merced lo que el hijo exigiera, a costa de la vida, como un derecho.



LA JAIRA [1]

A Baltasar Champsaur

(1) Prov. — Cabra joven y esquiva.



I

LA multitud saludó con vocerío alegre la aparición distante. De la sombra de las higueras, que conservaba la frescura del amanecer, salieron hombres, mujeres, chiquillos gesticulando, corriendo, gritando a la desbandada como un hormiguero deshecho. Las camisas blancas y los refajos rojos de la multitud relucían brutalmente en

la lava negra, en el paisaje triste, lleno de sol. Con estrellas en el cielo había subido la colonia hasta las Cumbres a recibir la rama con que habían de adornar el barrio de Janubio, en el día de la virgen negra, su patrona. La rama cortada en los bosques de la aldea nativa; al otro cabo de la isla, en la banda del sur.

De pie, en mitad del camino, Juan Tenique y el Tio Dámaso borracho como una uva acogían con el mugido de un caracol y el roncar de una zambomba el arribo de la caravana. Sordos a aquel guirigay, descendían los camellos lentamente barriendo los atajos con las montañas de hojas que los cubrían· agitadas aún por el contento de la arboleda madre. Tenique dejó en seco de soplar, amparóse con una mano los ojos cegados por la luz, miró y arrancó a correr al encuentro de la recua. ¡Rediós! ¡Con aquella gloria de los brotes nuevos venía Amparillo, la Jaira, la hija del tío Cachito, su prima, la víctima de sus crueldades de mataperros y ahora la tentación de sus años de mozo.

Al encontrarse, él le dió un empujón que le hizo tambalear y ella le soltó un revés que Tenique esquivó con una agachada.

— ¡Amparillo! ¿Tú?

— ¡Sí, yo!

— ¿A qué vienes?

— A vivir con mi padre.

— ¿Pero estás loca?

— ¡En mis cabales estoy!

— ¡No ves que tu padre ha de matarte a golpes! ¡Cada día trinca más!

— Bueno; que me mate: pa eso es mi padre. Allá, en el pueblo, en casa de la madrina todo son palabritas de miel! No te riñe, no, pero te revienta a trabajar. Que el chiquillo se despierta a media noche: ¡Amparo! Que hay que lavar la ropa: ¡Amparo! Que encender el fuego: ¡Amparo! Que ir a por gofio: ¡Amparo! Que regar: ¡Amparo! Que dar de comer al cochino: ¡Amparo! Y esto, y lo otro y lo de más allá. ¡Ea, me cansé! ¡Aquí estoy!

— ¡Bien has hecho! Pero tu padre, tu padre... Yo no sé que decirte. Está perdido.

— Pues por eso. ¡Por él vengo también! Sí, bebe más que nunca. Lo sé, lo sé y...

La moza no pudo acabar la frase. La gente asaltó la rama. Cada cual tiró de un gajo. Quien amarró el pañuelo a modo de bandera al extremo de un tronco; y quien se colgó del cuello las botas maldecidas que le impedirían brincar a gusto. Mugió el caracol, roncó la zambomba y, al compás de un ritmo bárbaro y en remolinos de una danza salvaje, avanzó la multitud. En la luz deslumbradora, en nubes de polvo se bamboleaban las grandes ramas; flameaban los sayos bermejos, y los pies desnudos azotaban locos la tierra caliente. Los hombres borrachos de sol y alcohol se dejaban caer contra las mujeres sudorosas; gritaban los muchachos, ladraban los perros; y a la cabeza de la comitiva una vieja negra y enjuta bailaba solemnemente, bajos los ojos y las canillas al aire, alzando, casi en peso, en cada vuelta, a un chiquitín rubio y sucio que la seguía, llora que llora, asido a la falda...

II

De tiempo en tiempo Juan Tenique dejaba de soplar el caracol e intentaba ceñir con un brazo la cintura de la moza. Amparo huía el cuerpo y alzaba la mano:

—¡Mira, tú!

Y él, con la gran bocaza llena de risa, exclamaba entonces, haciendo una pirueta:

—¡Amparo, Amparillo, qué alegre estoy!

Al fin se convenció Tenique de que la Jaira llegaba tan zahareña como de costumbre en punto a zalamerías. Sosegóse y departieron tranquilamente. Pues sí, Amparo volvía a reunirse con su padre, en el Puerto. Era cosa resuelta. ¿Que el viejo estaba perdido? ¿Que el vicio, la caña le envenenaba? Razón de más para no dejarle solo. ¿Que el negocio del tenducho iba peor que nunca? Allí estaba ella para levantarlo. No temía la ira ni los golpes de su padre. Era ya moza y fuerte. Le dominaría.

Tenique estuvo tentado de desenga-

ñarla. Llegaba Amparo demasiado tarde. Ciego sería el que no comprendiese que al tío Cachito le quedaba correa para muy poco tiempo. Y en cuanto al negocio, no había salvación posible. En el corral de Chano Brito estaba varado y hecho un cesto, hacía meses, el bote en que el viejo y la moza, niña entonces; cambullonearan (1) hacía años al costado de los vapores

En la tienda sólo quedaban los anaqueles; un cesto de higos comidos de moscas y cuatro garrafas de ginebra que el viejo mermaba con más asiduidad que los parroquianos. No restaba otra cosa que el casetón de madera que el tío Colás, el prestamista, disputaba ya por suyo, en garantía de unas pesetas anticipadas a su compadre Cachito, en trances de aprieto.

Sin embargo, Tenique calló. No quería amargarle la llegada a Amparo. Tiempo habría de enterarle de tantas desventuras. Además Tenique acariciaba sus proyectos:

(1) Andar en bote vendiendo baratijas, frutas y pájaros, al cosado de los vapores, o en la toldilla de éstos.

su madre tenía ya muchos años, en la casa iba a faltar una mujer... Quizá, quizá la miseria decidiría a la moza rehacia hasta entonces a los requerimientos del cariño. El recurso no era muy noble. Pero ¡qué diablo! No quedaba otro.

Rendida y silenciosa, llegó la caravana al Puerto. Depositada la rama frente a la ermita, Amparo díjole a Tenique:

— Yo no entro. Me voy a casa.

— Voy contigo. Pero antes verás a madre. Casa viene a mano.

La chica permaneció un instante ensimismada. Allá; en su interior, como de costumbre, era ella sola la que decidía lo que debía hacer, sin acatar imposiciones ajenas. Al cabo dijo:

— Bueno. Vamos a tu madre.

Al arribar al corral de Tenique, la vieja se entretenía en barrer el gallinero. Al oir pasos, se incorporó y se detuvo rodeada de las gallinas. Su cuerpo era pequeño, su cara un corcusido; sus ojos de liebre se clavaron en la joven.

— ¿Quién eres tú? — le preguntó.

Y la muchacha le respondió sonriendo:

— Yo soy Amparo, hija de Marta su prima.

Entonces la vieja le tendió los brazos y la besó.

III

Hacía poco más de un año que Juan Tenique era hombre de juicio. Cansado de «huesear» (1) por muelles y playas, se había puesto al remo en el bote de un amigo. Cambullonearon con suerte; hizo Tenique sus ahorros; y se estableció por su cuenta. Y en el bote, el *Celaje*, se pasaba la vida.

¡Un verdadero yacht! A bordo no faltaba nada: almacén para los tabacos; percha para los plátanos y naranjas; galería para los canarios; cámara para la *Marsellesa* y toldilla para *Garibaldi*. *Garibaldi* y la *Marsellesa* eran los puntales del negocio. Ence-

(1) Andar a lo que salta, como los perros en busca de huesos

rrado en su jaula, al costado del bote, si toco o no toco en el mar, cantaba la *Marsellesa* de sol a sol. No había en el Puerto canario tan prudente ni filarmónico. Ninguno como él atraía y cautivaba al comprador incauto; ninguno enmudecía tan a tiempo para que el amo le substituyese por una hembra en la jaula ya vendida. En mil ocasiones lo habían comprado y en mil ocasiones las manos hábiles de Tenique lo había substituído. Quedábase la *Marsellesa* alegre en el *Celaje* mientras que allá, en los vapores, camino de América, iban las pájaras con su *¿Piiii?* interrogador y monótono lanzado, como una burla, a las narices del viajero hastiado. Era la *Marsellesa* una joya y nècesitaba un guardián que la custodiara en las ausencias del amo. Para eso iba a bordo *Garibaldi*, el perro, el segundo del bote. Asomado a proa, con una pata en el aire—resabio de una cojera inveterada—*Garibaldi* hacía frente a cuanto se le ponía delante de las narices: a los remolcadores, a los «candrais» del carbón, a las moscas, a los

transatlánticos, al Sol, a la Luna, a las nubes, a todo.

La vuelta de Amparo vino a mudar las costumbres de Tenique. Hasta entonces el cambullonero había compartido las pocas horas que pasaba en tierra entre la casa de su madre y el *Criadero de los Pájaros* a donde solía ir a echar un pitillo con Chano Brito, el «físico» de los canarios, y a ensayar unas guajiras en un acordeón medio afónico. Mas desde que Amparo estaba allí, en el Puerto, Tenique no encontraba reposo lejos de ella: la casa se le venía encima, en el bote se desesperaba. No se sentía bien más que en el tenducho limpio y alegre desde que la moza asomó por la puerta. Los primeros días pretendió Tenique mangonear en el interior del casetón; pero la muchacha paróle los pies y le dijo muy decidida, señalando el portillo del mostrador.

—¡Oye, tú! De aquí para acá no entra más hombre que mi padre. Ahí está el banco y en él te sentarás cuantas veces quieras darme palique.

El cambullonero se resignó, y allí, en el banco, hizo desde entonces sus fondeos más prolongados. Llegaba, sentábase, liaba una colilla, cruzaba los brazos en el borde de mostrador, apoyaba la barba en ellos, y sin chistar, con el pitillo colgado de la boca, permanecía como un bobo ante el ir y venir de Amparo. La vida luminosa y cálida del mediodía palpitaba en el paisaje. Fuera, en el muelle, gualdrapeaba el toldo colgado del dintel. Por debajo del volante llameaba, al sol, la carretera donde un bando de palomas comía el trigo derramado por un carro al pasar. Junto a la tienda, en un zaquizami sin luz, roncaba el tío Cachito regurgitando el aguardiente de la última curda. Y sobre el cuadro del portal de la marina, en el fondo esplendoroso de la dársena, y a través de un rigodón de cuatro moscas, pasaba y volvía a pasar Amparo como una tentación al alcance de la boca de Tenique, eternamente sedienta.

Cambiaban pocas frases: ella porque le adivinaba las intenciones; él porque estaba

seguro de no acertar a decirle lo que quería. Al apurar la copa, Tenique se echaba a la carretera, sin decir adiós.

IV

La guerra había estallado en Europa. Destruída por los ingleses la escuadra del príncipe Federico de Prusia, y fracasada la invasión de los alemanes en Inglaterra, prolongábase la lucha con odio y desesperación en Alemania y Francia, en las colonias, y en todos los mares frecuentados de los pabellones enemigos. Una ola de sangre pasaba por el mundo y, en medio de la locura bárbara de los pueblos azuzados por el militarismo y los agiotistas codiciosos, la isla lejana, neutral en apariencia, vivía en zozobra a merced de las naciones rivales. Hacia quince días que el Puerto adivinaba la tragedia en el desfile de buques enemigos; en los grandes transatlánticos refugiados en la dársena perseguidos por la

artillería de los cruceros ingleses; en el eco del cañoneo que el viento llevaba hasta tierra; y en el destello de los reflectores que durante la noche escudriñaban el mar frente a la isla.

La violencia y la inquietud de la lucha contagiaban a las gentes. En las tabernas del Puerto se vociferaba día y noche. En los burdeles andaban a tiros y botellazos la marinería de los barcos mercantes franceses y alemanes. Referíase cosas estupendas a bordo de las candrays, que durante la noche esperaban, abarrotadas de carbón, la recalada precipitada de los buques fugitivos. El almirante inglés amenazaba con bloquear la isla y apoderarse del Puerto si suministraba a los barcos contrarios una tonelada más de combustible. Y a última hora se complicaba el conflicto con la presencia de dos cazatorpederos alemanes llegados con el propósito, según unas noticias, de escapar a la persecución de los ingleses, y según otras, de atraer la atención de la escuadra contraria para facilitar el paso

de una expedición militar a las colonias. El almirante exigía la salida o el desarme inmediato de los dos barcos; y allí, en los límites de las aguas jurisdiccionales, estaba ya una división de cruceros dispuesta a cumplir sus órdenes.

La guerra y la buena mano de Amparo llevaban en volandas el negocio del casetón. Frente al tenducho, en torno de las mesillas, se prolongaban ahora las conversaciones, estallaban las disputas y se consumía el aguardiente y la ginebra a litros. Y, sin embargo ¡lo que es la suerte! la fortuna fué la ruina del tío Cachito y la Jaira. La prosperidad del tenducho excitó la codicia del tío Colás, el usurero. «A poco que continúe la racha — se dijo — ese me afloja lo que le dí y pierdo el negocio.» Y desde aquel punto y hora no dió respiro a su víctima. En cuanto le pescaba a su alcance le endilgaba el responso: «Mire, Cachito, que yo quiero cobrarme de algún modo lo que me debe. Toma y daca: usted me entrega el casetón, el palomar y la

tienda y yo, para saldar en junto, le doy el bote. Viejo es, pero está cubierto, y con un retoque pueden ustedes apañarse para vivir a bordo. En él podrán ganarse el pan y camparse mejor que el rey en sus palacios. ¿Sí, o no? Mire que si usted no va por las buenas, iré yo por las malas; mire que...»

Cuando el aguardiente no le cegaba, el tío Cachito asentía resuelto a las proposiciones de su acreedor. No había más remedio, no le quedaba otro respiro. Estaba endeudado hasta la coronilla. La culpa era suya. Por el vicio cochino había malogrado un negocio de ángeles. Se había bebido el porvenir. ¡Y pensar que se habrían hecho de oro Amparo trajinando en el mostrador y él en el cambulloneo a la vera de los vapores! El tío Colás estaba en lo justo. Y sin embargo, Cachito no se decidía. Dolíale perder la tienda donde su hija le aseguraba un pasar fácil; sentía renunciar al casetón donde, en los días de jumera gorda, encontraba abrigo contra el hambre y los mataperros del muelle. Y le amedrantaba la re-

chifla que le haría toda la chusma del Puerto al saber su cambio de domicilio. Ninguno ignoraba que él, Cachito, había sacrificado el bienestar de la muchacha a la bebida pastelera.

Amparo no se inmutó al enterarse de la premura con que el prestamista asediaba a su padre. Vió de remediar la deuda, buscó y no encontró crédito entre las contadas personas amigas, se opuso a que Tenique empeñara el bote y cometiera otras locuras a las que parecía inclinado por afán de ahorrarle tamaña pesadumbre, se negó en redondo a vivir con la madre de su primo, y echó muy resuelta por la calle de enmedio: reclamó del tío Colás el traspaso y la reparación del bote prometido, y una vez éste en el agua, con dos cestos de fruta, dos jergones, un brasero y cuatro chirimbolos en la estiva, entregó la llave de la tienda y se embarcó con su padre. ¿La suerte lo quería así? Pues ya estaba satisfecha la suerte.

V

Lejos, en la mar, clareaba la aurora. En las tabernas, a lo largo del malecón, brillaban luces diminutas eclipsadas a veces, por grupos de carboneros que acudían a tomar la «mañana». Allá, en lo alto, en lo más obscuro del cielo, brillaban las estrellas con la inquietud siempre triste de su adiós. En el reposo del Puerto dormido resonaban carcajadas, gritos, reniegos. En el agua muerta saltaban los sargos al paso de un remolcador que arrastraba tras de sí una ringlera negra de lanchones. El remolque era pesado, y la máquina pujaba asmática con esfuerzo supremo. Desde fuera, hacia los muelles, avanzaba un jirón de niebla pausado y silencioso como sombra de una isla vagabunda. Y perdidos, esquivándose en la niebla, entraban dos transatlánticos altos, borrosos, con sus ojos bicolores, envueltos en la poesía de las tierras distantes y el misterio de las aguas sin fin dejadas atrás...

Uno era inglés y venía del Cabo, el otro era italiano e iba al Brasil. A su encuentro salía toda la flota de los cambulloneros, una «manta» de botes cargados de naranjas, de plátanos, de pájaros que revoloteaban en el desperezo alegre de la mar. La luz del amanecer bañaba el oro de la fruta. Manteníanse los botes sobre los remos, mecidos al paso largo y dulce de las ondas que llegaban de fuera.

De tiempo en tiempo, el tío Cachito paraba de bogar y miraba hacia adelante. Desde que dejara el abrigo del muelle se iba diciendo ya resignando a la rechifla temida:

—¡Ahora!

Y añadía en voz alta encarándose con Amparo, sentada al timón:

—¡Verás como esos «indinos» nos jeringan!

Cachucha, otro cambullonero que navegaba próximo al tío Cachito, miró al borracho con cara de judío ahorcado y rompió a cantar a voz en cuello:

Dichoso aquel que tiene
su casa a flote
su casa a flote

Cachito perdió los estribos y le mentó la madre. Pero el otro se echó a reir con sus dientes ralos, y sus mandíbulas de trampa de lobo.

— ¡Cállate, jumera! — le voceó — ¡Mira que te abordo y te echo a pique el mueble!

Tenique terció en la contienda.

— ¡Eh, tú! ¡Cierra el pico! ¿No ves que va la chica? ¡Vaya una entraña!

Cachucha miró burlonamente a Tenique y replicó, babeando toda su bilis maldita en cada frase:

— ¿Con qué la chica, eh?... ¡Vaya con la princesa!

Y sostuvo la mirada a Tenique en actitud de reto. Tenique largó los remos, saltó al bote de Amparo y de un brinco cayó en la lancha de Cachucha. El arranque fué tan impetuoso, que a Cachucha le faltó tiempo

para remar y huir. Al cabo iba Tenique a ajustarle las cuentas a aquel cobardón que sólo le provocaba desde lejos y en la mar.

El espectáculo inesperado fué acogido con gritería ensordecedora. Muchos cambulloneros pusiéronse de pié para gozar mejor de la paliza. Ante el nublado que amenazaba; Cachucha se refugió en el fondo de la lancha. De allí le sacó Tenique y forcejeó por zambullirle. Con la riña se volcó una cesta, y las naranjas se derramaron en el agua flotando en reguero, a veces de sangre, a veces de oro.

Absortos en la batalla, no advirtieron los cambulloneros que el vapor inglés se les venía encima. Cuando la sirena aulló, el transatlántico había metido la proa en el apelmazamiento de los botes. La dispersión fué general, cada uno escapó por donde pudo. Arriba, asomados a la borda del vapor, un grupo de marineros, calzados de botas de agua, habían suspendido el baldeo y contemplaban la lucha. Uno de ellos llamó a alguien que andaba en la cubierta, varias manos seña-

laron a los contendientes, y el chorro de una manguera cayó como latigazo en las espaldas de Tenique. La ducha calmó los rencores. Incorporóse Tenique y abarcó la situación: había cometido una tontería. Mordió las injurias que le borbotaban en la boca; sonrió a regañadientes, y saltando de un bote a otro, se fué al *Celaje*. Después buscó en torno suyo a Amparo. Encontráronse sus miradas: la de él interrogaba; la de ella agradecía.

VI

Desde aquel entonces abandonó Cachito el socaire del muelle y se fondeó lejos de los demás cambulloneros. ¡Una locura! Y más aquel día en que el levante refrescaba con muy mal cariz. Juan Tenique intentó que el viejo tornara a su anclaje de costumbre; pero el abuelo, indignado por los insultos de Cachucha y demás ralea, alzó los hombros y no cambió de sitio. Pensó Tenique comu-

nicarlo al cabo de matrícula, y renunció a ello. Bastaba lo ocurrido aquel amanecer para que se comentase en tabernas y muelles su afición a Amparo. No quería bromas. No se las consentiría ni a los más amigos.

El viejo se fué pronto a tierra en la chalana, en que su hija y él iban y venían del muelle a bordo. Y allá quedó la moza en el bote zarandeado por las mares, expuesto al paso de los remolcadores. Al mediodía distinguió Tenique la cabeza de Amparo por sobre de la borda, después desapareció y el cambullonero no columbró más a su prima en todo el resto de la tarde. Y así, sin verla y sin regresar del muelle el viejo, cerró la noche tras de un crepúsculo breve y cárdeno.

A la puesta del sol comenzaron los chubascos. Oculto en las sombras, largó Tenique la amarra y se fué hacia el bote del tío Cachito. Aguantándose sobre los remos, gritó a la muchacha que se acogiera al abrigo del muelle, a lo que respondió Am-

paro, con su imperturbabilidad de costumbre, que no necesitaba auxilio de ninguno y que allí permanecería aunque su padre no regresara en toda la noche.

—¡Deja el bote ahí, y vámonos a tierra! —le voceó el cambullonero.

A lo que contestó la Jaira en tono de burla:

—¡Eso es lo que tú querrías!

Y desapareció. Llamóla Juan en vano. Y al fin, viendo que le daba la callada por respuesta, ció, manteniéndose de proa al mar, y fondeó a popa y a corto trecho del bote. Allí estaría *Garibaldi* para vigilar, y allí estaría Juan para ofrecer su auxilio.

El cabeceo del *Celaje* y la vigilia le rindieron al fin. Dormitaba Tenique, cuando el perro saltó por sobre de él y salió ladrando hacia proa. De un brinco el cambullonero se levantó. Entre la lluvia y las tinieblas una voz le llamaba: «¡Juan! ¡Juan!» ¡Era Amparo! Miró Tenique y no alcanzó! Lanzábase a proa para soltar la amarra, cuando un maretazo sacó de la obscu-

ridad el bote del tío Cachito y lo arrojó contra el *Celaje.* El encontronazo fué tan rápido y violento, que Juan sólo pudo tender los brazos a la moza. Empujado por la mar, el bote de Amparo viró en redondo mientras que la mujer, cogida a Tenique, perdía el equilibrio, se deslizaba por sobre de la borda y caía al agua.

VII

Tenique la extrajo a pulso, y el bote abandonado se sumió en la noche. Llovía torrencialmente. Mojada, tiritando, y medio desvanecida, Amparo se dejó conducir por el cambullonero. Juan la depositó bajo cubierta, la estrechó entre sus brazos. La mar, la madre terrible de todos ellos, los pobres desamparados de la costa, se la ofrecía.

Al recobrarse, Amparo intentó desasirse.

—¡No, llévame a tierra!

—¡A tierra! Con el chubasco no se ve

nada. Si remando se atraviesa el bote nos perdemos.

— Yo te ayudaré. Remaré contigo. ¡Hala..!

Amparo intentó arrastrarse hasta la escotilla. Pero Juan la retuvo.

— ¡Te digo que no puede ser!

Y al notar que la muchacha persistía en salir a cubierta, añadió:

— ¡Ven acá! ¿No lo comprendes? Así que amaine el tiempo o aclare el alba iremos a donde tú digas.

— ¡Ah! ¡Eso es lo que quieres tú!

Aquella duda que Amparo le demostrara tantas veces acerca de sus intenciones le ofendió. Tiró Juan de su camiseta, y desnudo de medio cuerpo arriba retrocedió para salir.

— Ahora soy yo el que se va a nado, o como pueda.

Amparo se incorporó y le sujetó por un brazo.

— ¡Déjame!

— ¡No!

Quedáronse tendidos uno junto al otro. A sus piés se removía el perro; a través de la amura se percibía las mares que azotaban el bote; sobre cubierta repiqueteaba la lluvia, con golpecitos de un baile monótono trocado en farándula estrepitosa a cada racha. ¡Y entre el rumor del viento y el agua percibíase a veces el sollozar de Amparo.

Lloraba, sí. Aquel caracter enjuto que no se doblegó ni derramó jamás una lágrima, en las escaramuzas frecuentes de la niñez en el Puerto; aquella mujercita terca que había resistido impávida los golpes de su padre borracho y el mal humor de la madrina cruel, hallaba al fin el consuelo de llorar. ¡Pobres lágrimas de penas no lloradas porque no fueron comprendidas; y que al cabo de los años se despertaban al conjuro del dolor presente y del cariño también!

El apego y la protección de Tenique la conmovían. Mientras fué chiquilla, mientras su conciencia no traspasó el minuto actual, ni se preocupó del pasado ni

de lo venidero, se rió de los arrechuchos de su primo y rechazó a puntapiés sus audacias. Pero ahora era muy diferente: rendíanla el impulso de la sangre moza, el miedo al mañana pavoroso, y la convicción de su miseria que le hacían apreciar mejor el querer desinteresado de aquel hombre compañero leal de su niñez y desventura.

—¡Amparo! —exclamó Tenique en voz baja y cariñosa.

Se acercó a la muchacha, le buscó con la boca los ojos en la obscuridad, recogió en los labios las lágrimas y se las ofreció en un beso.

Y desde aquel día *Garibaldi* no ladró más a Amparo. ¡Era la dueña!

VIII

El amanecer de Amparo en el *Celaje* y el naufragio del bote de Cachito en los arrecifes de la costa, fueron comentados apenas por las gentes de los muelles. Lo

ocurrido aquella misma noche en el antepuerto, y lo que sobrevino al romper el alba fué mucho más transcendental y concentró todo el interés y las inquietudes del público.

Los dos cazatorpederos alemanes refugiados en la isla días antes, habían huído amparados de la noche y la lluvia.

Descubiertos por los reflectores y atacados por la artillería de los ingleses, uno se había ido a pique y el otro escapaba perseguido de los cazatorpederos enemigos. Terminado el tiroteo, la escuadra inglesa, desplegada ante el Puerto, había desembarcado varias columnas de marinería con orden de ocupar los depósitos de carbón y los muelles y amenaza de bombardear el caserío al primer conato de resistencia. Así contestaba el almirante inglés a quienes habían permitido la salida de los cazatorpederos en vez de desarmarlos.

El pánico fué general. Se paralizó el trabajo en los muelles. Muchos vapores zarparon a media descarga; mujeres y niños emi-

graron hacia el interior de la isla en carretas y carretones abarrotados de trastos de los menajes humildes.

Amparo y Tenique convinieron en mandar a sus padres a la aldea. Ellos saldrían por la tarde en el bote, hacia los Valles, con los demás cambulloneros que emigraban también. La guerra arruinaba al Puerto. No se ganaba ni un penique; la fruta se pudría, los pájaros se tragaban en cañamones los ahorros. No había más recursos que emigrar a la banda del sur y dedicarse al negocio muy lucrativo y arriesgado de abastecer de víveres frescos a la escuadra bloqueadora.

Partieron al anochecer. No soplaba la brisa y arrancaron a fuerza de remo sin apartarse de la costa, a fin de aprovechar las primeras rachas del terral. El tiempo estaba en calma, y el aire, diáfano después de la lluvia, parecía aguardar la aparición de las estrellas. Al soplar el viento de la noche, largaron todo el aparejo y arrumbáronse, de bolina, camino de los Valles. Como era

plenilunio no encendieron luces. Del horizonte claro subía el humo de los cruceros ingleses. En las montañas, bajo la Luna brillaba la cal de los caseríos remotos... A ratos se quedaba la brisa y gualdrapeaba el velamen; a ratos venía una racha, se henchían las lonas, inclinábanse a sotavento los botes y burbujeaban a popa las estelas.

IX

Apuntaba el alba cuando abocaron los Valles. Amparo palmoteó de gozo. Con las últimas rachas del terral llegaron al *Celaje* el aroma de los huertos, el ladrido de los mastines, el cantar de los arrieros que desfilaban, a la cabeza de sus recuas, por la playa, chapoteando en las olas tendidas al pie de los montes. Desde los pinares descendían bandadas de pájaros, dejábanse caer en pelotón veloz, y, a punto de tocar el mar, abrían las alas, y partían a la ventura derramando el susurro de su vuelo

sobre los botes y el agua azul, casi negra a la sombra de la costa.

Aquella misma mañana emprendieron el negocio. Nadie se opuso a que surtieran de víveres a los barcos ingleses. En los Valles, en los caseríos olvidados entre los barrancos de la costa del sur, se desconocía lo ocurrido en el Puerto. En realidad, la isla no estaba en guerra. Y además aquellos buques no eran enemigos. Tripulados por gentes de otra nación único sostén de tantos pobres, no podaín odiarlos hasta que así lo ordenasen los que decretan la animosidad o el amor de los pueblos.

Fué una vida de libertad, de aventura y de lucro. Horas antes de amanecer, zarpaban los botes cargados de frutas, de hortalizas y aves. Los gallos amarrados azotaban con sus alas la cubierta; las naranjas esparcían un aroma penetrante de huerto; bajo las velas el agua parecia huir besando la borda, en fuga rápida llena de murmullos en los que Amparo pretendía sorprender frases. Al paso de los cam-

bulloneros se paraban a veces los mismos transportes abarrotados de ganado para la escuadra. En ocasiones era un torpedero el que llegaba a recoger los víveres. Otras acudía una falúa a vapor con un remolque de lanchas. Y hasta se daba el caso, muy pocos, de que al orzar hacia tierra, los acorazados y cruceros se detuviesen a esperar la flotilla.

Al atracarse a un acorazado parecíale, a la Jaira arribar a una isla alta y temible. A su sombra el agua se obscurecía como al pie de un cantil inabordable. La mole se quedaba quieta, indiferente a las ondas que asaltaban su vientre trágico manchado acá y allá de regueros de vapor o agua sucia.

Junto al buque, Amparo permanecía muda, con su alma salvaje rendida a la sugestión de la gran montaña de acero forjado para el odio y la muerte. Sus manos se apoyaban medrosas en la coraza. Sobre su cabeza pendían los tangones; sobre los tangones alzábanse las torres blinda-

das, y sobre las torres las bocas de fuego tendidas hacia lo lejos. Y más arriba los puentes; y por encima de los puentes, las chimeneas; y más altos aún, vibrando en el vaho de los hornos y casi invisibles en el sol los hilos «de hablar» donde, al creer de Amparo, venían a posarse las palabras como un bando de palomas.

Transbordados los víveres, el acorazado reanudaba su andar. El agua agitada por las hélices zarandeaba la flotilla e iba a romper en la costa. Quedaban en el aire el humo y el tufo del carbón y entre los botes el borbollar y el vacío de un hundimiento...

X

—¡Por ésta! *(Besando el pulgar y el índice en cruz)*. Te lo juro. Soy asina. Yo no he nacido para tener casa ni hacer la señorona ni andar de comadreo. Me gusta vivir como vivimos, salta pa cá, salta pa allá, como un

perro sin choza. Sobre estos cuatro maderos y con estos cuatros cacharros y tú a mi vera, no me cambio con la reina en su camarín dorao. Pa balcón éste con toa la mar por delante; pa música la de los gorriones, y pa luz la del sol que me jizo negra cuando entodavía andaba yo como un gusano, agarraa a las tetas de mi madre. ¿Que la reina tiene espejos? Más ancha y más clara es toa esta agua que no se acaba nunca. ¿Que tié anillos y diamantes? Más tengo yo cuando meto las manos en la mar. ¿Que tié encajes ricos? No valen toos ellos lo que una ola reventada en la playa. Mira tú: tanto me gusta too esto, y tanto lo quiero, que me gorvería roca para que las mares se me echaran encima, y me gorvería charco para que el sol me sorviese. ¿Qué? ¿No me escuchas?

Calló Amparo y no replicó Tenique. Estaban los dos desnudos y echados de espalda con el tronco en la arena y los piés dentro del mar.

Habían interrumpido el baño y se habían

tumbado en la orilla por una costumbre que los retornaba a sus buenos tiempos de granujas vagabundos. Rompían las olas, tendíanse mansamente, rodeaban los cuerpos desnudos, y al descender les socavaba un lecho en la arena jalde, en la arena tibia, a pesar del agua, bajo el sol de Agosto. En la espuma esplendorosa, en el playazo solitario, al pie del cantil y entre las grandes rocas desgajadas de las cumbres emergía el cuerpo trigueño de la Jaira suavemente blanco en los piés, en el vientre y en los pechos jóvenes ofrecidos al aire y a la luz. Iba y venía el agua perezosa como un halago, con el mismo ritmo con que acogió tal vez al hombre y a la mujer primeros que, perdidos en las selvas, llegaron frente al mar, padre de la vida.

Desde su arribada a los Valles, Amparo y Tenique se habían declarado independientes del resto de sus compañeros. Al volver a la costa, quedábanse a la zaga de los demás botes y se atracaban a una de aquellas calas salvajes sin más voz ni

otra vida que las de las olas. Allí descansaban, allí nadaban en plena libertad, allí se gozaban revolcándose en la arena que el mar les barría cada noche amorosamente; y allí comían y dormían hasta que la sombra fresca y azul del cantil llegaba a despertarlos. Incorporábase Tenique, despabilaba a su compañera y llamaba a *Garibaldi,* que, privado de todo ideal amoroso en aquel desierto se consagraba prudentemente a la filosofía y a la exploración. Embarcados los avíos de comer, poníanse en franquía, izaban la vela y tomaban la vuelta de los Valles, a la hora en que los pájaros y los halcones regresaban a las cumbres.

Aquella mañana no tenía Juan ganas de pegar la hebra. Rumiaba algo y la Jaira le dió con el pie.

—Oye tú, ¿qué te pasa?

Pues sí, algo le ocurría. Tenían que hablar en serio. La Jaira acudió curiosa, pero sin alarmarse. Con su imperturbabilidad de costumbre, se sentó al lado de su hombre, le miró los ojos y le abrió las mandíbulas.

—Echa por esa boca.

Tenique se incorporó también.

— Naa, que tengo mi plan y que vas a saberlo. ¿Me viste esta mañana charlando con el mayordomo del «detroller». ¿Te fijaste en la botella que me dió a oler? ¿Reparaste en las cuentas que hacíamos con los dedos? El que cinco y yo que seis ¿Y sabes lo que los dedos eran?

— ¡Mira, tú! Pues eso: dedos.

— ¡Cá!

— ¿Peniques?

— ¡Cá! ¡Libras, Amparillo, libras como soles!

— Jaste cuenta que no has dicho naa. A obscuras me tienes.

— Más clarito: que desde hoy se acabó eso de las gallinas y de las coles. Esta tarde tiramos pa el sur en busca de vino y malvasía de la Vega. Mañana al anochecer llegamos allá, tú te queas en el *Celaje* y yo subo al pueblo, trato el vino con Panchito Cruz y a la madrugada estoy de güerta en la costa, con el arriero y los barriles. ¿Eh?

— Lo que tú digas.

— Verás: de esta nos lucirá el pelo. Por poco que dure la guerra, si el mayordomo mantiene su palabra, nos haremos de plata. El vino y la malvasía andan tirados este año: la cosecha se viene encima y no saben donde meterlos.

— ¿Y cuándo nos vamos?

— Ahora mismo... Comeremos andando. ¿Hay agua a bordo?

— Agua hay.

— Pues al avío.

— ¿Y aquéllos? ¿No les decimos naa?

— Nada. Las moscas matan al asno y la envidia las ganancias. ¡Buenos están ellos! ¡Que se arreglen!

Izaron el foque y la mayor; y de bordada afuera, emprendieron el viaje.

XI

De rato en rato, preguntaba la Jaira, curiosa:

— ¿Dónde?

Y Tenique le respondía, señalando unos basaltos inmensos.

— Allá. La boca no se vé hasta que uno se ha metido en ella. No la saben ni los mismos ingleses que son tan hurones. Es talmente un pozo al que se entra por una rendija. Dentro cabe un acorazado a sus anchas. Si no fuese por los bajos que la cierran, no habría en toda esta costa puerto mejor. Hay una fuente que cae desde muy alto y una vereda que sale arriba. ¡Ya verás!

Llegaron entre dos luces. La costa gris, sin árboles ni sol, atemorizaba. Sus grandes moles inclinábanse hacia el mar quieto y sombrío como aguas malditas, mansión de la muerte. Amparo permanecía muda ante los despeñaderos hoscos. Al socaire de la costa y sin arriar la vela, armó Tenique los remos y avanzó bajo los graznidos de los pajarracos que anidaban en las cumbres. A veces paraba de bogar y sondeaba los arrecifes en medio de la gran quietud turbada por

los últimos gritos de las aves y el gotear de los remos.

Y así, lenta, calladamente, penetraron en la brecha que conducía a la dársena. La moza se había incorporado, y sobrecogida por un presentimiento súbito miraba inquieta por sobre los hombros de Tenique. Sí, aquello era un pozo, entre cuyos muros sombríos dormía el agua zarca al reflejo del cielo más lejano al parecer desde aquella hondura. La roda del *Celaje* chocó de pronto en un calabrote amarrado a una peña. Saltó Tenique para desembarazar el bote; y se quedó inclinado llamando con un ademán a su amiga. Acudió la moza y, sosteniéndose mutuamente, permanecieron un rato en suspenso, sin cambiar palabra. La madriguera no estaba desierta; detrás de unas rocas había un barco, uno de los cazatorpederos alemanes huídos del Puerto, hacía días. Tumbado a una banda, faltábale una de las chimeneas y mostraba el casco abierto en un boquete a medio cegar.

— ¿Los alemanes? — silabeó Amparo.

— Los alemanes, sí. Larguémonos.

Al ciar para salir, dió Tenique una estropada en una roca, y *Garibaldi* rompió a ladrar, furioso. En el interior de la dársena se oyó una voz y simultáneamente sonaron dos tiros.

— ¡Abre de ahí! — gritó Tenique.

Atizó un puntapie al perro; y mientras Amparo apartaba de tierra el bote, bogó con brío para echarse afuera. En la dársena hubo un silencio, y después se oyó otra detonación más próxima que tumbó a Tenique de bruces sobre los remos.

— ¡Coño! ¡Ladrones! ¡Me han matao!

Se levantó oprimiéndose la cintura, y al tratar la Jaira de reconocerle, la rechazó.

— ¡Quita! ¡Juyamos!

Intentó remar, pero se desplomó otra vez cuan largo era, al borde de la escotilla. La Jaira se lanzó en su auxilio, mas él la empujó hacia los remos.

— ¡Boga, tú! ¡Arranca!

Y ya apartados del cantil, le indicó, más con señas que con frases, que casara

la escota para aprovechar el noroeste que soplaba a ráfagas tardías.

XII

Amparo obedeció; trincó la mayor; gobernó con un remo; y con la mano que le restaba libre atendió a su hombre. Al apartarle la camiseta, se quedó horrorizada: cuerpo y ropa chorreaban sangre. Quiso atajar la hemorragia, y con los dedos cubrió el balazo. Pero fué inútil: los dedos se le enrojecieron y la sangre borbotó de las costillas, acusadas terriblemente a cada aspiración del herido. Abandonado el timón, el *Celaje* cabeceaba de proa al viento. Amparo se arrancó un trozo del corpiño, volcó el barril del agua, y con el trapo mojado restañó la herida y la vendó como pudo.

—¡Ahora, a tierra! —se dijo.

El cambullonero se negaba. ¿Qué socorro encontrarían allí? Lo mejor era conti-

nuar hasta el faro. En el faro había de todo y tenía él buenos amigos. La Jaira no replicó. ¡Al faro, pues! Embarcó los remos, empuñó la caña y apoyó en el regazo la cabeza de su hombre. Refrescaba el noroeste y el mar se teñía de azul más obscuro en contraste con el horizonte claro, barrido de brumas. Tenique pidió agua, bebió, y aliviado pareció dormirse. El *Celaje* iba de bolina, azotado de través por las mares. Con la cabellera y la garganta al viento, gobernaba Amparo sin desviar los ojos clavados en el herido como si le quisiera arrancar el enigma de lo que iba a ocurrir. Y en tanto que cerraba la noche, el rostro del marinero se destacaba más blanco, más pálido, cual si la última lumbre del crepúsculo se concentrara toda en él.

Inclinóse la Jaira a escuchar la respiración de Tenique y percibió un burbujeo igual al de las olas que se deshace en la arena. Los labios del moribundo se llenaban de espuma y los ojos abiertos se le que-

daban en blanco. Le palpó con las manos trémulas y sintió que la pobre carne herida, la pobre carne amada se helaba por instantes. El burbujeo se trocaba en estertor y la inmovilidad en inquietud. El pecho se dilataba con angustia horrible como si no le bastase todo el aire de la mar «¡Ampa... Ampa... ri... llo...!» balbucían los labios torpes, en un anhelo último en que resucitaba acaso la visión del día dichoso en que, con las ramas de la aldea madre, llegó inesperadamente el amor que fué luz, libertad y contento de vivir. Luego enmudeció y reposó un instante hasta que de súbito, tras de una convulsión violenta y una aspiración no saciada, se desplomó para siempre...

Cara con cara, lloró. Amparo sin consuelo. Los sollozos le subían a la garganta en arrebatos de dolor. Delirante se golpeaba la cabeza contra el muerto querido y le besaba la boca con frenesí brutal. Mitigado el primer impulso, alzó los ojos y se encontró perdida en el mar

y en la noche. Obsesionada por su desventura no advirtió que había remontado el faro. Avanzaba mar adentro, a través de la obscuridad poblada de estrellas. Inclinada hacia adelante con la cabeza de Tenique en el regazo, un codo en la rodilla, y en la mano la frente, sentía el gotear de las lágrimas ardorosas sobre los piés desnudos. El viento y el rencor le enjugaron el llanto. En su corazón salvaje se despertó odio terrible contra el mundo cruel que no le permitía ser feliz ni aún en la miseria, contra la suerte maldita que aguarda el momento de matarnos para decirnos, por primera vez, cuánto vale el amor de que nos despoja. Se quería vengar, cobrarse la vida de Tenique, y este deseo imperioso le suscitó el recuerdo de los barcos ingleses que vagaban sin luces al largo, en plena noche. Fué como una revelación que le devolvió por un instante la serenidad. Enmendó el rumbo y ciñó más el viento. ¡Ahora, ahora sí que sabía adonde navegaba!

. . . .

XII

Al entreabrir los ojos vió Amparo a *Garibaldi* subido a una roca. Sin ánimo para lanzarse al fondo de la grieta, donde su ama se había desmayado, «el segundo» gruñía impaciente por satisfacer en halagos y brincos la alegría del encuentro. La Jaira se incorporó y, al salir a campo libre, hubo de apoyarse para resistir el asalto del pobre animal perdido en los transbordos y angustias de la noche antes. «¡Quita! ¡Quita allá!» le decía, y el pecho se le colmaba de amarguras al pensar en su infortunio. Recordaba su arribo al cazatorpedero inglés encontrado sin luces, en alta mar, como una sombra; su llegada al crucero; el paso por la cubierta casi a obscuras; su deslumbramiento al penetrar en la cámara de oficiales; sus esfuerzos para darse a comprender en la jerga anglo-franco-italiana aprendida de boca de los pilluelos del muelle; la incredulidad del comandante del buque; el ca-

dáver de Tenique en el fondo del *Celaje* atracado a la escala; las consultas de la gente de abordo; y por fin, el triunfo, la partida en una canoa; el bombardeo de la dársena, el asalto al cazatorpedero alemán por mar y tierra, los gritos, las detonaciones, el odio convertido en locura, y la llamarada del barco enemigo volado por sus propios tripulantes acorralados de roca en roca, barridos sin compasión.

Rendida de hambre y de sed, miró la Jaira y no columbró rastro de las tropas inglesas; escuchó, y percibió solamente el manantial que seguía murmurando en el fondo de la cala. No se oía voz ni paso humanos. La quietud inmensa de las cumbres en la luz de la tarde y en el silencio del cielo, lo envolvía todo.

Se acercó a ojear el mar, un crucero permanecía fondeado al pié de la costa; en la cala solitaria el torpedero enemigo humeaba reventado, a medio varar en la arena. Desde lo alto de una roca gritó Amparo hasta perder el aliento; se despojó del cor-

piño y lo tremoló inútilmente. Nadie le respondía: no se destacaba del barco inglés bote alguno. ¿La habrían abandonado? ¿Volverían a tierra?

La sed le empujó al manantial. No juntó siquiera las manos para beber: ofreció el rostro al agua y tragó perdidamente hasta aplacar el ardor de las fauces y refrescar los ojos hinchados. Reanimóse, y con la fuerza recobrada sintió revivir el odio que la sostuviera hasta caer sin sentido al acabar la lucha. Quería morir, pero morir matando; quería encontrar a uno de aquellos perros sin entrañas para echarle las uñas al cuello y escupirle todo su rencor y gozarse en su agonía. Rastreó todas las huellas de sangre, llegó a todos los rincones del cazatorpederos. Iba, venía como una fiera no saciada alrededor de los huesos ya roídos.

XIV

Desfallecida, se sentó en una roca, con los piés colgando sobre el agua. El mar encendido con las nubes del crepúsculo parecía escupir en la arena la sangre del combate. Sobre la paz de la dársena revoloteaban un bando de palomas. Amparo sintió tras de sí, sobre unas peñas, el crujido de un matorral. Se levantó y miró. ¿Habría sido el viento? Trepó resuelta y, ya en lo alto, se detuvo en actitud de victoria y asombro. En medio de las matas, olvidados por los ingleses, yacían dos hombres agarrados y crispados en una lucha de tigres. Estaban desnudos, con las carnes abiertas y la piel llagada de quemaduras. ¿La explosión les había arrojado allí? ¿O arrastrándose, en el estertor de la agonía se habían tropezado y acometido con un impulso final de saña? La mujer los desenlazó y ambos quedaron de rostro al cielo. Respiraban aún y su mirar de alucinados conservaba todavía el horror

del combate. Postrada de hinojos entre los dos moribundos, Amparo les contemplaba con estupor. En los labios de la moza se apagó la sonrisa de triunfo y en sus ojos se reflejaron el espanto de una revelación súbita, lo triste de un arrepentimiento tardío. ¿Cuál de aquellos dos hombres era alemán? ¿En quién de ellos tenía que vengarse? Les habló y no le respondieron, buscó algo que los distinguiera y no encontró rastro de los uniformes. Despojados de los distintivos con que les enseñaran a odiarse, volvían a ser lo que serán los hombres un día que ha de venir, que vendrá seguramente: hermanos.

Con el dolor de la venganza inútil, y con piedad hasta entonces ignorada corrió la mujer al manantial, tendió las manos; recogió el agua en ellas y la derramó compasivamente en los pobres labios agonizantes.

ÍNDICE

En *CARNE DE MUJER* desfilan todas las mujeres de las ciudades modernas siguiendo la ruta que, como único premio, ofrece el goce del divino pecado.

La fatalidad se cierne sobre los personajes de *CARNE DE MUJER* y les obliga a moverse como en las antiguas tragedias. El dueño absoluto, el poderoso don Dinero, azota con su látigo y todos los monigotes bailan la zarabanda de la vida ...

Amichatis, el autor de *CARNE DE MUJER,* es uno de los más valientes periodistas españoles. Estudiante y periodista, fué expulsado de la Universidad primero y de España después. En sus días de emigración en París, entre la baraunda de la gran villa, escribió la novela *CARNE DE MUJER* que es un verdadero poema en prosa.

CARNE DE MUJER está ilustrada con satíricos dibujos de *Apa.*—*Apa,* artista moderno, ha puesto en los trazos de sus diseños toda la crueldad de un epigrama. Puede decirse que los dibujos son un sangriento complemento de las frases del libro. *Apa,* el conocido caricaturista español, al ilustrar este tomo de la BIBLIOTECA EXCELSIOR, ha marcado un brillante jalón en su carrera artística.



ÍNDICE



ERRATAS

	DICE:	DEBE DECIR:
Pág. 28	... venidas a la tierra	... venidas a la Tierra
» 31	... devuelve la tierra	... devuelve a la tierra
» 33	Vapor panzudos	vapores panzudos
» 33	Barcos de guerra	barcos de guerra
» 42	... pero las únicas amistades	... pero, sí, las únicas amistades
» 45	... puertas del paraíso	... puertas del Paraíso
» 49	... mis ensayos	... mis partituras
» 52	... la Tormenta	... la tormenta
» 54	... unas lores	... unas flores
» 95	... fuego agitado	... fuego removido
» 142	La compañía	La campaña
» 208	Paco Berna	Paco Bernareggi
» 235	... muy sagrados de la sociedad	... muy sagrados derechos de la sociedad
» 261	... y no alcanzó!	... y no alcanzó a verla!

EN PREPARACIÓN

RAMÓN D. PERÉS . . .	**Bocetos ingleses**
ALEJANDRO SUX. . . .	**Cuentos de América**
APELES MESTRES . . .	**Liliana**
EUGENIO D'ORS	**La Bien Plantada** *(Traducción de R. Marquina)*



Viajes Artísticos ALREDEDOR DEL MUNDO

Magnífica colección de tomos en los cuales OLEGARIO JUNYENT hace desfilar ante nuestros ojos las magnificencias de los países que ha visitado.

EGIPTO - INDIA - JAPÓN, ETC.

cada tomo con 150 grabados en negro, cuatro en color y una tricromía.

Vale encuadernado a la inglesa Ptas. 3'50

Sarmiento, Miguel
Al largo